This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 3639.02.5

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

SA 3639 . 02

# CUADROS
# NOTAS Y APUNTES
## DE MEJICO

0

# CUADROS

# NOTAS Y APUNTES

## DE MEJICO

POR

**Alberto Araus**

(PUNTO FINAL)

MEJICO

INTO GIL, EDITOR. LIBRERÍA ESPAÑOLA

*Cinco de Mayo, 4.*

1902

SA 3639-02.5

HARVARD COLLEGE
MAY 24 1916
LIBRARY.

Sales spend

ES PROPIEDAD

DEC 22 1916

TALLERES "J. DE ELIZALDE." 2ª SAN LORENZ

## UNAS ADVERTENCIAS

Una sobre todo, he de hacerla á toda prisa, en previsión de los dictados que procedentes, no importa de quién, pudieran empezar á caer sobre mí apenas publicado este libro.

No vean en él los lectores juicios, sino impresiones. No son otra cosa. Para formular juicios, sobre todo en algunos de los asuntos que en este libro se tratan, materias muy profundas á pesar de la ligereza con que van tratadas, habría menester estudios que yo no he hecho y una erudición que me falta, por desgracia. Repito que no se deben tomar como juicios, ni aun como opiniones, las consecuencias necias que yo saque ó las afirmaciones que haga en tono puramente festivo. Cada uno de los cuadros ó artículos

es una impresión sincera y espontánea, expresada tal como ha sido sentida, sin apasionamientos, propósitos de ofensa ni de adulaciones, hechas y escritas más con fines puramente literarios ó descriptivos, no sociales ni filosóficos. Dios me libre, tanto de meterme con mi pequeñez en tales honduras, como á ustedes de ver el menor asomo de crítica en este libro.

Segunda advertencia. Como se escribe á la vez para Méjico y para España (no porque yo tenga ideas fatuas, ambiciosas y ridículas de no contentarme con los lectores de una nación y buscar los de otra, sino porque este es el hecho) y el lenguaje del pueblo de aquí es ininteligible allá, y las costumbres varían no poco, ni he podido meterme á emplear términos locales que hubieran precisado á veces bastante más la idea y aclarado la descripción, ni meterme en la de muchas cosas al detalle, con sus colores propios, pues allá no me hubiesen entendido, so pena de llenar los artículos de llamadas y notas, lo que hubiera hecho el remedio peor que la enfermedad.

# LA MUJER

## I

Ante todo, distingamos. En la mujer de una capital hay tres clases sociales, y se puede considerar cada una en detalle ó las tres en conjunto, puesto que hay caracteres y cualidades propias á todas y con solo sumarlos nos dan la impresión de la mujer de ese punto, diferenciándola de la de otros. En México es distinto. Entre la india *pelada* y la mujer que usa sombrero no hay cualidades comunes, antes al contrario, tanto es lo que difieren que no ya psicológica, sino hasta fisiológicamente se las podría separar. Luego entre ambas, á manera de puente roto, extiéndense diversas variaciones que facilitan la comunicación sin hacerla completa, porque, ya digo, *pelada* tiene caracteres esenciales pros que en ninguna otra vuelven á entrarse.

Principiemos por asegurar, aunque se le de atrevida la afirmación, que la *pela* no es mujer, es *hembra*, y nada m

Todavía el *pelado*, en no pocas ocasiones, demuestra ser algo más que varón; pero ella no, casi nunca.

Como sucede en todas las clases ínfimas del pueblo (en todos los países), esta mujer se ocupa en trabajos tan rudos como los del hombre, vive contenta con que éste la maltrate frecuentemente, posee débiles asomos de voluntad y más que compañera es un mueble de comodidad del hombre con quien vive. Salvo alguna que otra forma de corrección mayor ó menor, es en esto la misma mujer de todos los pueblos civilizados perteneciente á las clases sociales más desgraciadas. Pero también es en esto solamente en lo que se parece á la mujer de otros pueblos.

En todas las razas, aun en las salvajes, según cuentan los viajeros, y conste que yo en los viajeros no tengo mucha confianza, porque sabemos de varios que han hecho el viaje sin moverse de su habitación, en todas las razas, digo, el primer cuidado de la mujer es el de componerse y arreglarse, en la medida de sus medios y según las costumbres del país, para parecer lo más bella posible. La *pelada* no cuida de eso. Además de ser poco limpia por naturaleza, sucia, no muestra afán de parecer mejor, tiene el menor asomo de coquetería; no s be lo que es eso .... El abandono de est mujeres llega á lo inverosimil. Al ver á u *pelada* toda rota, con los pingos arrastr do, desgreñados los pelos y sucia la ca

andando con tal movimiento de dejadez que parece como si le costara el andar inmenso trabajo, como si estuviese dislocada toda ella, de modo que á cada paso que da balancea las caderas y mueve con la cintura el cuerpo todo, cada pieza por su lado, cual si no tuviesen trabazón y enlace, ó estuviese flojo, al ver, digo, una joven, una chiquilla con tales trazas, el rebozo puesto de cualquier modo, la ropa toda como si en vez de llevarla encima una persona caminase colgada de una percha, se acuerda uno sin querer de todas esas frases como «sexo bello,» «bella mitad del género humano,» etc., y se queda sumido en un mar de amargas reflexiones, que puesto que es mar no se concibe que puedan ser dulces.

Ya dije antes que á la *pelada* no hay que pedirle sino débiles asomos de voluntad..... Yo creo que hasta el querer le da pereza....

Por tanto, en cuestión de afectos, anda también bastante escasa. Quiere á los hijos con el afecto que la naturaleza ha dado en forma de instinto á todas las hembras, siempre previsora y sabiamente convencida de que si á la libre espontaneidad de las madres lo dejara, pronto iría de capa caída la ana especie. Pero nada hay en este r maternal que no sea lo puramente sario é instintivo, sin que llegue al sacio ó á la heroicidad casi nunca, y apel hijo está en edad de buscar la comida hi cesan el amor, los cuidados y

hasta las relaciones y, por regla general, ya no vuelven á acordarse uno de otro.

Quiere al hombre que vive con ella mientras la naturaleza la exige que tenga hijos. Pero no se excede en la constancia del amor y cambia de hombre con muchísima facilidad sin siquiera volver la vista atrás, con una indiferencia completamente natural y salvaje. Como las ideas de honor, fidelidad, etc., no la suelen caber en el cerebro, no tiene el menor reparo pensar que hay fidelidad..... Para ella esas cosas son como para un fumador el fumar un cigarro.... siempre está dispuesto á aceptar el que le ofrece un amigo "por no desairarle....." Así, pues, no se conduce de ese modo la *pelada* por exceso de afectividad desarrollada, de carácter ó temperamento, no, sino precisamente por pura indiferencia, por aquello de que la naturaleza no estableció leyes determinadas para los hombres y las mujeres, como la estableció para los demás seres..... No la debemos calificar con ningún adjetivo infamante, nada de eso. ¡Ella no entiende de esos distingos! No es tampoco pecaminosa porque no conoce vicios ni refinamientos.... En suma, que es hembra y nada más que hembra, y como tal, no mira en el hombre más pura y sencillamente el varón, sin im tarle gran cosa las cualidades que pu tener. Por eso con la misma facilidad muestra amorosa con uno que con otr recorre todas las clases sociales. Ati

al hombre con suma facilidad y le abandona en seguida, sin gran esfuerzo, pero ni le busca ni hace la menor gestión por atraérselo, que hasta ahí llegan su pereza y su abandono.

La pelada se desarrolla muy pronto, á los doce ó trece años, y en cuanto es mujer, como mujer se porta. Pronto la acaba el género de vida que lleva y el ningún aseo del cuerpo, y á los treinta años parece que tiene cincuenta. Su color moreno subido contribuye á envejecerla más.

Lo más bello de esta mujer son los ojos y los dientes, dientes y ojos que probablemente pocas razas en el mundo los poseen tan bonitos. Los dientes son blanquísimos, menudos y enteros y, no obstante que no se ocupa de cuidarlos en absoluto, los conserva con estas cualidades toda la vida. Los ojos, obscuros ó negros, grandes y rasgados, brillantes, lánguidos al mismo tiempo que expresivos, son la nota más alegre y más saliente de la mujer india. A lo mejor se ve pasar una, asquerosa, desarrapada, miserable, pero con un par de ojos que parecen puestos ahí como por equivocación. Estos ojos y estos dientes son peculiares á toda la mujer mexicana, desde la india más pelada á la señorita de mejor familia, así como á todas es peculiar el ser, en su sexo, mucho más hermosas que el hombre.

Entre las que se cuidan, esas cualidades de la cara pequeña y la nariz remangada graciosa, suelen producir tipos bonitos

Lástima que esa vida animal las marque en las facciones cierto sello de estupidez y de abyección..... Las niñas indias, hasta los ocho años, todas son bonitas y graciosas.

Con lo cual, creanlo ustedes, yo estoy sumamente conforme y complacido. Las mujeres mexicanas, todas ellas, tienen un aspecto delicado que se hace simpático á primera vista.

## II

Como los rayos de un foco luminoso, brillantes, fuertes y apretados al salir, según vase extendiendo el campo de irradiación se debilitan y separan hasta morir en la atmósfera, dejando más adelante muchos objetos hasta los cuales no han podido llegar; así las cualidades morales que en la *pelada* hemos enumerado irradian desde ella misma, que es el foco, hacia las clases sociales que tienen encima, disminuyendo y debilitándose cada vez más, hasta el extremo de que á la más elevada no la llega, ni la menor vibración luminosa, ni la menor cantidad de calor de esos rayos.

Como resulta más consoladora la asce ción desde lo malo hasta lo bueno que bajada, porque la última impresión es que queda, así he preferido caminar. Vir la mujer india en su máximo grado de yección, en la ínfima clase social, cons

rada únicamente como la hembra del *pelado*..... Empecemos á subir, que la subida resultará agradable, lo mismo que si desde el fondo de una mina fuésemos ascendiendo poco á poco, primero envueltos en la obscuridad, luego débilmente iluminados por un pobre rayo de luz; que á fuerza de rodeos y quebraduras logró colarse desde arriba y, por fin, á lo último, en pleno sol y en pleno día y con el cielo sonriente sobre nuestras cabezas.

Desde la *pelada* esa, que aunque no lo parece es susceptible de educación y de mejoramiento, hay una porción de gradaciones y metamorfosis hasta llegar á la mujer de la clase media: la de *chal* ó *tápalo*, según los casos y necesidades..... Y al llegar aquí respira uno. ¡Ya salimos de la mina, ya estamos en pleno sol! Ahora, para ir hasta la de sombrero, es necesario ascender por alguna de las montañas próximas.

La oficiala de cualquier oficio, la hija del escribiente, del artesano acomodado, del empleadito de poco sueldo..... ésa es la mujer de la clase media y ésa es la que debe llamar la atención en todas partes, porque es la única depositaria de las costumbres típicas del país, la que da la medida general, ya que la de abajo y la de arriba, una por menos y otra por más, están falseadas por la clase de educación que reciben. Es esa muchacha pálida, llenita de carnes, morena, pequeña y menuda, que luce por la calle el vestido sencillo y obscu-

ro, la chaquetilla ó chambra con peto azul, encarnado, amarillo, de cualquier color muy fuerte, y con el chal encima, negro, delgado y transparente, que ni abriga ni tapa, enseña por detrás y á trasluz todas las líneas del esbelto talle.

La alta educación social, que no es más que un conjunto de trabas y ligaduras que hacen de la señorita un maniquí, un autómata, sin permitirle apenas una manifestación espontánea y libre, no ha llegado toda hasta la de chal y del peto, y es más franca, más sincera, más abandonada á sus propios impulsos, sin esa rémora constante del "qué dirán." Pero al mismo tiempo participa del carácter miedoso, de la timidez peculiares á toda la mujer mexicana, que en sus maneras y en su actitud ante la gente parece un niño pequeño en casa extraña.

De la mujer de la clase media á la mujer de la clase alta, no hay mas que un paso que salvar, la diferencia de educación. En lo restante, ambas son iguales y piensan lo mismo y quieren lo mismo y se conducen lo mismo con delicadeza y acierto.

La mujer mexicana es extraordinariamente mimosa y dulce; todavía no sé cómo ha podido acostumbrarse á la brusquedad de algunos maridos. Y sin embargo, estos matrimonios son casi siempre felices, sin duda porque ella le doma y dulcifica á él. La mujer mexicana no es de grandes iniciativas ni de grandes energías. Contra lo que en Europa se cree de las que habitan

estos países, no es tampoco de pasiones violentas aunque sí firmes, ni de temperamento ardiente y voluptuoso. Eso son cuentos de las mil y una noches. Pero en cambio es accesible al cariño con mucha facilidad y constante en él.

Para esposa, la mujer mexicana tiene la gran cualidad de ser sufrida en alto grado. No tiene exabruptos de mal humor, no es dominante nunca, no muestra genio fuerte, no le riñe al marido..... No hace más que llorar y mostrarse sentida. No suele exigir sino suplicar, y en todo y para todo se ampara en su debilidad, antes que en sus derechos.

Consiste esto gran parte en su bondad y otra parte en su carácter tímido.

Las mujeres de otros países, ante una infidelidad ó un mal trato, del marido, chillan, alborotan, riñen, hasta injurian.... Esta no hace más que sentirlo, lamentarse y llorar. Es muy sufrida.

En resumen, el tono más saliente del carácter de esta mujer es la pasividad. Del mismo modo que tenía hecha la entrega de su voluntad á sus padres, se la entrega al marido cuando se casa.

Si bien con estas condiciones se corre el igro de ser la esclava del hombre y no compañera, no hay que creer tampoco absoluto que este abandono de la provoluntad, que no es sacrificio en él sino lo de ser, la conduzca constantemente desgracia en el matrimonio. Falta ave-

riguar quién puede más, si la mujer que suplica ó la que exige, y tengo para mí que el primer papel la cae mejor de todos modos y la lleva más fácilmente á la victoria. Ante el enfado de la mujer, el hombre se enfada y se impacienta más, y es capaz de llegar á cualquier extremo desagradable. Ante las lágrimas, no son muchos los que resisten, que el imperio de ella consiste precisamente en usar y aun abusar de su debilidad y ampararse de ella. Al hombre descarriado le suele corregir mucho mejor ella erigiéndose en víctima que haciendo de juez. Y si á esto unen ustedes que la mujer mexicana tiene para cada súplica diez halagos, que es tan tenaz en la primera como en los segundos, que se hace la chiquita para todo, que para todo usa de mimos y ternezas, que tiene las lágrimas á mano, comprenderán como, sin aparatos y sin apariencia de ello, atrae y ata al hombre que vive con ella y le obliga constantemente.

Como madre es muy buena, pero muy blanda. La misma falta de energías que muchas veces le hace favor como hija y como esposa, la perjudica no pocas como madre. Se sacrifica por los hijos cuantas veces sea necesario, sin ninguna vacilación, los quiere con delirio, pero no sirve para castigarles. Su naturaleza delicada, no puede permitir que un hijo suyo sufra lo más mínimo por su causa. Si á fuerza de amor es corregible, el hijo se corregirá seguramente, p

ro si la corrección ha de ser con medios duros, ya no se puede contar con ella.

Es casera hasta la exageración. Desde que toma estado se pierde por completo para la sociedad, y apenas se exhibe en los espectáculos públicos. Pierde el deseo de agradar y no se cuida mucho del físico. Hasta la dá pereza vestirse para asistir á cualquier diversión. No encuentra placeres más que en su casa. Todo esto es muy bueno, pero la mayor parte de las veces peca de exagerado su retraimiento. Los dos extremos son malos, aunque de darme á elegir forzosamente, me quedo con el último.

En esto, la mujer mejicana se dá la mano con la española. Las más de las veces, pasada la luna de miel, el marido tiene en ella la madre de sus hijos, la mujer fiel, la inmejorable ama de llaves, la compañera cariñosa, pero no la mujer por quien se desvive.... En cuya cuestión nos ganan los matrimonios franceses que, aun con varios años de vivir juntos y dentro de la mayor intimidad, la mujer se preocupa de agradar al marido, de mantener, en fin, el amor hasta donde sea posible, pues que tan malo es el pasarse la vida soñando por los ındos ideales como arrastrarse exclusiva-ɜnte por la tierra, que la naturaleza nos dado el cuerpo y el espíritu para que ɜfagamos con prudencia lo que piden y ımos felices guardando el apetecido ·ino medio.

## III

Subimos á la clase de sombrero.... Como es sabido, y el que no lo sepa lo verá más adelante, si tiene valor para seguir leyendo este libro, aquí no hay aristocracia, no se conoce *eso*, de manera que las mujeres de sombrero son todas iguales, sin más variación que la que en el género de vida imponga el tener ó no mayores bienes de fortuna.

Las cualidades de la muchacha de chal le vienen perfectamente á la de sombrero, ya lo dijimos, pues así como de la primera á la *pelada* hay un abismo, de la misma á la de sombrero apenas hay más diferencia que la del traje y la de un refinamiento social que depende de la más esmerada educación.

Pero ¡ay! esa educación es lo malo. . . . .

La señorita ésta de sombrero es una víctima de la educación que se la da en cada casa, educación que es aún la misma que en los tiempos coloniales.

Ya he hablado de la timidez y del miedo habituales á la mujer mexicana; ahora, lo que no sabré decirles es si depende de ella misma, de su idiosincrasia moral ó de educación que recibe. . . . La muchacha aquí, como la de todas partes, tiene sus tos de expansión, de alegría; pero se gu dará muy bien de manifestarlos, como

sea dentro de la más estrecha intimidad... Y es porque la han enseñado y la enseñan continuamente que la honradez, el recato, la corrección, la inocencia, todas esas cualidades que deben adornar á la virgen para hacerla agradable al otro sexo, consiste en lo que van ustedes á ver.

Si la habla un amigo habrá de estar con los ojos bajos durante toda la conversación. En la mesa, en la tertulia, en el baile, en la visita, si un joven, ya presentado á ella con anterioridad, la dirige la palabra, ella, sin levantar la vista, como ya dijimos, contestará con monosílabos, sin dar nunca una opinión franca y precisa sobre ningún asunto, sin sacar la conversación nunca ni hablar la primera, esperando solamente que él la pregunte para contestar sí ó no, como Cristo nos enseña y como los papás enseñan á contestar á su niño cuando habla con mayores de edad. La muchacha no puede admitir ciertas conversaciones, no ya las libres, que eso nada tendría de extraño que no las admitiera, sino aquellas alegres y profanas que se admiten en el mundo, con tal que se lleven bien y con corrección é ingenio. Tampoco podrá adoptar otra postura que la de colegiala delante de la superiora, [illegible]cha sobre la silla y con las manos quie[illegible] abanicándose, si es tiempo caluroso. [illegible] muchacha está cohibida siempre, no [illegible]eve á decir una palabra sin pensarla [illegible]ho antes, no sea pecado ó incorrección, [illegible]e habla con ella necesariamente se

ve atacado del mismo mal, pues teme decir la menor cosa que la pueda desagradar.

En un tranvía, en un salón de espera, en cualquier sitio público, las mujeres y los hombres de otros países, á la menor oportunidad y por el más pequeño motivo, entablan conversación, porque él la molestó sin querer á ella, porque á ella se le cayó al suelo cualquier cosa que él se apresuró á levantar, porque van incómodos. . . . . Conversaciones espontáneas, libres en absoluto de toda malicia, inocentes, sin más objeto que pasar lo mejor posible el rato que la casualidad les deparó para que lo pasasen juntos y, pasado el cual, cada uno tira por su lado y es lo probable que los interlocutores no vuelvan á serlo en su vida. Pues aquí, no ya una señorita, sino una casada, no hablará con usted, sino la ha sido presentado más que las palabras precisas para darle las gracias ó pedirle perdón, y aunque estén ustedes juntos dos horas es inútil que pretenda usted entablar plática, por muy fino y galante que usted se muestre, pues sólo obtendrá contestaciones monosilábicas, en voz quedita y con los ojos mirando al suelo y sin apenas mover los labios cuando hable, que esa es, según el código social al uso, la manifestación de recato y come miento que debe tener toda señorita b educada Primero, no mirar á un homl y segundo, no hablar con él ni del tiem como no la haya sido presentado con au rización de toda la familia. Después de

tas tentativas infructuosas de conversación que usted tuvo con ella dentro del tranvía, se da usted por vencido y se pone á leer un periódico. Al cabo de mucho tiempo llega para ella el término del viaje, se levanta usted, la saluda, y por toda contestación hace un movimiento con la cabeza, muy leve, así como de reina ofendida, y se va. . ..

En esto de los saludos es donde también se las conoce la educación á mi juicio equivocado que se les da, como si todas ellas se criaran para monjas y no para madres de familia. Aunque usted tenga amistad con una muchacha, si la ve en la calle y la saluda, no obtendrá de ella más que el movimiento ya descrito y, cuando mucho, un asomo de sonrisa. Sería necesaria ya una amistad más íntima para que contestase con un saludo más expresivo. De la sonrisa no pasará nunca.

Entre ellas, en sus conversaciones y en sus bromas, se ríen con toda la espontaneidad, la franqueza y la alegría de la juventud; pero si de improviso aparece un hombre en la tertulia, cambia la decoración como en las comedias de magia, y ya no se ve mas que la muchacha tiesa, forzada, siempre tímida, cohibida por la educa-

l. . . . .

l pronto, una muchacha de estas pare-
rgullosa. . . . .Y á fe que no les ha toca-
nada de esta cualidad á las mexicanas,
s todas ellas son sencillas y modestas de
ón, siendo este uno de sus mejo

atractivos morales. . . . . .Es que se las educa para que sean así, para que vean al hombre como á un enemigo, aunque contrarien para ello los más naturales impulsos; es que la corrección les impone el deber de mantenerse inalterables, de no reírse mucho, de no alegrarse mucho, de no expresar mucho, de disimular afecciones y sentimientos y estados de ánimo, como si en el mercado del matrimonio la prenda más cotizada, la mujer más apetecible, debiera ser la que más se aproxime á la muñeca con fonógrafo dentro. . . . .

Después de tales explicaciones, al que no conozca nuestras costumbres, le parecerá una obra de héroes la que tienen que hacer dos muchachos para entenderse y llegar á la boda. . . . .Pues les diré á esos que la mayoría de los que se casan no se han hablado más que por señas, del balcón á la calle, si este es alto, ó en conversaciones generales en la casa, delante de toda la familia, y que el mayor cambio de impresiones que han tenido fué por cartas, cartas que antes leía la mamá, y el papá en su defecto, porque una señorita que se estime no debe decir nada á su novio, por formalizada que esté ya la cosa, sin que los papás se enteren, y sin que pasen por las manos de ellos todos los piropos, hipérboles y demás agradables tonterías que se dicen de corazón á una muchacha. ¡Cuantos hay que llegan á la boda sin haber estrechado aún la mano á la que ya es su mujer! Y no q

re decir que estas cosas pasen siempre, pero sí pasan con frecuencia, y de todos modos, salvo algunas concesiones en el detalle, el procedimiento se asemeja en cuanto al fondo en todos los casos. De aquí á la forma generalizada antiguamente de sacar á una señorita del convento para que á los tres días hiciese vida común con un hombre á quien por retrato conoció, ó con el que había hablado una ó dos veces en su vida, crean ustedes que no hay muchos pasos que andar.....

Así resulta muchas veces el matrimonio una verdadera lotería y el talento, la prudencia ó la resignación de ella, es lo que hace que caiga el premio, cuando cae.....

—A pesar de tal sistema, en Méjico se dan á veces casos de fugas amorosas y de otros excesos y adelantos—pueden decirme los que aun desearan más tirantez.....

—Pues no es á pesar de ella, señor mío, sino su producto y consecuencia, que cuando la cuerda se aprieta mucho es cuando hay más peligro de que se rompa....

Con todo esto, y el poco espíritu de asociación y la escasez de diversiones y la poca gana para asistir á las que tenemos y al horror á las tertulias, bailes y demás
as caseras, hacen de la muchacha un
esgraciado y la enseñan á ser arisca,
tabunda, soñadora y á disimular to-
os afectos y todas sus ideas.
s lástima, porque esa señorita, con li-
para conducirse, mostraría muc

mejor sus bellísimas cualidades de modestia, sencillez, bondad, corazón sensible y carácter dulce y afectuoso, que distinguen á la mujer mejicana en lo moral, como los grandes y expresivos ojos, la cara pequeña, la nariz ligeramente remangada, los dientes menudos y blanquísimos, el pelo abundante, la estatura menuda y el talle deliciosamente formado, son sus distintivos en la parte física.

---

## ALBURES

En España hay los equívocos, en Francia los *calembourgs*.....y en Méjico los *albures*. Yo ni me quejo ni me complazco de que tales cosas existan, por más que se verían ustedes perplejos y confusos si les preguntase para qué sirven tales combinaciones de palabras. Y es que indudablemente somos malos todos los individuos que vivimos en el mundo; somos malos, créanme ustedes, y nos complacemos en burla las leyes de la moralidad, de la corrección de las buenas formas, con esos equívocos por medio de los cuales se pueden decir toda clase de groserías y verduras sin que se ofenda nadie, ni una muchacha de quin

años, y sin que deje de entenderlas nadie también, incluyendo á esa misma muchacha que acaso aparente no haber comprendido.

Tampoco he de meterme ahora á comparar entre los equívocos de España, los de Francia y los de Méjico. Líbreme Dios de esas comparaciones. Casi siempre suelen resultar odiosas, según dicen, y tengo la seguridad de que por imparcial que quisiera ser yo, nunca dejaría á las tres partes contentas. De lo que son los *albures* no puede formarse idea quien no los conozca, y bien á fondo. Generalmente, el equívoco consiste en usar, con más ó menos oportunidad y gracia, palabras que por su doble significado puedan dar dos sentidos distintos á la oración. En México sucede otra cosa. Además de usar el doble significado que ya hemos dicho, se valen de la artimaña de juntar sílabas de una palabra con sílabas de otra en la misma oración, para formar aquella ó aquellas que componen el albur. Esto es fácil de comprender, pero muy difícil de explicar. Yo les pondría á ustedes un ejemplo, pero ¡ay! todos los que existen son tan poco limpios! . . . . .

*albur* suele tener ingenio muchas ve-
pero muchas más no tiene mas que
uería y ordinariez. Y si muchas cosas
exageradas, en ninguna se puede ver
exageración y tanta libertad gramati-
en el albur. No se ciñe al equívoco

natural de dos palabras; lo busca en la semejanza de las sílabas, y cuando no en su parecido, parecido en el modo de escribirlas, en el sonido, en cualquier cosa. . . . . El *albur* demanda un esfuerzo muy grande de imaginación en el que lo dice, porque consiste en una torsión increíble de la frase, de la palabra ó de la sílaba, hasta dislocarla completamente, apartándola de su significación y de su ortografía rectas; y demanda un esfuerzo mucho mayor en el que lo oye para comprenderlo, porque para dar con la relación arbitraria que existe entre lo que se dice y lo que se quiere decir, siendo tan complicada como es, se necesita Dios y ayuda. Es á veces una relación tan larga, tan fatigosa, tan distante, que pide para recorrerla toda la velocidad de un tren expreso.

Todo esto está muy bueno. Como cada cual es muy dueño de hablar en clave, y de usar una clave todo lo enrevesada que se le antoje, no me meto á censurar ni á alabar la costumbre en lo que se refiere á ese punto.

Pero señores, hay otra cosa con la que yo no puedo transigir, aunque ustedes, los espíritus fuertes y despreocupados, se rían de mis escrúpulos. . . . .

No tengo nada de asustadizo, de hipócrita, al menos no creo tener, aunque acaso venga luego quien me dé quince y raya punto á amplitud de criterio, por lo que me deja tamañito y confuso, pues en

vida á todo hay quien gane. Creo que cada cual debe escribir y describir lo que sienta, siempre que lo haga sincera y espontáneamente, sin reparar en los medios si no es malo el fin. . . . . Y lo que respecto de la escritura creo, hágase extensivo al modo de hablar. . . . Y hasta soy algo amigo del chiste alegrito, cuando tiene ingenio, cuando en él hay arte, porque muchas veces sale profundamente cierta la frase del tristemente célebre Oscar Wilde, según la cual la estética es superior á la moral. . . .

Pero todo debe tener un límite, caballeros, pues de no ser así resultaría este mundo un inmenso manicomio. El *albur*, en primer lugar, muchas veces no tiene ingenio alguno, antes bien resulta una vaciedad completa, y en segundo, el *albur* no es verde, es mucho más que *verde* y que *colorado*, se sale ya de la gama de todos los colores. . . .Es repugnante en alto grado, es cínico, es asqueroso, tal como lo manejan los *pelados*, y aun algunos que no lo son ó no deben serlo. . . .

Toda la verdura, toda la intención pornográfica del mundo se puede soportar y hasta admitir, pues que admirables obras clásicas cristianas completamente las tienen lto grado, con tal que se refieran á acaturales. Al fin y al cabo, la naturale- o puede ser pornográfica nunca. Ella no ende nada de esas cosas; cumple su mi- y nada más. Pero cuando el *albur*, el lo á lo que sea, se refiere á vicios ó

costumbres que pugnan y se oponen á los actos naturales, entonces ya da náuseas al más despreocupado y hasta al más corrompido. Y estos *albures*, la mayor parte caen precisamente bajo el dominio de este género. Por eso la gracia que puedan tener, que en ocasiones la tienen, queda como apagada y obscurecida por lo bajo y lo repugnante del asunto.....

---

## LA MAMÁ

Notarán ustedes que estoy en extremo fino y melindroso... Podría decir la madre, que además de ser el nombre castizo y correcto, es también una de las palabras más hermosas, por su significado, de nuestra lengua... Pero no, no lo digo, porque si aquí dice uno *la madre* se escama el interlocutor en seguida, y por bien librado saldrá uno si no le dicen algo feo.

En todos lados la madre es lo más digno de respeto, lo más indiscutible é inviola que se conoce... Los escritores festivos han burlado de toda clase de afectos n nos del maternal, de toda clase de perso menos de la madre... Los escépticos h renegado de todo en este mundo, y en

que sigue á éste, pero han respetado la madre... Los poetas en sus ratos de desesperación y desilusiones han renegado también de todo lo habido y por haber, pero se han refugiado en el seno materno como la única fuente de consuelo puro y desinteresado, como el único afecto de que se puede esperar algo, como lo único altruista que nos queda sobre la tierra.... Espronceda, después de desesperarse en versos cortos, le cantó á su madre (á la de Espronceda), en versos largos... Lo que quiere decir que la madre ha sido reconocida como lo sólo bueno de que podemos disponer en este valle de lágrimas, como el sólo cariño sin mancha que puede unir á los mortales, como la abnegación, y hasta el sacrificio heroico, en aras del ser querido...

Una vez sentado esto, que nadie me podrá negar, ya parece que tengo toda clase de licencias para hablar de la madre con soltura, con franqueza, como quien está seguro, en fin, de no meter la pata... Pues no, señor; todo lo contrario. Según se miran aquí esas cosas, el citar la madre, así, en general, en letras de molde, puede ser causa hasta de un proceso seguido de oficio tra mí por ataques á la moral y á las nas costumbres. Se necesita tratar ese nto con pinzas, verdaderamente, y si ne usted que citar á esa señora, decir *la má*, porque lo otro puede resultar al-nte ofensivo. ¡Mire usted que es el

colmo del buen humor eso de convertir en una ofensa, ó en un *albur*, lo más hermoso y lo más sagrado que tenemos en el mundo! Y Dios le libre á usted de anteponer al nombre «madre» el posesivo «su,» porque eso ya es la ofensa directa y absoluta, de las que no admiten más contestación de momento que una bofetada. ¿Por qué?... Nosotros mismos no lo sabemos, pero es así. Les digo á ustedes que somos muy guasones... ¿No es la guasa llevada hasta la exageración el enfadarse porque le hablan á uno de su madre? Y no obstante, así es, y si no quiere uno quedar en el concepto de grosero tiene que decir «su mamá,» con lo cual quita usted toda ofensa posible, y si bien desnaturaliza y disfraza la palabra, en cambio le da cierta distinción, cierta finura... Y si dice «su mamá de usted,» miel sobre hojuelas, entonces resulta aún más correcto, porque no queda duda ninguna acerca de quién es la persona poseedora de esa mamá...

Todo esto, á primera vista, parece raro, extravagante, sin explicación ni fundamento... Pues tiene una y otro en dos razones. La primera, que aquí la ofensa que antes se nos viene á la imaginación para lanzársela á otro, la que corre de boca en boc la ofensa clásica, digamos característica, que aprende todo el mundo casi antes aprender á hablar, la ofensa de uso gener é inexceptuado, es la dirigida á la mad de uno... Y no una ofensa así como

quiera, sino la mayor cantidad de ofensa posible, la esencia de la barbaridad... En cuanto uno riñe con otro, ó recibe de él una mala acción, ó, en fin, se enfadan por cualquier cosa, ya tienen ustedes saliendo á relucir las madres respectivas. En vano es que ustedes piensen que nada tiene que hacer esa señora en la contienda, para que venga á pagar las culpas de sus hijos...

Porque es la consideración que yo me he hecho muchas veces. Figúrese usted, lector, que yo voy y le hago á usted una cochinada, una mala acción, en fin, y que usted se enoja conmigo, para lo cual está usted en pleno derecho. Lo natural es que me ponga usted verde á fuerza de insultos. Y yo, que no soy apasionado, pienso que está usted cargado de razón, aunque probablemente le devuelva las injurias porque del ejemplo de Jesucristo se nosha pegado muy poco á los hombres. Me llama usted sinvergüenza, canalla, bribón, y muchas otras cosas más... Muy bien llamadas. Si yo lo merecía... Pero la señora que me dió el ser, ¿por qué ha de terciar en esta cuestión sin comerlo ni beberlo? Yo podré tener todas las cualidades que usted quiera, y todas malas, pero ella, ¿ella, por que ha de tener culpa, si ni siquiera está enterada stos asuntos entre usted y yo? Es una laridad que irrita... Como si no hu- pasado la infeliz bastantes trabajos nte mi niñez, y ¡ay! durante mi juven- mmigo, todavía quieren que los siga

pasando, ahora que, afortunadamente para ella, ando solo por el mundo, y que siga expiando mis faltas. . . Hombre, no, la cuestión que usted tiene es solo conmigo, ¿no es eso? ¿Pues por qué vamos á complicar más gente y á traer á colación nuestras respectivas familias, que están las pobres muy lejos de suponer que en este momento usted y yo estamos á punto de hacernos daño en algún órgano importante?

Y vaya, todavía, si es que lo consideran de mucha, de indispensable necesidad, para dar más fuerza á la expresión, llego á concebir que nos nombremos algún miembro de la familia, pero ¿por qué ha de ser la madre precisamente? ¿No le es á usted igual, querido lector, que saquemos á relucir de las primas, por ejemplo? Con ella dábamos desahogo al enfado de la mismo manera, rendíamos tributo á la costumbre . . . . . *familiar* y dejábamos en paz y tranquila á la pobre madre. Propongo desde luego la innovación. Al cabo, una prima no tiene tanta fuerza, y aunque nos la nombren con cierta continuidad, ya no nos llama la atención. ¿Se acepta? Yo creo que es una transaccion verdaderamente honrosa.

Pues si esto pasa con usted y conmi lector, que somos personas decentes, ó quiera lo parecemos, porque llevamos c llo alto y otras coqueterías en el traje, quiero decirle á usted nada de lo que cede con los pelados. . . .

Para ellos el hablarse de *la madre*, es cosa tan frecuente y natural como beberse un vaso de pulque. Todo en este mundo tiene su cuenta y razón, y esta abundancia de mutuas alusiones familiares yo creo que está basada en un hecho, no menos natural y frecuente. La mayoría de los *pelados* son hijos de padres poco. . . . conocidos, según rezan las partidas de registro civil. . . cuando los *pelados* se inscriban en él. Así es que, por esa parte, tan apreciables ciudadanos, viven completamente tranquilos. Que les hablen de esa señora. . . . A ellos ¡¡plin!! ¡¡No la conocen!!

Pero aun así y todo, es ya una frecuencia abusiva. . . .

La madre sale á relucir entre ellos por cualquier cosa, por el motivo más pequeño é insignificante, por la menor discordancia de pareceres. . . . en ocasiones por pura broma. ¡Hay bromas muy pesadas! El hablarle á otro de la madre es el broche de oro con que dos *pelados* cierran una discusión ó una disputa, es la última palabra, el argumento postrero cuando ya no hay otro, es la contestación ya final, después que se han estado diciendo durante una hora todo género de barbaridades, pero barbaridades como el que no las haya oído, no pueden suponerlas; barbaridades que no respetan nada, que de puro libres repugnan á los oídos menos escrupulosos . . . . . Y cuando después de

nombrada *la mamá,* aun no surte el efecto apetecido, como cosa más sagrada para uno que la madre se supone que ya no puede haber, no se contenta el *pelado* con una sola y nombra varias, como si un hombre pudiera tener más de una, y cita veinte ó treinta más, y el contrincante llega á una cifra más alta y el otro añade una, y el primero sube la cantidad y añade otra el otro, y así se pasan todo el día, si á mano viene, sumando miles y miles, hasta llegar á un número fabuloso. ¡Un ejército de madres! Si yo no sé para que quieren tantas. . . .

Y después de todo eso lo natural sería que se rompiesen la crisma. . . . Pues no señor. De hacerlo así, cada día habría en la ciudad mil muertes. . . . . Después que han apurado todas las madres posibles, se quedan tan tranquilos. . . . . y hasta otra. Estas alusiones de familia las miran ellos con la misma naturalidad que el darse la mano.

He explicado ya con esto ó he querido explicar, una de las razones por las cuales dadas nuestras costumbres, no podemos hablar de la que nos ha dado el ser, sino con mucho tiento, y adornando la palabra con rodeos y paráfrasis. La segunda ra es una consecuencia de la primera. Sor exageradamente maliciosos, esa es una las manifestaciones más peculiares del rácter nuestro, y como esa frecuencia que se habla de la madre, para nad

no contribuye á acrecer tal malicia y á justificarla, resulta que en cuanto la conversación recae sobre esa señora, ya está todo el mundo con el oido atento, por si acaso. . . . Y así está uno la mar de cohibido para expresarse. . . .

Conque vuelvo á lo dicho, propongo las primas para sustituir á *la mamá*. ¿Qué les importa á ustedes uno ú otro miembro de la familia, con tal que sea del sexo que se requiere?

Y así dejaríamos descansar á la pobre madre, porque, ¡cuidado que se hace de ella un uso inmoderado y escandaloso!

---

## LA COMPLICIDAD

### DE LOS SANTOS

Crean ustedes que el abusar, aun de Dios, no es conveniente. Excuso decir qué sucederá con los santos, quienes, al fin, se- nenos perfectos, no tienen la misma ncia que Dios y más de una vez ha- de enfadarse con los mortales que les y les llevan para todo y aun les com- en sus locuras y necedades. Yo he

visto poca gente tan fanática como el *pelado* de México, en general.

Los conquistadores españoles venían con la cruz y con la espada, peleando y convirtiendo. Su labor consistía en subyugar un pueblo para construír allá una iglesia, y no sé cuál de las dos ideas, si la de posesión ó la de religión, era la principal, y cuál la secundaria, tan revueltas y de tan parecida intensidad aparecían en el ánimo de aquellos guerreros.

Una vez hecha la conquista se cuidó España de mandar tantos sacerdotes casi como colonizadores, que antes de dar las ventajas materiales de la civilización al indio le hacían estudiar el catecismo, pues así era el carácter de aquellos tiempos, donde andaban los hombres por la tierra con los ojos completamente fijos en el cielo. Y para acabar el cuadro, los primeros colonizadores que vinieron eran de la parte meridional de España, donde es la gente más fanática y supersticiosa.

Ellos inculcaron al indio sus creencias, y ya se sabe que nadie más dispuesto para exagerar las que recibe que la gente ignorante. Después los curas no han hecho nada por quitar tales exageraciones, sino antes bien, las han mantenido vivas, pu to que en ello estribaba su dominio so el indio y así se le explota mucho me El indio, por su parte, se encuentra ta gusto con ese conjunto de supersticic religiosas estúpidas, que no quiere de

nera alguna desposeerse de él, porque el día que no tuviese tales creencias no sabría qué hacer de la vida, fuera del cumplimiento de las exigencias materiales. Las razas como esta, de cerebro raquítico y escasas luces, necesitan del fanatismo como un freno, el único que puede impedirles cometer una porción de barbaridades. Y esto lo sabe el clero y lo aprovecha, al tiempo que atiende también al provecho propio. Porque, yo no sé si eso de las predestinaciones será una verdad; pero lo que es el indio ha nacido para ser explotado continuamente, á semejanza de ciertas hembras que necesitan un hombre que las trate mal y las arrime un puñetazo con cierta frecuencia para quererle mucho y ser felices.

El modo de entender la religión de los indios es sumamente curioso. Como gentes al fin de pocos alcances, solo pueden representársela en cuanto hiere sus sentidos, y para ellos el culto externo lo es todo; las imágenes no son tales sino verdaderas y auténticas encarnaciones de santos y vírgenes. Está muy distante el cielo, donde esos bienaventurados moran, para que el indio pueda hacerse el menor cargo de él, siquiera sea dejando volar su exigua y pe-
imaginación.
indio es religioso en extremo. Apenas
para comer, pero no le falta para ga-
su tributo á los santos y á los curas.
exiguas habitaciones, donde duer-
cocinan todos en montón,

hay carencia de muebles y escasez de alimento, pero nunca deja de verse una estampa, una figura en barro, en madera, aunque sea de pura tosca y mal tallada, casi geroglífica, representando un santo ó santa, una virgen, y á su alrededor flores ó adornos, lo más bonito y de mayor precio que haya en la casa, y su cacharro con aceite en el que arde la mariposa. Nunca se apaga, que el dejarla apagar sería atraerse toda la cólera del santo, caer en pecado mortal, ser irremisible candidato para el infierno y echarse sobre sí la reprimenda del sacerdote, que puede más y hace más huella en el ánimo del indio que todos los códigos juntos y todas las penas corporales que esos códigos señalan para el delincuente. Si no se halla á mano una estampa á propósito se coge de un periódico ilustrado, de un libro, y, en último caso, se pone la de un semanario de monos ó el último figurín de una revista de modas. . . . . .La cuestión es tener allí una figura, que después la fantasía la adornará con las cualidades que convengan á sus facultades y á su nombre.

Indios é indias podrán ser lo que ustedes quieran y podrán ir todo lo desarrapados que ustedes se figuren, y pueden figurarse lo más, pero no les falta el rosario cuello, con su medallita, que algún cura regaló por estar bendecida y ser muy mi grosa. Hay santos y medallas para to las enfermedades, según el sitio en

apliquen del cuerpo, y algunos indios van cargados de ellas. Al toque de oración de las campanas, todo indio que pase por la calle y lo oiga se descubre la cabeza inmediatamente.

En realidad, el indio tiene muy pocas afecciones arraigadas, el *pelado*, se entiende, el indio de la Capital, porque en el interior, donde la raza no ha degenerado tanto, conserva costumbres más racionales. El *pelado* apenas da á la parte afectiva de su ser, gran importancia.

Después de todo, el indio es feliz..... Vive en continua correspondencia con los santos, cosa que no podemos hacer la mayoría de los mortales. . . Unas veces por mediación del cura, que sirve gustoso de intérprete y correo, otras por medio de la estampa referida del periódico de modas, la cual es á la vez consultora y confidente de todas sus acciones. Si al indio le adorna la cabeza su mujer, lo cual no tiene nada de extraño, y á él no le da por matar á ella ó al culpable, cosa muy fácil en cuanto haya tomado unas cuantas medidas de pulque, los santos de la iglesia, la estampa del traje de baile ó la primera imagen que tenga á mano, son los encargados de recibir la queja. . . . ó la reconvención, porque si el hombre ha cumplido con la iglesia, se ha dejado sacar los centavos por el cura y ha tenido constantemente encendida la lamparilla de aceite, no comprende que el santo pueda ser tan

informal y piensa para sus adentros que eso ya es gana de fastidiarle á uno . . .

Si hay que combinar algún robo difícil, en el que quizá *intervengan* como mero accidente, nada más algunas cuchilladas. . . . Pues se consulta también el proyecto con los santos, no la vayamos á ensuciar á última hora por falta de previsión, y se les ofrece cualquier chuchería si sale bien el negocio. . . . . Todos los *pelados* que hay expiando crímenes en la cárcel, llevan una porción de cruces y emblemas religiosos en el pecho.

La blasfemia es cosa desconocida entre esta gente.

Por supuesto, que para el indio santos y santas tienen una actividad asombrosa para hacer milagros. No dejan pasar un día sin hacer uno ó dos. Ora es un indio que iba por un camino difícil, montado en su caballo y con algunos vasos de pulque dentro del cuerpo, y tropezó el caballo junto á un precipicio, y si no es porque la Virgen de Guadalupe le echa una mano al jinete, éste rueda hasta el fondo; ora es que un día salieron desafiados de la pulquería titulada «Recuerdos del Porvenir,» el que habla y un compadre suyo. porque él había dicho que el que habla era hombre para coger una mona de buenas, y que se «fajaron» á cuchilladas el que habla le dió un *piquete* y al compadre le tiró una á la cara, que si no porque intervino San Expedito y de-

mano, no vuelve á contar la riña; ora, en fin, cualquier otro favor especial de los que el pobre indio, tan desamparado en la tierra hasta por sus paisanos, pero tan bien quisto en el cielo, recibe todos los días. «Estos milagros se perpetúan en pinturas que los mismos indios hacen, y ya pueden ustedes figurarse cómo saldrán, debajo de los cuales se pueden leer inscripciones de este jaez:

«*Es tendo juaQuin garzia en sumilpa bino un coyote que no mas miraba mi mulita y como ce se la geria comer, y que llo boi y ago la señal dela crus y que se juyó lugoluego.... estopa so serca del serro onde le dicen las lomas. adorenle adios amigos.*

*juaquin garcia.*»

Y ahora se explicarán ustedes todo lo que tienen que hacer estos santos con los *peladitos*. ¡Están complicados sin querer hasta en sus robos! . . . .

---

# SIGUEN LAS CUESTIONES

## RELIGIOSAS

Si yo tuviera un hijo, le daría á escoger únicamente entre estas dos profesiones, si para ellas se prestaban sus facultades: cura ó torero.

Estamos en una república federal donde el Estado no tiene que ver nada con la Iglesia ni la reconoce, donde hay completa libertad de cultos y sólo se prohiben las manifestaciones exteriores de éstos, donde no se permiten las comunidades religiosas. Pues á pesar de esto, la Iglesia tiene en la República una influencia moral grandísima. Y es porque no basta dar leyes si el espíritu de éstas no encarna en el pueblo legislado, y el pueblo de Méjico es esencialmente católico, acaso uno de los más católicos del mundo. Ríanse ustedes de que no se permita á los sacerdotes vestir fuera de sus templos el traje talar, ríanse de que no se permitan las procesiones por la calle: la procesión anda por dentro. El clero t ne aquí más autoridad, más influencia más poder que en muchos países ofici mente católicos, y á pesar de que el tado no contribuye con un solo céntim la cura y conservación de almas, es

de los cleros más ricos, y es de aquí de donde va mucho dinero á Roma. Solamente el culto á la Virgen de Guadalupe, á la que se tiene mucha devoción, representa un movimiento de cerca de medio millón de pesos al año.

El aspecto de esta ciudad demuestra ya su carácter religioso por excelencia. Iglesias repartidas con gran profusión, tanto que se podrían calcular una por cada cuatro ó cinco calles, entendiendo las calles por manzanas, que es como aquí se entienden. Casas hasta en las calles más céntricas con imágenes de vírgenes ó santos esculpidas en la esquina de la fachada, si es de piedra, ó modeladas en yeso y metidas dentro de un nicho donde antes ardiera constantemente la lámpara. Estas construcciones pertenecen todas á la época colonial y están repartidas con abundancia. Los caserones grandes de vecindad, donde en viviendas sucias, sin ventilación, obscuras, se amontonan cientos de almas, tienen todos el nombre de algún santo, y se llaman casa de la Virgen de tal, casa de San Fulano, etc. Y, en fin, como una de las enfermedades de carácter endémico que hay en la población es el tifo, que aparece todos veranos, con más ó menos intensi- según la estación sea menos ó más, losa, necesariamente ha sido una de las tiones que más ha preocupado en tiempo á la gente. La religión ha veni- como era natural, á dar el remedio, y

este consiste en poner un farolito verde ó encarnado en el balcón durante la noche, por la parte de afuera, cuya luz arde en honor de alguna advocación de la Virgen ó de algún santo. Son dos ó tres los que se disputan este culto. Casi en cada calle se ve por la noche un farolito de esos, que da cierto aspecto de tristeza y de antigüedad á la población y hace á uno retroceder involuntariamente hasta aquellos felices tiempos en que no se conocía el alumbrado público y en que la Inquisición se encargaba, sin corretaje de ninguna clase, de buscar adeptos suyos por la voluntad ó por la fuerza, ni más ni menos que actualmente hacen los gobiernos civilizados para buscar adeptos en las elecciones.

El fanatismo de los indios del pueblo no podía continuar en las clases más elevadas . . . . Ya sería demasiado. Pero, quítenle ustedes esa parte grosera, semisalvaje, refínenlo, háganlo más elegante y menos burdo, y aplíquenlo luego á la gente de *jaquette*, y de seguro que no protestan porque reconocen que les cae bien.

No, y yo no quiero exagerar, líbreme Dios de ello; pero confesemos que entre los hombres de esta categoría social, hay aún bastante de eso. . . . En las mujeres lle á una altura considerable; pero creo que ello nadie debe hacer la menor queja. S la mujer la quitamos de esas convicciot tan profundamente arraigadas con todas exageraciones con que las manifiestar

nos queda fría, sin creencias vivas, vale más huír. Tendríamos la mujer yanca, libre-pensadora, con libertad para todo, hasta para pasarse el día fuera de casa sin que sepa el marido dónde lo ha pasado, con iguales derechos que él y discutiendo con él de materias políticas y religiosas y defendiendo ante él la teoría de Darwin. La verdad, antes que casarte con eso, lector, más te valiera estar duermes . . . .

A lo que yo he venido á esta página es á decir que en la capital de los Estados Unidos Mexicanos hay más catolicismo, más fervor religioso, más fanatismo, si ustedes me apuran, que en la misma Roma, no porque haya yo estado allá, sino por lo que lee uno y por lo que oye contar.

Abundan las iglesias que es una maravilla, se ven las imágenes llenas de joyas de gran valor, está divinamente atendido por los fieles el culto, al extremo de que no hay parroquia pobre ó desatendida; en cuanto los señores sacerdotes inician una colecta para cualquier construcción ó cosa así, hasta sobra dinero, y viven, á pesar de la vigilancia gubernamental, una porción de comunidades de monjas y frailes haciendo vida de convento, y hasta el gobierno mismo, vencido por las circustancias que le empujan, se entrega á la política de conciliación y deja que, bajo cuerda, goce el clero de ciertas prerrogativas y de ciertas concesiones, y cada día abundan más los curas aquí, y por sí los del país no son

bastantes vienen año por año una nube de ellos, españoles, pero una verdadera nube. . .

Por cierto que al hablar más adelante de los españoles de México no incluyo á estos señores, pero no es por olvido ni porque no exploten al indio en su esfera, igual que el empeñero en la suya, aunque con más suerte, porque el indio se deja explotar por el empeñero, pero se venga odiándole y llenándole de insultos, y le explota el cura español, y aun le besa la mano lleno de devoción y cariño, como lame el perro la del amo que le pega; no incluyo á los curas entre la colonia española, porque creo yo que seguirán al pie de la letra las máximas de Jesucristo, el cual decía que la idea de patria es una tontuna, y supongo que no tienen patria, ni pensarán en otra cosa mas que en su sacerdocio, que bien pensado debe ocupar mucho tiempo.

Y sentado ya que en México somos católicos, apostólicos romanos *enragés* y hasta más papistas que el Papa, me retiro por el foro y á otra cosa.

---

# PRACTICAS DE RELIGION

## Y OTROS EXCESOS

Una de las cosas más respetables que hay para los católicos, es el culto á los muertos. La religión nos enseña que las almas de los difuntos, en cuanto se separan de estos cuerpos miserables, van al destino que sus mismas acciones les tienen preparado, que cuando muy bien es el Purgatorio, porque hoy día ya se ha puesto muy difícil la entrada al Cielo, y ni aun formando cola se logra entrar. Necesita uno más requisitos y más recomendaciones que en un ministerio.

Pues bien, el pelado, que es esencialmente religioso, respeta y rinde culto á los muertos, pero como también respeta sus propios derechos á darse gusto y rinde culto á Baco en cuanto llega la ocasión, ha encontrado el medio de compaginar las dos cosas. Y yo le doy la razón con todo el entusiasmo de que soy capaz. El que se haya muerto un individuo no quiere decir que los que subsisten vivos se entreguen á la penitencia.

Supongamos que á don Luz, apreciable pelado de un barrio de la capital, se le muere

un miembro de su familia, ya adulto. A pesar del don, este señor lleva los pantalones leno de agujeros, el sombrero hecho trizas y los piés descalzos. Pero eso sí, á los pelados nadie les gana á finos, y entre ellos no se quitan el don ni á puñetazos, y á ellas las anteponen al tratamiento de señoritas, aunque ya se esté cayendo de vieja y haya tenido más hijos que un patriarca de la Biblia. Porque ¡qué caray! ellos serán *probes, pero desentes*.

Pues como ya hemos dicho, á don Luz se le ha muerto su señora, un modelo de esposas que no se emborrachaba más que los sábados y que no había tenido que ver, en el tiempo de *juntada*, ni con don Concho, compadre de don Luz, padrino de un hijo de él (averigüen ustedes á quién se refiere el pronombre) ni con el gachupín dependiente de la tienda de la esquina, que la daba *sus pelliscos* al tiempo de robarla medio centavo en el centavo entero de frijoles que *mercaba* cada día la difunta. Pues don Luz consulta el caso con su íntimo amigo don Concho, y como el primero no tiene posibles para enterrarla, porque su diario apenas si le alcanza para su pulque, sigue la costumbre, que es exponer el cadáver en la habitación á la v ta de los vecinos y amigos y una band ó platito donde los de alma generosa yan echando sus centavos. Suele sucec que después de reunidos algunos venga ( amigo de la casa lleno de pésame y se

lleve y aquella tarde corra el pulque en la pulquería próxima á la salud de la muerta.

Lo que resulta indispensable es el velorio. Hay que velar el cadáver aquella noche, hasta ver qué se hace al otro día para enterrarlo. Con lo que los centavos dieron se compran cuatro velitas y se convida á todas las amistades de ambos sexos al acto.

Helos ya reunidos alrededor del cadáver esa noche á don Luz, que tiene que estar muy triste, don Concho, que tiene que estarlo tanto ó más, con su señora, Mechita, una de las comadres de la difunta, y así sucesivamente hasta diez ó doce personas, aunque algunas no lo parezcan de la mayor intimidad de la casa y de lo más escogido entre las amistades, á más de unos cuantos vecinos y vecinas que cortesmente se presentaron sin que nadie los llamase, á hacer esa obra caritativa.

Las primeras horas de la noche se dedican al rezo. Allí no se oye una mosca, fuera del murmullo de las oraciones y del chisporroteo de las cuatro velitas. Huele á muchas cosas, en primer lugar á suciedad y á miseria, en segundo á mujeres poco aseadas, que es el mismo olor pero aumentado y corregido; huele á aire aspirado, [illegible]ue en el cuartito donde están amonto[illegible]s tantas personas se cerró ha tiempo [illegible]uerta, única ventilación cuando no está [illegible]la.

[illegible]minan las oraciones y la conversa[illegible] naturalmente, sobre las cualida-

des de la difunta, que era poco menos que una santa. Don Luz y don Concho están muy tristes y los amigos no pueden ver eso con tranquilidad. Hay que consolarles de alguna manera, y la mejor es un vasito de pulque. Sale el líquido á relucir, los dos compadres se rehusan á beber, pero los amigos les convencen de que deben vivir para el mundo; y de que hay en él otras mujeres, tan *chulas* y tan hermosas como la que acaba de morir, y los compadres beben por fin chocando las copas á la salud de la difunta. Donde dice copas entiéndase que es una metáfora de buen gusto. Ya sabemos que son jarros de barro, pero eso de poner copas, hace más bonito. Chocan, pues, los jarros y beben. . . . Imítanles los demás, porque no iban á hacerles el desaire, y los dos ó tres jarros que hay en la casa pasan de boca en boca llenos del blanco líquido.

A las dos ó tres rondas se acabó la provisión y ya nadie piensa en la difunta más que para espabilar las velas, y hasta se empiezan á contar los defectillos que tenía la pobre. . . . . A este punto ya la conversación, se van alegrando un poco, porque no hemos de entregarnos á la desesperación por una cosa que, después de todo, es muy natural y no tiene reme y ellos y ellas se empiezan á mostrar comunicativos, y algún él se fija en alg élla y la da un puñetazo suave ó un t del rebozo, ó un pellizco de los que h

saltar, ó cualquiera otra manifestación tierna de que le está gustando, aunque no sea más que para una temporada corta, y ella le contesta con un cariñoso manotón en la cara ó con una frase no menos cariñosa en que, cuando poco, le habla de la familia y de la más directa, con lo cual le da á entender que no le parece mal la proposición y que acaso la acepte. Con esto, él sigue usando de las manos y de la palabra á un tiempo, como medios de convinción.

Mientras tanto, don Concho y don Luz, que se han apurado lo que quedaba del pulque, sienten que con el alcohol se les acentúa la tristeza y se acuerdan del buen rato que les hacía pasar la difunta, y lloran juntos. La mayoría de los concurrentes no se cuidan ya de consolarlos porque están ellos harto ocupados, pero no falta alguno que tiene sus pujos de orador y les hecha un discurso lleno de razones para demostrarles que son unos tontos apurándose así, pero que en el transcurso de la pieza oratoria se acuerda de que hace como dos años perdió también á su «vieja,» y como el pulque es así de sentimental, el orador se pone á llorar con los dos padres y la desgracia los une á los

n esto empieza á circular una botella «chínguere,» de mezcal, de cualquier ida embriagante, al par que economi-

Pasada media noche, ya se están quemando los últimos cartuchos.

Apenas queda líquido. El orador que iba á convencer á los dos compadres de que no debían afligirse por eso, y acabó también en lágrimas, decepcionado del mal éxito de sus gestiones, duerme filosóficamente la mona, lanzando grandes ronquidos en el santo suelo, junto al cadáver, cuyas velas, próximas á consumirse, nadie se cuida ya de espabilar.

El galán y la doncella, y ustedes dispensen la palabra, siguen hablando en voz muy bajita y sin insultarse ya, aunque ella todavía no parece del todo conforme, por lo cual procura él acentuar, al mismo tiempo que la expresión de las palabras, el movimiento de las manos. Quédanse un rato en silencio y él lo rompe y dice:

—Entonces, ¿qué hubo?

—Pues. . . . siempre sí, usted dice no más. . . .

Se levantan y se van abrazados y dando traspiés. Ella todavía va resistiéndose. Los demás no se dan cuenta de la huída, porque unos duermen, otros hablan consigo mismos ó con la pared, otros están sumamente preocupados porque quieren tenerse en pie y no pueden, otros platican en g pos con mucha animación y sin entend se una palabra. . . .

Repentinamente, del grupo más nur roso y vociferador, cuyo núcleo forman dos compadres, empiezan á salir inter

ciones «numerosas y escogidas,» y se oye nombrar á los parientes cercanos de los contendientes, con una frecuencia asombrosa.

—¡Yo soy muy hombre!

—Usté ¿de qué se las echa, amigo? Véngase á la esquina, no más á ver si es verdad.

—Oigan, amigos, interpela un tercero más espabilado, ténganle respeto á la difunta.

—Adiós, contesta don Concho, pues si tuve con ella mucha intimidad. . . .

—Orden y amanecemos, murmura un borracho que se despierta con el ruido.

—¡ . . . . !

—¡La suya!

—¡ . . . . ! (Aquí van unos adjetivos.)

—¡ . . . . ! (Idem, ídem, ídem.)

—Pues salga á la calle.

—Luego, luego.

Mientras echan mano á las chavetas y se arremolina la gente y gritan las «damas,» pero nadie tercia para separarlos, porque todos son muy hombres y no estaría bien el impedirles que diriman sus cuestiones; el orador que yace junto al cadáver se incorpora, extiende una mano, tira la vela, ( ésta sobre el cadáver y empiezan á ar- ( las ropas.

nfusión general, gritos, borracheras ; ntáneamente desaparecidas, carreras, ( ndalo, borracho que saca su chaveta y ( ·za á repartir cuchilladas creyendo

que eso va contra él, cadáver que se cae al suelo medio incendiado y haciendo muecas, gendarmes, etc.

Y la noticia en los periódicos al día sisiguiente, dando cuenta, con la indiferencia que da la costumbre, de los heridos y contusos.

——

## SIGUEN LOS EXCESOS

### Y LAS PRACTICAS

Ya hemos dicho que el *pelado* necesita representarse la religión materialmente. Y solo así es como conserva el fanatismo tan arraigado, y solo así es como se forma idea, la idea que él puede formarse, de la religión, de sus misterios y demás cosas "del ramo." Hablarle á un indio de estos de que Dios es grande, verbigracia, es lo mismo que el que tiene tos y se rasca los talones, porque mientras no se lo den con do y masticado, esto es, mientras no le d representaciones materiales de Dios y los santos, se queda completamente en ay nas. Y cuanto más teatrales sean estas presentaciones, y más burdas, y más

seras, y más ridículas, mejor efecto causarán en su escaso cerebro.

Llega la semana de Pasión y los inditos de estos alrededores se preparan á hacer la fiesta religiosa, que más de fiesta tiene que de conmemoración de un hecho triste, según se hace y según se interpreta. La procesión esa saldrá por la calle sin más ni más, con todos los personajes y con todo el aparato que su interesante argumento requiere. Un pelado hará de Cirineo, otros de sayones, otros de fariseos, otros de judíos, y así sucesivamente, con los trajes de la época, por supuesto. De común acuerdo con los lectores renuncio á describir estos trajes, primero porque no le ha dado Dios á mi paleta los colores suficientes ni á mí la facultad de combinarlos como es debido, y segundo porque sería tarea pesadita. Con un trapo azul, otro encarnado, otro de otro color muy chillón y otros varios por el estilo se hacen en seguida vestimentas bíblicas con el resultado que se supondrá el lector. El que hace de Jesús suele ser un pelado sucio, con la tez, por su color natural y por el de la porquería, de un color moreno verdi-cobrizo, obscuro y fuerte,
parte los corazones. La demás gente
la comitiva no le va en zaga, en cuanto
olor ni en cuanto á tipo. Como me figu-
que ustedes son buenos católicos y se
en de memoria todo lo que sucedió á
s desde que le cargaron con el mader

hasta que le hicieron morir en él, excuso extenderme en detalles acerca de los pasos, paradas y acontecimientos y pantomimas de esta estraña procesión, puesto que no hace más que ir imitando *ce por be* lo que nos cuentan que sucedió en aquella. También me podrán decir muchos de los que este libro leyeren, si alcanza la fortuna de ser leído, que cuanto voy á decir y gran parte de lo que llevo dicho en él ya se lo saben de memoria, en lo cual convengo con ellos, á cambio de que ellos convengan conmigo en que ciertas cosas, de puro sabidas que uno las tiene, no le llaman la atención y es necesario que venga otro y las diga para que empieze á fijarse en ellas.

Los indios toman tan á pecho estas cuestiones que no se conforman con la simple ceremonia.... Eso lo hace cualquiera. Allí Jesús tiene que caerse con cruz y todo tres veces durante el camino, y los judíos aquellos, armados de reatas (cuerdas), de látigos, fustas ó cosa así, la emprenden á latigazos contra Jesús con "furia insana," hasta que se levanta lleno de cardenales y diciendo algo feo entre dientes para los judíos, y prosigue andando con la cruz á cuestas. Generalmente, Jesús, después de la primera zurra empieza á arrepentirse de su papel, y á hacerse el remolón para la segunda, porque como él no es Redentor sino simplemente don Chucho, ni va á salvar la humanidad, le parecen algo inútiles los azotes....

*Cáite,* le gritan los judíos y demás acompañamiento cuando ha llegado la hora de la segunda caída.

Jesús hace que no lo oye, y empiezan á lloverle adjetivos, de esos tan elocuentes que usan los apreciables pelados.

—Cáite. . . .tal.

—Cáite. . . .de cual.

El falso Jesús empieza á incomodarse, y e acuerda de las mamás de todos ellos, porque eso es lo primero que á un pelado le viene á la boca para á insultar á otro, y hace propósito de no caerse para que se fastidien. . . . . .y para que no le den otra zurra.

—Andele señor, cáigase, siguen gritando.

—Vayan á. . . . contesta él mentando la familia de los otros.

¿Qué no? Ahora verá Jesús si se cae ó no se cae. Judíos, fariseos, escribas, las tres Marías y hasta Poncio Pilatos si está por allí se le echan encima, y empujón por un lado y puñetazo por otro, le hacen caer, y una vez en el suelo le descargan soberana paliza, como no la hubieran descargado los judíos auténticos. . . . .

Acabada la cual se restablece el orden y «sigue su curso la procesión». . . . .

veces suele suceder que Jesús, con urra triple que le han dado ó le amenadar, con la caminata, el peso de la cruz, olvo del camino y la aglomeración de te se nota la boca seca, y como lleva oras sin echarse una medida de pul-

que y eso es mayor sacrificio que ercibir los latigazos, al pasar la comitiva religiosa por frente á una pulquería, no se puede contener y se cuela en ella. Los demás personajes de Judea no lo permiten y se van tras él á latigazo limpio. El falso Jesús, que ha dejado la cruz en la puerta del establecimiento, ó toma el partido de correr, y entonces se desbandan todos los personajes en pos del prófugo hasta reducirlo al orden, ó el de resistir. En este caso, no es raro ver al humilde y sufrido Jesús coger la cruz y emprenderla á cruzazos contra el que se le ponga por delante, así sea un sayón ó la virgen María. El pueblo, espectador de los acontecimientos, lo toma muy á pecho también, y excita á los judíos para que vuelvan al redil al Jesús prófugo, y hasta si se anima la cosa toma parte activa en contra del pobre de Nazareth.

Esto tiene dos resultados: ó se arma una marimorena y de los latigazos y empujones se pasa á cosa mayor, ó Jesús, los judíos, los sayones, los fariseos, el buen ladrón y el malo que andaban por allí y las vírgenes y todo Dios se contentan y acaban por tomarse unas cuantas medidas de pulque en traje bíblico, con los que suele andar Jesús borracho por la calle, casi sin tenerse e- pie, ó le da por hacer el amor, harto ex presivamente á la Magdalena. . . . .Por r gla general, y aunque salga muy bien l brado, Jesús resulta en un estado depl rable. . . . .

Y los que tachen esta pintura de exagerada, díganme si ya que no todas de una vez, no han visto en ocasiones escenas muy parecidas. . . . .

---

## LA MANO

Los sabios microbiologistas han decidido que los microbios intervengan en todas las cosas y lleven la culpa de todo lo que nos sucede, desde los desarreglos y anormalides orgánicos hasta nuestras acciones, y así á la vuelta de unos cuantos años se descubrirá el microbio de la mala suerte, el de las conquistas amorosas, el de los celos, etc., y nos podremos explicar experimentalmente situaciones y hechos que hoy se relegan al dominio de la psicología ó al de las ciencias ocultas ó al de las fuerzas magnéticas.

Pues según esos señores sabios, uno de los medios de contagio más seguros para las 'ermedades capaces de extenderse de una 'sona á otra, es la costumbre general de rse la mano.

Aquí, en Méjico, la salubridad es un mi- estamos rodeados de microbios por todas tes, y el que más y el que menos lleva

sobre sí los del tifus, los de las intermitentes, los de las enfermedades del estómago, que son comunes, los de las enfermedades de las vías respiratorias, y otros muchos. Pues ni aun esa consideración nos coarta un poco la costumbre. . . Se calcula que, por termino medio, nos damos unos á otros la mano de setenta y cinco á ochenta veces al día. . .

Por la mañana nos encontramos á un amigo. . . Dos veces la mano, una para saludarle y otra para despedirle. Nos lo volvemos á encontrar al medio día. . . Otras dos veces. ¿Que por la noche dió la casualidad de que le encontramos otra vez? Pues otros dos apretones. . .

Un empleado va á una oficina dos ó tres veces al día, según la disposición de las horas, y tiene que dar la mano tantos pares de veces, menos uno, como viajes hace. Y si enmedio de esas horas de trabajo se le ocurre ó tiene necesidad de una salida extraordinaria, otro par de apretones.

Pero hombre, si eso es tener la mano á merced de todo el mundo. Y no lo echen ustedes á exageración; con esa costumbre de dar la mano por la menor cosa y á la menor ocasión, no dispone uno apenas de las suyas. . . Salgo de casa por la mañana temprano. y ya sé que hasta que me acueste Fulano, Zutano, Perengano y unos doscientos cincuenta tipos más tienen el indiscutible y reconocido derecho de estrecharm la mano cuantas veces me encuentren cer-

y de estrechármela como les dé la gana; estrujándome los dedos unos, haciéndome cosquillas en la palma otros, juntándome á viva fuerza los nudillos aquél, clavándome la uña de un dedo en otro, si las usa largas, éste, dándome un tirón hacia sí, de puro cariño, y llevándome en pos de la mano, un buen amigo, reteniéndomela entre las suyas un cuarto de hora, un ser que es afectuoso de suyo, jugando con ella al columpio de un lado á otro, un ser expresivo, también de suyo, ó que lo heredó de la familia, y así sucesivamente. De mi mano puede hacer lo que quiera todo Dios. . . . ¡Hombre, esto es irritante!

Y he de aguantar que aquel amigo, que suda mucho, me de una mano completamente en salsa, que aquél otro, que se la acaba de dar á un *pelado* que usaba las suyas para reconocerse cualquier prominencia del pie descalzo, me trasmita un resumen y compendio de todas las basuras de la calle, que el de más allá me. . . Pero no quiero seguir la lista, porque llegaríamos á la enumeración de unos casos verdaderamente monstruosos. . .

Todas estas dolorosas reflexiones me las hago al salir por primera vez de casa, después de lo cual me resigno, como quien se signa con la idea de la muerte. Y al cuarto hora, ó antes, me encuentro un amigo, que aquí como en los pueblos, nos conocemos todos, y antes de que llegue á mí exclamo mentalmente dando un suspiro:

—¡Primera estación!

Y le alargo la mano, ya, con la tranquilidad del que ha tomado una resolución, y digo mentalmente:

—¡Tómala, hombre, tómala!. . . ¡y sea lo que Dios quiera!

El dar la mano á mí no me parece feo, antes al contrario, es una costumbre simbólica y expresiva, pero abusamos mucho de esa costumbre. Así como las cosas, con doscientas cincuenta veces que se digan basta generalmente, así dos individuos que se conocen, con que se hayan dado la mano unas mil cuatrocientas veces, en las setecientas que se encontraron durante su vida, creo que con que se la dejen de dar desde la setecientas una en adelante, no harían nada de más.. . Pues no, señor, se la siguen dando en cuantas ocasiones la tienen mutuamente al alcance. . . Así es que al cabo de poco tiempo de amistad, llegan á saberse las manos de memoria. . . Podrían decirse uno á otro su porvenir desde lejos.

Creo que en ninguna parte se da la mano con la abundancia que aquí. Hay hombres que lo que sienten es no tener doce ó quince, para darlas todas á la vez. ¡Lo que ellos gozarían de ese modo!

Excuso decirles á ustedes qué cantida de tiempo perdemos en darnos la mano. . Lo cual no extrañará á nadie, porque lo latinos y sus descendientes son una especi lidad en eso de inventar cosas para pasar perder el tiempo. Si con lo que cada u

ignora se podría formar la gran biblioteca, según ha dicho no sé quién, con la actividad y calor que durante un año han desarrollado los músculos de cada habitante de Méjico para dar y tomar la mano, se podría mover un tren de carga.

Y no les quiero hablar á ustedes de los remolones en la conversación, los que en una visita, por ejemplo, se despiden cien veces para marcharse y otras cien encuentran motivo de nueva plática y vuelven á emprenderla. Como aquí el primer movimiento al ir cualquiera al despedirse es el de dar la mano, se la tiene ested que tomar á su visitante lo menos diez ó doce veces. Una al decir «bueno, ya me voy» y levantarse de la silla, otra en la puerta del despacho ó sala, otra en el pasillo, donde se pararon nuevamente porque usted, claro, va acompañándole, otra á la conclusión del pasillo, otra al entrar en el recibimiento, y etc., hasta llegar á la puerta de la escalera donde ¡¡por fin!! le da usted por vez postrera la mano. Pero suele suceder que al individuo se le le olvide decir alguna cosa, y desde la mitad de la escalera se vuelve, sube, se lo dice... y le estruja la mano otra vez.

Entra usted en un sitio donde hay tertu-
, ó cosa así, y donde se han reunido vein-
ó treinta personas, ó acaso más. Lo na-
al era que diese usted la mano á los
eños de la casa y á las personas de su
istad particular que encuentra usted allí.
s no, señor.

Para observar la debida finura tiene usted que dar la vuelta al salón donde se han sentado los invitados, todos muy graves y tiesos, como si esperasen que les fuera á pasar lista, y allí ir dando la mano uno por uno, conozca usted ó no á la gente. Es una gimnasia del demonio. Tiene ud. que agachar treinta veces el cuerpo, y dejar que le soben treinta veces la mano. ¡Ni que fuera carne para vender! Y cuando ya acabó usted, se hiergue triunfante, respira fuerte y saca el pañuelo para enjugarse el sudor.

El ejemplar clásico, característico, en esta malhadada costumbre de dar la mano *á todo pasto*, lo conocí yo hace algún tiempo.

Era noticiero de la redacción, y entraba y salía muchas veces, ya para dejar una noticia y volver por más, ya para recibir órdenes ó presentar datos, etc. Pues invariablemente cada vez, al salir ó al entrar, había de dar la mano á todo el mundo. Observaba con toda rigurosidad las categorías, y principiaba el saludo por el director para acabarlo con el mozo, todo lo cual le costaba cruzar la habitación varias veces en distintas direcciones. Aquel muchacho era mi pesadilla, al irse repetía la misma operación, aunque solo hubiese estado allí cinco minutos, de modo que á veces tardaba mucho más tiempo en los saludos que en despachar el negocio que allí le llevara.

Repito que era mi pesadilla. Cuando nos absortos estábamos cada uno en su lab

entraba él con andares de fantasma, sin meter el más pequeño ruido en el suelo alfombrado, con la sonrisa clavada en el semblante, inmovilizada de tal manera, que más que sonrisa parecía una contracción que le hubiese quedado perenne á consecuencia de un pasmo. Iba hasta el director, siempre con la sonrisa, y mascullando algunas palabras de saludo como un murmullo, suaves é ininteligibles, ponía la mano con los dedos muy extendidos, en forma de estrella, allí delante, encima de los papeles, junto á la cara del director. Este alzaba la cabeza medio asustado, veía la mano allí delante, quieta encima de sus narices, y la estrechaba decidido, como quien comete una verdadera heroicidad. A los pocos minutos había el muchacho realizado esa operación con los demás que estaban inclinados sobre sus mesas; evacuaba su misión y se iba repitiendo la fórmula con todos. ¡Jamás se le olvidaba uno!

A fuerza de tratarnos suprimió las frases de saludo, como que nos veía diez ó doce veces diariamente; pero el dar la mano, nunca. Lo que hacía ahora era darla en silencio.

Tenía el don de la importunidad para
Entraba en los momentos en que yo
viera más engolfado y absorto en lo que
ibía. Y en silencio, con aquella sonri-
stúpida que llevaba siempre, ponía la
o, extendida cuanto era posible, con la
hacia mí, entre mis ojos y el pa-

pel. . . . No había manera de escapar. Dejando antes la pluma, concurría yo á pagar el tributo exigido en nombre de las buenas formas, posaba mi mano sobre la de él. Al sentir la suya el contacto con la mía, salía de su inmovilidad y de su rigidez. Como un pulpo á quien se le toca, movía lentamente los dedos hasta plegarlos á la mano que se le entregaba incondicionalmente. Al principio era una presión suave, dulce, pero después iba en aumento de tal modo, que yo sentía el terror de lo desconocido y pensaba; ¿Qué irá á hacer?. . . .

Y mientras tanto la sonrisa estúpida aumentaba. . . . en sonrisa y en estupidez. Dijérase que al estrechar mi mano el joven *reporter* sentía un placer irreflexivo, como el del que satisface, tras grandes apuros, alguna necesidad natural. Después de unos momentos de presión enérgica, los dedos se desplegaban nuevamente, volvían á su posición normal, daba media vuelta el joven y se iba á cumplir su misión á la mesa inmediata. . . .

Me tenía ya intranquilo, sobre todo lo otro por aquel modo de dar la mano así, por sorpresa. Ya saben ustedes que hay cierto magnetismo, cierto estado especial eléctrico en las personas que se manifiesta en atra ciones y repulsiones, que nos indica proximidad de algo ó alguien que nos c sagrada. . . . Pues bien, á veces yo ser cierto malestar, cierta molestia alrede

de mí, algo que sentía sin explicarme lo que era. . . . levantaba la vista y en efecto. . . .

¡Delante estaba la mano, rígida, implacable, con los cinco dedos extendidos en forma de estrella!

— —

## PRESENTACIONES

Por el artículo antecedente habrán ustedes empezado á sospechar que aquí en Méjico somos una atrocidad de finos. . . . Pues cierta es la sospecha, y ocasión tendrán de convertirla en certidumbre cuando hayan leído este y el que sigue, si es que están ustedes dispuestos á creerme bajo mi palabra de honor, cosa que espero, pues que nunca han tenido ustedes ocasión de conocerme eso ni en pro ni en contra, y la caridad aconseja que en caso de duda pensemos piadosamente.

Somos muy finos, señores, todos los que vivimos en esta capital: los naturales porque tienen esa cualidad en su modo de ser, en su idisioncracia moral, y los extranjeros que se les ha pegado, y porque saben la práctica que «á donde fueres, haz lo vieres.»

ues uno de los modos de manifestarse nura son las presentaciones. . . . . Yo

creo, y ustedes no se reirán de esta creencia, que el objeto de presentar una persona á otra es el relacionarles, bien para que tengan amistad y conocimiento, de los cuales el que presenta se promete algún buen resultado, bien para que arreglen algún asunto ó negocio, bien, en fin, para que puedan hablar y tratarse con mayor libertad y franqueza, si los acontecimientos les deparan un rato grande de estar juntos. Pero dos personas que se ven dos minutos en una ocasión, que es de suponer por la situación de cada una que no volverán á verse más, que maldito el interés que tienen en ello, no se me alcanza por qué las exigencias sociales les obligan á darse la mano dos veces, á interesarse cada una por la otra en apariencia, á ofrecerse la casa y casi, casi hasta la familia y á quedar verdaderos amigos, incondicionales seguros servidores y etc., etc., cuando cada uno de ellos está mandando mentalmente al otro á mala parte por el tiempo que le quita en sostener una conversación sosa y sin interés alguno y en escuchar cosas que no le importan un comino.

Pero no, señor, también abusamos de las presentaciones, como de la costumbre de dar la mano. Tenemos un afan verdaderamente curioso y notable de presentar á la gente, unos individuos con otros. .

Yo voy por la calle con un amigo y pasa una persona que lo es de mi acompañante, la cual, al encontrarnos, se detie

breves instantes para saludar á su amigo. Los saludos estos son interminables, porque se preguntan por la salud, por la de cada miembro de la familia, por el estado de los negocios, por la manera que tuvo de pasar la noche, por la cantidad del tiempo que durmió, etc., mientras se estrujan la mano. . . . . Entretanto suceden todos estos acontecimientos, yo me retiro prudentemente hacia un lado, para no ser indiscreto. . . . y no llevar la lata. Pero no me sale la cuenta. Mi amigo me llama y efectúa la presentación con todas las reglas del arte. Y el individuo y yo nos damos la mano, porque también se da cuando á uno le presentan, nos saludamos muy finos. . . .

Como ese señor no se había parado más que para saludar á su amigo y no para emprender plática con él, acabada la presentación se despide. Otros diez minutos de fórmulas. ¡Es desesperante! Termina con él y la emprende conmigo. Nos ofrecemos cuanto puede uno ofrecer en este mundo, nos decimos nuestros apellidos hasta la cuarta generación ascendente, nos participamos las señas de nuestros domicilios respectivos, nos quitamos el sombrero y cada uno se va por su rumbo. Ni él ni yo nos hemos fijaen los nombres, así es que yo no sé cóse llama el caballero que acaban de sentarme, ni se lo pregunto á mi amini éste me habla de él, porque es un ocido muy superficialmente suyo. Así ue la presentación no ha tenido abso-

lutamente el menor objeto. Y Dios me libre de hacer esta consideración á mi amigo, y de decirle que la presentación esa no me me ha resultado mas que una fórmula molesta y engorrosa. . . . . El ha cumplido una alta misión de galantería, de finura, y no comprende que eso le puede ser criticado. Por el contrario, se ofendería mucho.... Y no obstante, si yo no he de volver á acordarme de ese caballero, ni él de mí, ni hemos de saludarnos otra vez, probablemente, ¿me quieren ustedes decir para qué diablos nos han presentado y nos han hecho deshacernos en cortesías y cumplimientos ridículos y tontos?

Pues así lo manda Su Majestad la finura. . . . Usted está en la calle con un amigo, pasa otro y aunque tenga el infeliz mucha prisa por llegar á su destino, usted le detiene, le para, le presenta al otro, quieras que no, y después que se ha complacido en fastidiarle cinco minutos, durante los cuales la víctima, aunque esté dada á los demonios, tiene que aparecer alegre y satisfecha de la presentación, usted le suelta y se siente casi orgulloso de sí mismo. Ha cumplido un alto deber de cortesía, ha dado usted un toque de distinción m··· oportuno, muy distinguido. . . . ¡Es ust un hombre muy bien educado!

¿Pueden ustedes calcular el tiempo q perdemos en esas presentaciones? Si fu posible hacer ese cálculo el asombro pintaría en nuestros semblantes. . . . Y

quiero decirles á ustedes nada de los que tienen la costumbre de presentarle á usted á otro y marcharse luego, dejándoles á ustedes que hablen, si pueden, y estando usted obligado, porque se le antojó así á aquel caballero á sacar una conversación interesante, y luego otra, para que no falte nunca, aunque su interlocutor se le haya sentado á usted en la boca del estómago....

¡También es ocurrencia, eso de que la finura consista en fastidiar al prójimo todo lo posible!

---

## FINOS... PERO GUASONES

Sí, señor, que somos muy finos todos; unos porque la tierra lo da y nacen ya con la finura metida en el cuerpo y otros porque se nos pega la costumbre del medio ambiente en que vivimos.

Si durante un cuarto de hora pasa uno por delante de otro unas treinta veces cuando menos, las treinta le pedirá permiso ó :dón. Si se suena, bebe un vaso de agua, ina sobre cualquier asunto, se sienta ó levanta, fuma, etc., no lo hará sin haber lido permiso antes, y seguirá insistiendo la petición hasta que se lo hayan da-

Si habla uno de su casa propia con otro, nunca dice «mi casa» sino «su casa de usted».

Nadie hace nada delante de gente, aunque sea la cosa más sencilla del mundo, sin la anuencia del interlocutor.

Si toma agua, le ofrece al otro, como si por obligación tuviesen que sentir sed los dos al mismo tiempo.

Si fuman, habrá de encender primero el otro, y como el otro quiere que encienda primero él, se pasan así dos minutos, hasta que la cerilla le quema los dedos al que la tiene en la mano, sin que todavía hayan podido dilucidar quién es el que primero enciende.

Si dos individuos van á pasar por una puerta, lucharán en finura y galantería unos dos ó tres minutos, porque ambos quieren pasar después.

Con que dos individuos se hayan hablado dos ó tres veces en su vida, basta para que no se contenten con darse la mano en el saludo, sino que se abrazarán con toda la efusión y todas las fuerzas de que son capaces, y no se besan porque la gente no les vaya á creer víctimas de alguna debilidad.

Si se saludan, el saludo tarda lo men diez minutos. Se preguntan por la salu después separadamente por la de cada u de los miembros de la familia, luego ha por la de los parientes lejanos. Después entera cada uno de cómo pasó la noche

otro, (aunque se haya casado en la misma semana), de si durmió bien, de si no sintió nada de particular, etc. Luego busca en los rincones de su memoria el recuerdo de la última dolencia de su interlocutor, que alguna habrá tenido, aunque fuera leve y hace mucho tiempo, y le pregunta por ella. En seguida le dice que cómo van los callos, verbigracia; y, por último, le pregunta por el estado de los negocios, todo muy rápido y seguido, sin esperar á que el otro conteste á cada pregunta, y al fin de todo esto respira satisfecho, como el que está fatigado de una labor y la ve terminada, y empiezan á hablar de cualquier asunto.

Cada uno está obligado á poner á la disposición del otro, menos la mujer y las hijas si son ya crecidas, todos los objetos y seres de su pertenencia.

Todos, en fin, nos llamamos mutuamente queridísimos amigos, adorados compañeros.

Pues después de todo esto, ¿querrán ustedes creer que somos de lo más guasones que Dios ha echado á este mundo? Pues sí señor, con toda esa finura y esa galantería nos traemos más guasa que un tenor cómico y más intención que un toro de Miura.

Ustedes habrán visto á mucha gente to-
: el pelo, pero á nadie con la suavidad
que aquí lo tomamos á todo el mundo.
Cuando la guerra de Cuba, es fama que
regimientos que llegaban á poblado,
ás de largos días de manigua, fueser

insurrectos ó fuesen fieles á la corona, lo primero que hacían era dirigirse galantemente á las mujeres. . . . Excuso decirles á ustedes si tendrían ganas de galantear. . . Allí no dejaban de ser obsequiadas más que las niñas muy niñas y las viejas muy viejas . . . Salida la tropa del pueblo, las mujeres se ponían á comentar los acontecimientos y á referir lo que les había tocado en suerte. Aquella que había caído con un blanco lo refería con cierta satisfacción y cierto orgullo, causando la admiración de las amigas menos afortunadas Luego seguían en suerte aquellas á quienes les había tocado mulatos, que si no era el premio gordo, por lo menos venía á constituir una aproximación. Y por fin, las infelices que habían sido poseídas por negros, apenas se atrevían á hablar, sintiéndose como avergonzadas y empequeñecidas. . . . Pero no faltaba una que, á voz en grito, decía muy orgullosa:

—Pues el mío era un negro, pero era *generá*.

Pues algo parecido sucede con esto de la guasa. Le toman á uno el pelo, pero con tanta galantería y tan suavemente, que casi resulta un honor como la del *generá*, y está uno á punto de agradecerlo.

Y lo más gracioso es que todos saben esto y nos dejamos guasear, y sabemos ( todo lo que los demás nos dicen es p mentira, y lo admitimos y fingimos cr lo. . . .

¡Díganme ahora que esto no es guasa pura!

---

# LOS ESPAÑOLES

## I

Todavía no se ha hecho un censo completo y exacto de los habitantes de esta República ni aun de esta capital, y es de suponer que no se pueda hacer en mucho tiempo, dado el carácter de la gente del pueblo, en absoluto refractaria á todo lo que huela á gobierno ó administración como todo lo que huela á justicia y como, en fin, á cuanto sea ó signifique ingerencia del Estado en los negocios de cada individuo.

Y, naturalmente, á los extranjeros que, por sus condiciones sociales, intelectuales ó económicas están en continuo y más frecuente trato con la clase del pueblo, pégasele la misma manía, con lo que las autoridades se ven y se desean para hacer una labor estadística que tenga alguna exacti-
, siquiera no pueda ser mucha, y no
tante todos esos esfuerzos, no han podi-
aun sacar un censo de población del que
da uno confiar un poco y tenerlo como
a para sus apreciaciones.

todo esto á decir que, según los

últimos censos publicados y demás datos de las oficinas del gobierno que no se publican, debe haber en esta capital más de cuatro mil españoles. y sin embargo, el que se dé una vueltecita por las calles diariamente, al cabo de cierto número de días suficientes para haberlas recorrido todas, haráse la ilusión de que hay más de cuatro mil españoles aquí, que el pico sobrante asciende á más que la cifra redonda.

Acaso consista en que están bien repartidos, extratégicamente, como si dijéramos, y producen esa ilusión óptica de aumento, como en los ardides de que se solían valer antiguamente en las plazas sitiadas para quitar toda esperanza al ejército sitiador.

Acaso consista también en que son pocos, pero finos. Porque en resumen yo no sé cuantos habrá, pero meten más ruido que franceses, alemanes y yanquis juntos. Estos no meten ruido, pero se meten en casa. A los españoles se nos va la fuerza por la boca. Y pudiendo ser aquí mucho, como colectividad, y pudiendo mandar mucha fuerza, cada día tienen menos. Y esto, aparte de otra causa, y aun de otras porque hay muchas, obedece principalmente á la falta de unión y de común acuerdo entre ellos. Mientras los franceses se unen y se ayud en todo, mientras los yanquis no sólo ayudan entre ellos mismos, sino que es además fuertemente ayudados y sosteni por el gobierno de su nación, hasta el p to de que aquí el ser ciudadano de los

tados Unidos es una garantía para muchas cosas y una puerta para obtener concesiones y gracias que no obtienen los mismos mexicanos.

El gobierno español se preocupa tanto de los españoles que tiene aquí como de los habitantes de la luna, y oficialmente España tiene en México la misma influencia que podría tener en el centro de la Hotentocia, así es que jamás se ha dado el caso de que España reclame á este gobierno por cualquier atropello cometido en un español. Además, hay que reconocer que los diplomáticos que aquí mandan no son por regla general, y sin que aquí se quiera aludir á nadie, ni muy lucidos ni muy aptos para andar con ciertas exigencias, y si alguno lo fué y en ellas se metió cargado de razones, encontróse con que el gobierno español no le apoyaba, y el hombre quedó en el ridículo más completo.

Por su parte, estos españoles hay que reconocer que no se cuidan mucho de tener la protección de su gobierno, pues la única condición que para ello podría exigírseles, ó sea el que acudan mensualmente al registro del Consulado y saquen su carta de nacionalidad, son poquísimos los que la ıplen, pero muy pocos. Generalmente se erdan de Santa Bárbara cuando oyen primeros truenos; cuando se ven en ala complicación es cuando echan de mela actividad de los representantes es-ˡ-s, quienes no pueden reconocerlos

como tales, puesto que carecen de los documentos necesarios. Y es que los españoles conocen á sus gobiernos, los gobiernos conocen á sus españoles y las dos partes saben lo poco que cada una puede esperar de la otra.

Otros extranjeros, casi todos, y sobre todos el yanqui, viven aquí con los ojos puestos en su patria; el español vive en las dos.

Sea porque la identidad del lenguaje y el parecido de algunas costumbres, pocas, aunque otra cosa pueda creerse á primera vista, con las de su país, le halaga y cautiva, y le da muchas más facilidades y alicientes para enlazar con mejicanas y formar aquí familia, sea por lo apático, lo fácil de aclimatarse y lo diferente que es para todo lo que no demande una energía y una excitación del momento, sea en fin, lo que sea, el español se identifica pronto con este medio ambiente, acepta con gusto estas costumbres, vive aquí como el pez en el agua, y si llega á adquirir propiedad ó á casarse con mujer del país, puede decirse que ya no saldrá de él, pues la propiedad tira mucho y la mujer tira más. Necesario es ver también que los españoles vienen aquí muy jóvenes, niños casi, y, en su mayoría, algo escasos de cultura, pu son las aldeas más miserables y olvidac de la costa del Cantábrico, las que d el mayor contingente de inmigrantes á regiones de América, y especialmente á

República Mejicana. Aquí en Méjico adquieren cierta cultura más ó menos superficial y cierto trato de gentes; aquí empiezan á vivir, puede decirse, aquí salen del cascarón, aquí se forman, se crean afecciones y simpatías. . . Y cuando, ya hombres maduros ó con tendencias á viejos, piensan en volver á su país, si es que en éste lograron, en fuerza de trabajo, tenacidad y privaciones, hacer un capitalito, se encuentran con que la familia que han dejado ha muerto y les espera otra formada por casamientos posteriores á su emigración, á la que sólo por deber conservan afecto y que sólo conocen por retrato, la cual, más que verlos y abrazarles á ellos, espera ver y registrar sus baúles. Encuéntrase también que los amigos y compañeros que dejó, si aún existen, pertenecen á un medio social muy inferior al que han adquirido aquí, donde hay mucha más democracia social, y que si quiere alternar con las de más arriba, no tiene para ello más que el traje. Resulta que van á la patria soñando con la patria que dejaron y esa ya no existe, que llevan arraigados costumbres y hábitos exóticos en su país, que pasó para ellos la edad de las diversiones tumultuosas y no ha llegado aún la del retiro en el
on. . . . y se encuentran allí como ga-
n casa nueva, extraños para todo el
ıdo, hasta para su familia, con dinero
n sociedad, que es peor que sin dinero
ı sociedad, y como ya no es hora de

hacerse otra patria, se vuelven á la adoptiva, á la que les educó é hizo hombres, donde tienen sus afectos y diversiones, y se van, desengañados y tristes de su España, pensando que todo ha cambiado allí, que deben llamarse á engaño, sin echar de ver que las cosas siguen en el mismo estado en que las dejaron y que lo único que difiere es su manera de verlas.

De cada diez que aquí llegan, se quedan ocho para toda su vida, salvo las veces que vuelvan de paseo ó de temporada. Unos, los que hicieron fortuna, no vuelven por las causas expuestas, y otros porque la suerte no les favoreció y no se encuentran independientes ni en disposición de vivir allá con el producto de sus rentas. Y como en las regiones septentrionales españolas hay la creencia, buena para hace cincuenta años, pero errónea en la actualidad, de que el que viene á las Américas y no hace dinero es porque no quiere, los que no lo hicieron, porque no encontraron el camino ó la suerte no se lo quiso poner delante, esos no vuelven de *indianos malogrados* á España así les maten, porque no quieren sufrir el ridículo de aparecer como tontos ó perdidos, puesto que para aquellos aldeanos no hay más que pisar el suelo de Veracruz y ya empieza uno á darse tropezon con las onzas de oro mejicanas.

El español, aunque esto no les agrada mucho á algunos, pocos, mexicanos, es un pegote en este país, como otros

tranjeros, sino que forma parte de él, en él hace el capital y lo gasta casi todo, pues si parte se va á España, en él se casa, en él produce y consume, en él procrea y se interesa por él, casi más que por suyo propio.

De cada cien españoles que salen de su tierra, los noventa pueden darlos España por perdidos y México y las otras Repúblicas por ganados.

---

# LOS ESPAÑOLES

## II

Habíamos empezado el articulo anterior, y luego ya la fantasía nos guió por otro camino, diciendo que en esta capital no habrá muchos españoles, si ustedes quieren, pero meten más ruido que un costal de nueces.

La fiesta de Covadonga, el 16 de Septiembre, que aquí la celebran ellos con carácter español general, sin idea de regionismo, es acaso la más nombrada de [illegible]co, no sólo entre los particulares, sino entre muchas de aquellas en que toma [illegible] activa el elemento oficial.

[illegible]mejicanos se desviven por asistir á

ella, porque gustan de ver esa alegría franca y abierta, aunque brusca y tosca en demasía, tan peculiar á los españoles, y de la que carece el natural de este país, cuyas alegrías son más reflexivas.

Donde se hable de empresas bancarias, indudablemente se tiene que hablar de un español, porque son muy pocas las que existen en el país y en la Capital tienen su centro en las que algún ó algunos españoles no estén metidos. Los hay formando parte de las sociedades directivas de casi todos los bancos y la mayor parte de las casas de banca en menor escala, de las casas de giros, etc., son españolas. Ellos tienen acaparados los despachos, que aquí se llaman, ó sea las casas de comisiones, en poder de ellos está gran parte de la riqueza minera del país y poco menos que un tercio de las negociaciones agrícolas.

Descendiendo en escala, es de los españoles el comercio al menudeo de camisería, mercería, sastrería, en fin, todos los artículos anexos á estos citados. Seguimos el descenso, y hallamos en poder de los españoles las zapaterías y otros comercios de pequeña importancia. Y por último, las cantinas y tiendas de abarrotes, ó comestibles, de las cuales no hay seguramen en la capital más de quince que pertenez can á individuos de otra nacionalidad. Ac mite este comercio todas las graduacion imaginables, desde la tienda y cantina (c si siempre están juntas) del centro, lujo

ataviada con adornos y decorados, elegante, limpia y cómoda, donde los dependientes se presentan hechos unos señoritos, hasta la ínfima tienducha del más apartado barrio, que chorrea mugre por todos lados, llena de miseria, con un departamento para cantina que las moscas y otros bichos han usado para cosas peores, donde, en fin, se despachan los artículos de beber y de comer no por tal ó cual medida de peso ó capacidad, sino por centavos, (un centavo de azúcar, un centavo de frijoles, etc.) Conviene tener en cuenta que el centavo aquí es la última expresión monetaria, como el céntimo en los países donde rige el sistema decimal. Allí van los *pelados* á hacer sus libaciones con una copa, mejor dicho, con varias de *catalán*, de *tequila*, de *refino* y de todos esos venenos que cuestan el consabido centavo. Allí no se sabe muchas veces quién es más *pelado*, si el español, dueño ó dependiente de la tienda ó el *pelado* mismo, pues en la suciedad del traje, en el modo de hablar, en lo soez de las maneras, en todo se parecen mucho.

Respecto á industria, tócales asimismo buena parte á los españoles de esta capital pues ellos tienen las fábricas de *manó* sea lienzo corriente, las de cerillas, de alcoholes, en parte, las de chocolate otras muchas, así como todas las panerías.

En esto ya comprenderán los lectores

que no exageré al decir que los españoles meten mucho ruido.... Los de arriba es tán en contacto continuo con las clases acaudaladas del país, que es la aristocracia, puesto que aquí no tenemos otra, con las esferas del gobierno, en las que todavía influyen mucho aisladamente, no como españoles, sino como individuos. Según bajan de categoría comercial bajan también de relaciones sociales, hasta llegar al tendero y cantinero de barrio, en roce con la clase ínfima del pueblo. De manera que todo Méjico tiene algo que ver con los españoles, cada cual en su categoría, y se los encuentra uno por todas partes por donde vaya, hecho un pelado ó hecho un elegante, pues á todo género de vida se amoldan.

De intento he dejado para lo último otro ramo comercial que tienen completamente acaparado los españoles; el de las casas de empeño.

Siempre han sido mal mirados en España los que se dedican á este negocio, porque el romanticismo que todos llevamos encima de nuestra conciencia, no puede soportar eso de que se comercie con las lágrimas, con las privaciones, con las miserias de un semejante..... Pues si está mal mirados en España los empeñeros e pañoles, calcúlese cómo estarán mirad aquí, donde, además de ser *empeñero* son extranjeros...

Y yo quiero creer que los *gachupir*

que se dedican á este comercio son todos unos santos, pero la antipatía no se la quita nadie, porque la clase popular, que siempre está empeñando, no les puede ver, y más les odia cuanto más les necesita..... Es cosa probada, además, que la mayor parte de los objetos robados van ál os empeños, cosa que ni el mismo dueño de la casa podrá remediar, si ustedes quieren, pero que es en dato más y de mucha elocuencia en contra de los tales empeños. Y con que un hombre se encuentre en una situación capaz de hacer negocios sucios impunemente, ya basta para que la generalidad de las personas tenga malos pensamientos acerca de él. Yo no caeré en la vulgaridad de dar la razón á los mejicanos que declamatoriamente odian al español *empeñero* diciendo que por él la clase del pueblo se ve explotada, pues si dejaran ese negocio los españoles, vendrían yanquis ó chinos, ó lo que fuesen, y explotarían lo mismo, y, si en último término, viniesen mejicanos, les explotarían lo mismo.

Pero preferible sería para los españoles no ser ellos los reos de esa explotación, que es uno de los mayores motivos que supo- ɜn algunos para demostrar antipatía á es- ıñoles. No obstante, convengamos en que - todas las naciones existe esa explota- n, y si no la hacen unos la tendrán que er otros, porque parece que la gente ɔidiendo á voces que la exploten.

gobierno carga con unos impuestos especiales, extraordinarios, inconcebiblemente grandes las casas de empeño, y á pesar de eso hay más de una por cada dos calles de la población, y todas ganan dinero, y algunas son para sus dueños la base de regulares fortunas..... Claro es que el *empeñero*, al verse en la obligación de pagar tributos tan crecidos, aumenta el interés al cliente, y este sigue empeñando.... Luego hay una falta de orden y de economía y una *sobra* de *falta* de medios en el pueblo, que en esas condiciones empeña tanto que, ya que no justifique al empeñero, atenúa su culpa y le pone en el caso de decir que lo que él hace lo haría cualquiera.

Volviendo á nuestro tema, creo haber demostrado y explicado por qué los españoles meten tanto ruido en esta capital. Están mezclados en toda clase de asuntos, entroncados con las principales familias de aquí, adueñados de una parte no pequeña de los capitales...

Y aunque haya cinco mil, parecen mucho más, porque se encuentra uno españoles hasta en la sopa.

Y como el español se distingue del natural en que en cualquier parte donde esté habla alto y acciona fuerte, y se mu mucho y entabla conversación con cu quiera, allí donde ve usted un español parece que hay tres ó cuatro...

# LOS ESPAÑOLES

## III

Ya dijimos anteriormente que la costa cantábrica es la parte de España que da mayor número de españoles á Méjico. De unos cuarenta mil que se calculan en la República, acaso la mitad ó poco menos sean asturianos. La mitad de esta mitad pertenecen al concejo de Llanes, en la parte oriental de la provincia ovetense, en cuyo concejo se cuentan hoy los mayores capitales y la mayor cantidad de indianos procedentes de Méjico. Los otros veinte mil que restan se componen de una mitad de vascos y la otra de andaluces, montañeses y catalanes. De las demás provincias son contados los representantes qne viven en este país.

La inmigración no decrece, antes al contrario, aumenta. En los últimos diez años ha sido tan fuerte como en el lapso transcurrido desde la independencia mejicana hasta hace esos diez años referidos.

Cada transatlántico francés ó español viene cargado de ellos. Vése desembarcar en Veracruz una partida de muchachos fuertes, rechonchos, con hermosos colores en la cara, que pronto desaparecen porque es-

te clima es el de las personas pálidas, enemigo completamente de los colores, rubios la mayor parte, que llaman la atención enseguida por su constitución robusta y su pronunciación fuerte (tan distintas de las de estos naturales, de aspecto físico más delicado; silban, la suavizan al hablar todas las consonantes) y por ese andar de pato, balanceando el cuerpo, que es tan peculiar en los españoles rudos de la parte de Septentrión.

Ya hemos dicho que la mayoría son aldeanos. No nos hemos de atener aquí á las varias excepciones que tiene esta regla, pues vienen bastantes muchachos cultos, y seguiremos tomando como modelo, el tipo general.

Casi toda esa partida de *gachupines* recién pescados que acaba de inundar las calles de Veracruz próximas al muelle, ha venido en tercera ordinaria, amontonados unos con otros, sufriendo los rigores del mar, el mareo, en departamentos obscuros y sin ventilación, comiendo rancho. Los más favorecidos tienen aquí, en algún punto de la República, parientes, más ó menos lejanos, á cuyas casas van á parar. Los otros no tienen más que una carta de recomendación, muchas veces forzada, para cualquier amigo de la familia ó conocido, ó amigo de un amigo de la familia. La carta uno ó dos pesos, después de hechos tod los gastos del viaje, es el único capital que desembarcan. Más que recomenda

puede decirse que vienen consignados á Fulano de Tal, como se consigna una mercancía.

En este caso llega el muchacho á Veracruz, mareado físicamente por el mar y moralmente por tanta impresión nueva como ha recibido y tanta cosa nueva como ha visto, el que hasta ahora nunca salió de su aldea. Déjanle en el muelle de la aduana acompañado de su baúl, y como nadie ha salido á preguntar por él, ni á nadie conoce, si algún compañero de viaje más listo ó experimentado que él no le saca de ese trance, se resuelve á tomar las cosas con calma, y siéntase encima de su baúl, con la mano en el bolsillo apretando heróicamente la carta, su único capital, como decidido á no perderla sino con la vida y se resuelve á esperar filosóficamente los acontecimientos.

No falta una alma caritativa, cargador, lanchero ó transeúnte ó algún español de los que fueron al barco á recibir á un paisano que se le recomienda, que al verle en tal guisa, con la mirada asustadiza y recelosa, con el trajecito nuevo y el cuello de la camisa sobrando por todas partes, se acerca á él, le hace que le enseñe la carta y le
amina al lugar de su destino.

a partida de muchachos se disuelve
nto. Según su educación, sus recomen-
iones y sus aptitudes, se van á distin-
lugares y destinos, repartiéndose entre
las, fábricas, haciendas, minas, etc.

Y de estos muchachos incultos, sin educación, sin más conocimientos que los que adquirieron en una escuela de primeras letras, donde el maestro es á la vez sacristán y acarrea yerba en los ratos desocupados, salen después los capitalistas, los que influyen decisivamente en los bancos, en las grandes empresas industriales, en los negocios todos del país, concurren en parte grandísima al progreso y al bienestar económico de la República, y enlazan, por último, con familias mejicanas y entran en las altas clases sociales. . . . . Serán, como sucede siempre, muchos los llamados y pocos los elegidos, pero los que llegan comenzaron como queda dicho, y tienen la satisfacción de habérselo hecho todo con sus manos.

Vuelven á España muy pocos, aunque otra cosa se crea allí, y emana la creencia esta de que sólo ven á los que vuelven con dinero y llaman mucho más la atención y se comentan en el pueblo, y sirven de incentivo para aumentar más la emigración cada día. Ejércitos de muchachos robustos que salen burlando las leyes para dar su vida y sus actividades á otra nación y buscar la realización de un ideal que son pocos los que encuentran. El tipo clasico indiano en España no es el del que va ostando gran fortuna, del que se mueve extenso círculo social, sino el término dio, el que logró hacer un capitalito qu permite vivir cómodamente en el pr

sin grandes aspiraciones ni otro deseo que el de descansar y jugar á los bolos.

Ese indiano que aparece inopinadamente en las fiestas veraniegas de la costa cantábrica, con traje negro de chaqueta, corta ésta generalmente, cuello de puntas muy grandes, corbata chillona, encarnada ó azul, pañuelo de seda más chillón todavía al cuello, descubriendo por delante el de la camisa, gran ostentación de sortijas en todos los dedos, brillantes en la pechera, enorme reloj de oro y más enorme cadena del mismo metal, dando dos ó tres vueltas de bolsillo á bolsillo del chaleco, paraguas enfundado, ancho y flexible sombrero, cutis tostado y con arrugas prematuras, ese indiano, que es el *desideratum* de las doncellas medio rústicas de los lugares, en diez leguas á la redonda, el asombro de los chiquillos y el sueño dorado de los padres; ese es el indiano clásico en aquellas aldeas españolas, el que han pintado los escritores de costumbres, el que interviene en algunas obras de Pereda. Y ese, para llegar á producir en su aldea tal efecto, pasóse año tras año aquí al pie de un mostrador, comiendo en él y durmiendo en él cinco ó seis horas al día, saliendo á la calle cada s ó tres meses, cuando mucho, todo cu-rto de mugre, economizando hasta lo erosímil su dinero, sintiéndose feliz ando al cabo de diez años de semejante a logra reunir tres ó cuatro mil pesos serán la base de su futuro capitalito.

Así es como se hacen esas fortunas chicas, que tanto les llaman la atención á los habitantes de la aldea, y se llevan esas sortijazas, tras de cuyos brillantes mariposean hipnotizadas todas las mozas que hay por allá en estado de merecer.

Pues á tal punto llega la abundancia real ó aparente de españoles en esta capital, que se habla de ciertos pueblos de España como sí estuvieren aquí cerca. Y de seguro casi la mitad de los mejicanos cultos se saben de memoria dónde quedan Llanes y los pueblecitos de alrededor.

Si no oyen hablar de otra cosa!. . . .

---

## LOS ESPAÑOLES

### IV

Los mejicanos llaman á los españoles *gachupines*.

Poniéndonos en el fondo de las cosas, debemos reconocer que españoles y mejicanos no guardan muy buenas relacic como debieran. No quiere esto decir que anden á la greña continuamente.

El pueblo no guarda ningún rodeo r manifestarle cierto despego cuando ti una ocasión, y aun en buscarle cuand-

la encuentra á mano, Hasta hace relativamente poco tiempo, el día 16 de Septiembre, en que Méjico conmemora su independencia, era un continuo gritar «*mueran los gachupines*» y llegado en ocasiones la plebe á apedrear algunas casas de éstos.

Los esfuerzos, á la verdad constantes siempre, del gobierno y de sus autoridades, han logrado reprimir escándalos tales, hasta hacerlos desaparecer en la capital.

Nada tiene de particular que el indio odie al español. En las tiendas de abarrotes, y en los empeños principalmente, es el que lo explota y procura ganar con él la mayor suma posible. En las haciendas y en las fábricas es su patrón, el que le riñe, el que le hace trabajar, el que le trata con dureza y, sí en algunos lados le explota, cosa que también hacen los franceses, los yanquis y todo extranjero que se vale del indio como trabajador, pero para éste los españoles tienen la fama por haber sido los primeros y no hay ya quien se la quite.

Por supuesto que si al indio se le trata con blandura y mimo, es mucho peor, porque tiene poco arraigadas las ideas nobles, desconoce la economía y el ahorro y no e miaja de amor propio ni noción sira de la idea del deber, de modo que aja únicamente por el miedo, y no co› más estímulo ni más fin, ni más nelades que el satisfacer el hambre motánea,

Para el indio todos los extranjeros son gachupines. Al grito de ¡mueran los gachupines! peleaba contra los franceses durante la intervención, porque no conoce otro aliciente para la pelea ni es capaz de sentir otros odios que esos.

En suma, que de ambas partes depende el arreglarlo. La una, los españoles, gente al fin más culta, podría hacer algo por disminuirlo, aunque no lo hace. Pero poco sería, porque el odio del indio al español es instintivo, innato, desprovisto de todo razonamiento, irreflexivo y esos odios en gente desprovista de toda clase de cultura, son, en extremo, difíciles de extirpar. Pero esto no obsta para que, en lo que á los españoles toca, pudiera haber algo más de humanidad en el trato al indio, que al cabo si otros vienen después y lo explotan, ya no es cuestión de los primeros.

En fin, y valga como nota curiosa, para el indio de estas cercanías, el gachupín es culpable de haber construído y puesto en explotación aquí los ferrocarriles, aunque estos son obra exclusiva de los yanquis, y de haber metido toda clase de máquinas, aunque no sean ellos sólo los culpables de tan nefando delito, que para el indio lo es y muy gordo, pues cree él que atenta contra su tranquilidad y sus derechos.

En las clases más ilustradas es menos odio, como parece natural ó menos manifiesto. A los españoles no se les perdo que de tal modo se adueñen de la riq

del país, aunque es la verdad que con la industria y el comercio que aquí desarrollan dan un contingente respetable al Tesoro Federal. Además, esta antipatía tiene como uno de sus motivos el de que á Méjico vienen pocos españoles cultos é ilustrados, de educación y maneras dignas de presentarse en sociedad, y unida semejante carencia al carácter de por sí brusco y seco de los españoles, les produce un efecto desastroso.

Achácaseles también el que buscan la fortuna por medio de casamientos ventajosos. Algún agua hay en este río cuando suena tanto. Suelen las mejicanas casarse á gusto con españoles que les llevan la garantía que toda mujer honrada pretende de trabajo y formalidad, aunque la tosquedad de su carácter se dé de puñetazos con la dulzura y mimosidad de ellas, dándoles en cambio un capital. . . . . Pero consideremos que son muy contados los que se dedican á vivir de tales rentas y que casi todos siguen trabando, y triplican ó cuadruplican el capital que su mujer les aportara, y lo trasmiten aumentado á sus hijos.

Corre todavía aquí un antiguo refrán que dice: *marido y bretaña* (una tela) *de España.*

Por último, los españoles de esta capital son trabajadores, no muy escrupulosos económicos y tenaces en sus empresas, algo rutinarios en industria, si se les compara

con los yanquis, pero muy adelantados si se les pone en parangón con los de España.

Siendo esto capital y centro de la República, claro es que hay de todo y aqui afluyen los vagos y los perdidos; pero eso no ha de ser la medida con que se les presente á todos.

Entre ellos son de lo más desunido que puede darse y de lo más gracioso en este sentido. Nunca logran estar de acuerdo ni piensan lo mismo en nada. Cada uno tiene un descontento profundo y eterno de los demás, y siempre están tirándose los trastos á la cabeza. Mientras los alemanes y los yanquis forman una especie de alianza ofensiva y defensiva y tienen sus centros de reunión importantes, los españoles se cuidan un pimiento de la colectividad, y continuamente tienden á deshacerla, apenas aparece con indicios de formalidad. Son ingobernables.....

En suma, uno por uno todo lo agradadables que ustedes quieran, pero en cuanto tratan de hacer algo colectivamente no hay quien los aguante.....

# EL GACHUPIN

Después de haber hablado de los españoles, se impone el hablar del *gachupín*, esto es, del tipo clásico, genial, del que sin duda fué el inspirador de ese nombre á la gente del país, del tipo de español más definido y saliente. . . .

El gachupín de la capital es el que se pasa la vida tras del mostrador de una tienda de abarrotes y licores ó tras de un empeño. Dejemos á éste, al del empeño, tranquilo y en paz, y procedamos contra el de la cantina, que es más visible. Y escojamos una cantina de barrio, que allí el gachupín está mejor caracterizado, allí está «en todo su esplendor. . . .» Se levanta á las cuatro de la mañana en verano y á las cinco en invierno, para abrir y asear la tienda media hora después y empezar el despacho con las indias que van á hacer su provisión de alimento (centavo de frijoles, centavo de chile seco, centavo de azúcar y centavo de cigarros) para todo el día, y á los indios van á tomarse la mañana antes de ir trabajo. El gachupín es un muchacho aún lleva pocos años en el país, gruebajo, de espaldas anchas, rostro semidrado, de facciones fuertes y pronunlas, un poco de bigote, hablar tardo y

perezoso, pronunciación clara y enérgica, algo nasal.... Lleva una blusa ó va generalmente en mangas de camisa, todo sucio y aceitoso, no se quita la boina de la cabeza en todo el día, ni de la boca el cigarrillo, al que está dando vueltas continuamente y mudándolo de un lado al otro de aquella; sigue con él cuando habla, y entonces arruga labios y nariz para evitar que se le meta el humo por los ojos.

Despacha á puñetazos, pellizcos, insultos, gritos y *albures*, y tiene las interjecciones constantemente en la boca, el oído y la vista muy atentos para que no le roben los efectos que hay sobre el mostrador, ó las copas, ó para que no se vayan sin pagar, del mismo modo listas las manos, muy listas para arrimar un puñetazo al indio que se desmanda ó le toma demasiado cariño á algún objeto de aquellos, y para dar un pellizco ó hacer cosa mayor con ellas á la india medio guapa que está delante del mostrador pidiendo efectos y burlándose de él.... y los pies muy ligeros para andar toda la tienda, dejándose resbalar por el piso húmedo cubierto de serrín, en busca de los artículos que le piden.

Los clientes le insultan y él les insulta, y además, les sisa en la mercancía lo que puede, con lo que sale él ganando. Pero insultos así como así, sino de los más *pi torescos*, de lo más cochinos posible, con inclusión inevitable de las familias, de *mamá* especialmente. El gachupín agu

ta con paciencia estas injurias y las devuelve duplicadas y más soeces, si cabe, juntando para ello el vocabulario español, que es extenso, con el vocabulario mexicano, que es extensísimo, no tiene término. A las *gatas* (criadas) y á las demás indias, si son de buen ver, las mezcla los insultos con flores, tan cochinas éstas como aquéllos, y si son viejas, con aquéllos nada más las despacha. Ellas le contestan con un bufido, y si hubo atrevimientos de mano, con un recuerdo expresivo para la familia. Ellas y ellos le toman el pelo hasta aburrirse, y él los trata á la baqueta. Ellas y ellos, si pueden, le roban la mercancía, le destrozan cualquier cosa, le rompen un vaso, le dan moneda falsa, le piden la vuelta de una moneda que no le dieron y se están una hora en esta discusión, y fingen con más habilidad que Coquelin, y lloran é insultan y suplican. El, si puede, les da agua por alcohol, les quita la mitad de la mercancía después de envuelta, aprovechando un descuido; les cobra dos veces, les hace traba-cuentas para devolverles menos dinero del que les corresponde y de paso *hace la lucha* con ellas para conquistarlas; riñe, vocifera, reparte puñetazos, amenaza, salta
nostrador.... Así es como se vende en
tiendas.

si al gachupín le quitáis ese modo de
ler con insultos mutuos, le quitáis casi
ıitad de la existencia. Nó sabrá qué ha-

cer, ni podrá vender un centavo de frijoles de otra manera....

Este tragín se acentúa por la mañana, temprano y anochecido; las horas intermedias son de más calma y la clientela es un poco más decente. Pero el gachupín no se sienta en todo el día más que, si acaso, para comer detrás de un aparador de botellas. A las diez se cierra el establecimiento: el gachupín arma su colchón encima del mostrador, se acuesta y hasta la madrugada, en que empezará lo mismo otra vez.

Cada mes ó cada dos meses, según la casa y los dependientes que haya en ella, tiene permiso para salir un domingo por la tarde. Entonces se pone camisa limpia, se embetuna las botas, saca del baúl una corbata hecha, muy tiesa, de nudo, de colores muy chillones, que le mandó su familia de España; un traje muy grueso, para que dure, que le sobra por todos lados; un pañuelo de algodón, con sus iniciales ó su nombre entero, bordado á la cadeneta con hilo azul y encarnado y con unas hojitas y otros adornos, regalo también de la familia; se cepillla la boina, ó si es algo más presumido, saca un sombrero muy grande de fieltro, coge diez ó doce pesos y se lanza.

Lo primero que le sucede es que no s be á donde ir, esté sólo ó con otros amig que salen el mismo día, con los cuales p viamente se había citado. Después de m chas meditaciones se van á otra canti donde hay otro conocido, á beber unas

pas y á jugarlas al dominó. La tarde se pasó así, en las cantinas. La noche, en oír una ó dos piezas en un teatro donde *den* zarzuela chica, y después en otros sitios que no quiero nombrar. Y á la mañana siguiente, ya está el gachupín otra vez en su puesto, despojado de aquellos atavíos de elegancia, riñendo con las viejas, insultando á los *pelados* y pensando en la partida de dominó que tienen él y sus amigos concertada para dentro de dos meses, y en otras cosas menos inocentes que también dejó concertadas.

De cada diez gachupines así, cinco siguen siendo los gachupines toda la vida: cuatro suben un poco, dejan la tienda y son cada uno el españolito Fulano, y uno llega á ser el distinguido español D. Fulano de Tal y acaudalado banquero ó industrial, cuya honradez y laboriosidad honran á su nación, según los periódicos.

---

## UNAS OBSERVACIONES

### Y UNOS CONSEJOS.

Yo creo que tiene sus ventajas esto de las cosas así, por duplicado, porque de modo hay donde elegir y están al gus-

to de todos los lectores y al alcance de todas las fortunas. Habrá quien al leer el título sienta herido el amor propio, ese talón de Aquiles que todos llevan, hasta los más fuertes, y diga disgustado y altanero que él no necesita consejos de nadie..... Bueno, pues no los tomes, querido, no los tomes, no sea que te vayan á hacer daño, pero permíteme que te dedique las observaciones, que esas nunca están demás, y el aceptarlas no humilla en lo más mínimo, puesto que hasta los reyes las toman y las oyen de sus súbditos..... Y si aún salta tu amor propio exagerado, llamémoslos «indicaciones»..... Esa es una palabra más fina y más susceptible de aguantarla sin quejarse....

¿Que á otro no le gustan las observaciones porque es espíritu superficial y perezoso para hacer trabajar el pensamiento? Pues se lo doy todo mascado ya, esto es, le dedico los consejos, que han de aprovecharle en más de lo que se figura, seguramente.

A todo esto, se me había olvidado decir que estoy hablando con los madrileños.... Sí, porque estas observaciones y estos consejos son para los chicos de Madrid ó que viven en él y quizá también para los alguna capital muy importante de Espa pero para los de Madrid especialmente.

Espronceda tuvo un desahogo..... E es, tendría varios en su vida, pero qui decir que tuvo uno en su *Diablo mun*

el célebre canto á Teresa. Permítanme los lectores otro á mí, aunque diste tanto de ser Espronceda. Necesito hacer una obra de caridad con estos niños madrileños, y puedo hacerla, porque conozco muy bien el paño, como vulgarmente se dice.

Jóvenes de Madrid que gustáis del *dolce farniente*; estudiantes antiguos que no habéis podido acabar la carrera porque os tomaron tirria los profesores, aristócratas arruinados ó que nacisteis con la aristocracia y sin el dinero; niños acostumbrados á brillar en los salones por lo que sea, gomosos y elegantes que os habéis propuesto vivir de vuestra goma y de vuestra elegancia, calaveras que gastasteis vuestro patrimonio en vicios, y parte de vuestra salud, y os encontráis con más necesidades y compromisos que elementos de subsistencia, nobles venidos á menos, jóvenes que confiais á vuestro físico el éxito del porvenir. . . . no vengáis á Méjico, no sigáis viniendo á Méjico.

Yo ya sé cuáles son vuestras ilusiones y vuestras cuentas. En Madrid se os acaba la buena vida porque se os acaba el dinero, se os acaba el crédito porque se ha extendido de una manera alarmante vuestra ıa, tenéis los hábitos de diversión y ja- y no podéis ó no queréis adquirir los trabajo, os conoce todo el mundo, está ɔ muy explotado, y, en suma, *ya no éis en Madrid*. . . . . Se impone la so- ᵃ- de marchar á un país donde nadie

os conozca, donde no os persiga el usurero que os prestó en espera de una herencia que no acaba de llegar, ni el sastre, ni el tapicero, ni el joyero á quien comprasteis las últimas alhajas para vuestra última querida, á donde no puedan llegar ni los ecos de vuestra historia, ni las firmas que habéis esparcido en pagarés y demás documentos comprometedores. . . . ¿Y qué país mejor, pensáis, que América, y dentro de América, Méjico? Aquellas onzas mejicanas tan bonitas, tan brillantes. . . Vosotros no las habéis visto nunca, pero todo el mundo habla allí de ellas y deben de existir y deben de estar casi tiradas. . . .

Luego, aquello es un país virgen completamente. La mitad de sus habitantes visten de plumas, la temperatura debe ser caliente, pero agradable, porque Méjico está. . . . Vosotros no sabéis á punto fijo dónde está Méjico, pero os acordáis entonces que existen mapas y compañías de vapores, y con los datos que os den unos y otras ya hay bastante para formarse una idea. Allí se va uno al campo, adquiere una hacienda, que eso es la mar de fácil, porque son gentes sencillas, y se echa uno en una hamaca, bajo la sombra de los platanares, y una india le quita las moscas con abanico de plumas, ¡porque allí hay u barbaridad de plumas! mientras los na rales trabajan la tierra. . . . . Allí va u compra á un indio de esos una pluma avestruz por una peseta, verbigracia, y

vende en Europa por veinte pesos oro.... Pero eso es lo de menos, el muchacho no se va á fijar en tales pequeñeces que, además de serlo, exigen, aunque sea poco, algún trabajo, y sería el colmo eso de irse á América para trabajar, cuando allí la mayoría de las gentes son almas cándidas y se las alucina con cualquier cosa. ¿Para qué quiere el muchacho sus maneras distinguidas, su aire de superioridad, sus conocimientos del polo (no del Norte, sino del juego así llamado), el de otros juegos peores, su talento para hablar de cosas sin substancia que resultan muy entretenidas y de buen gusto, su habilidad (¡eso, eso sobre todo!) para chiflar completamente á las mujeres y llevarse los corazones en el bolsillo, su manera de montar á caballo, de emborracharse en una forma distinguida y elegante (¡eso ni siquiera lo conocen allí... si están en el estado de la inocencia!), su modo de llevar la ropa y esa colección de trajes, corbatas y camisas *á la última*.... que no ha pagado ni piensa pagar? ¿Para qué quiere todo ésto?

Por lo pronto viene á México y asombra á los que aquí presumen ¡infelices! de elegantes, que serán unos cursis de primera, s gomosos *pour rire*. Otra de las tajas del muchacho: *ha cogido* algunas ıbras en francés. ¡Lástima que sea aquí inglés lo elegante!) Pues los chicos Méjico se asombran y le traen y le lle- le convidan y le agasajan, y le imi-

tan las frases hechas, y le copian la manera de vestir y la desenvoltura, y él pone cátedra de *sport* y de elegancia y de sociedad, y les va metiendo en los toques de la civilización.... Por ahí ya triunfó, ya no le hace falta nada para vivir. Pero resta lo más importante; eso no son más que los medios para llegar al fin....

¡Oh!.... ¡Aquellas mujeres de América que nos pintan los novelistas y los viajeros que no han salido de su despacho! Tan hermosas, tan ardientes, tan sencillas..... Ven un europeo, vaya, un hombre civilizado, que no ande siempre con esos trajes estrambóticos cazando fieras por las Pampas (este rasgo de erudición también lo cogió al vuelo el muchacho) y es como si vieran la gloria. ¡Se derriten por ellos aquellas mujeres! Pues con la ropita que lleva el muchacho, y la caída de ojos, y el engomado del bigote, y la vida de calaverón, ya está. ¿Quién se resiste?

Pchst..... El muchacho puede tomar dos partidos. Uno, el de dedicarse á explotarlas, porque, después de todo, eso no es una deshonra. El es gallardo, elegante, calavera, á ellas les *dislocan* los hombres así: ¿qué culpa tiene él de haber nacido con todas esas cualidades?

Pero no, no se va á entretener en tonterías. El va derecho al bulto.... á casarse. ¡Si hay allí unas herederas! Muchachas que tienen haciendas de miles y miles de leguas de terreno, que tienen minas

oro, de piedras preciosas, ¡qué sé yo! Las pobrecitas no tienen mundo ni experiencia, ni han visto nada, siempre metidas en aquel Méjico, que debe ser.... ¡Uf! una cosa horrible, cursi, ridícula. No conocen más hombres que aquellos tipos.... Va un madrileño de la *hig life* como el muchacho y se vuelven locas.... En fin, eso es coser y cantar. A los pocos meses ya está el muchacho casado, rico, feliz, adorado en todas partes y sin hacer nada, más que gozar de las incalculables rentas de su esposa....

Aquí es donde entran mis consejos, jóvenes elegantes y soñadores. Creedme á mí. Aquí ya no hay avestruces, al menos con plumas. Aquí no anda la gente con taparrabos, ni siquiera las indias le quitan á uno las moscas en la hamaca. Aquí, el que más y el que menos sabemos lo que es un frasco y hasta hay su poquito de *goma*, aunque resulte empalagosa en extremo.

Aquí, joven que vienes á explotar á las damas, te pasará lo que á muchos que como tú han venido; ó conquistaron una medio-india, de rebozo, ó viven á costillas de alguna *señorita* de las reglamentadas por obierno. Al principio, todo le salió bien uchacho éste, igual que tú piensas que aldría á tí. Entró en la buena sociedad, socio de éste ó el otro centro elegante, emborrachaba distinguidamente, pero 'a el dinero y había que seguir es-

vida y que jugar.... Confió en el juego, y éste le fué contrario y adquirió deudas en él. Y como esas deudas son sagradas, y él era un caballero.... en ese punto recurrió al sable, y después más sable, y después trampas en el juego, y días azarosos, y situaciones violentas, y compromisos graves, y después acciones más feas, y el chico fué bajando, bajando.... Y no quiero decirte hasta donde ha bajado, porque te asustarías mucho. Tú, pobrecito, no estás hecho aún á esos lances de la vida.

Pues en lo de bodas también hay sus dificultades. Antaño se hacían con cierta frecuencia, no creas, pero ahora se ha puesto muy mal. Herederas las hay todavía en buen número, pero si vieras qué escamonas y qué desconfiadas se han vuelto.... ¡Si da grima, hombre, da grima! Y es que se ha abusado mucho del procedimiento, se ha seguido á tontas y á locas, y pasa como en las costas donde se pesca con dinamita; la primera temporada se enriquecen los pescadores, pero á la siguiente no asoma por allí un pez. Aunque tontos, ya saben que allí perdieron sus padres la vida. Pues á éstas herederas les pasa lo mismo. No se pesca ni una.... Si acaso, alguna de puro tonta ó por distracción... Sí, sí, dices bien, a hay muchos como tú, que han resuelt situación con una boda, pero hijo, tales sultados dieron, que lo han dejado imp ble para los que vengan detrás.

Aquí las herederas conceden su m

un español que no se engome el bigote ni vista á la última, ni sepa jugar al polo, pero que trabaje en una fábrica ó en una tienda, aunque sea zafio y arisco y no sepa llevar del brazo á una señorita, si á mano viene, pero á un elegante de esos ya no. ¡Si hasta los padres de las herederas se mueren ahora haciendo unos testamentos, por si llega el caso, que irritan!

Y es que esta es una ciudad trabajadora, niño, donde hay mucho comercio, mucha industria, mucho de eso positivo, práctico, y les importa poco que no vaya uno elegante, si va limpio y correcto.

Conque, jóvenes aludidos, no vengais á México. Mirad que ya no es el mismo, que os lo han variado. Mirad que ya las herederas no son las almas sencillas de antes, que un elegante de allá ya no las coge de susto, que estamos ya aquí *casi* tan civilizados como vosotros y no tendríais el ancho campo que necesitais para vuestras empresas, en fin, jóvenes que esto se ha puesto muy malo ¡qué caramba! y que las herederas están escamadas y cuestan un puñado de dificultades.

---

# EL ABRIGO Y EL PUDOR

Hay quien dice que muchos de estos indios de la capital, á quienes hemos bautizado con el elocuente y significativo nombre de *pelados,* se visten de agujeros. . . . No haré yo una afirmación tan rotunda, pero conste que muchas veces, al verlos pasar por la calle, enseñando gran parte de su cuerpo, y aun muchas partes, y de esas que todo el mundo prohibe enseñar, se queda uno pensativo y cabizbajo ante el problema siguiente: ¿Cómo se habrá metido este hombre los pantalones? ¿Se los metería por piezas, una pierna primero, después la parte de encima, luego la pierna restante y así sucesivamente, para unir las piezas una vez que estén sobre el cuerpo? Será un solo pantalón ó se compondrá de pedazos de distintos pantalones?

Y den ustedes gracias á que, cuando el indio se puso aquellos pantalones estaban casi enteros, y á que no se los ha vuelto á sacar, ni piensa sacárselos mientras quede en pie un solo trozo, que de no ser así co tituiría para el pobre una preocupación roz, porque aun es posible que se los grase sacar, pero ¿y metérselos otra v ¿cómo se los metía?

De todos modos, levantemos al p

esa calumnia. . . . . No es que se vista de agujeros, es que le nacen después de vestido. ¿Qué culpa tiene él de esas inclemencias del tiempo? Aun más, debiamos justificar el que el *pelado* no volviera á quitarse la ropa una vez puesta, porque, señores si se fuera á desnudar cada noche como las otras personas los pedazos de pantalón no resistirían el trasiego. Son como las fichas del ajedrez; con ellas puede hacerse la mar de combinaciones, pero la que una vez se hizo no vuelve á aparecer en el transcurso del juego, aunque éste durara muchos años.

Ahora me dirán ustedes que el pudor..... Vamos á cuentas, señores. El pudor lo pone cada uno donde le da la gana, y nadie podrá negarme que este es un derecho indiscutible, y. . . . personal.

En ciertos parajes de la costa del golfo, donde el calor aprieta mucho, los chiquillos de la clase del pueblo andan en camisa por la calle. Los padres, cuidadosos de la moral, no pueden consentir que anden sin camisa, como querrían los muchachos. Pero es el caso que la camisa *en cuestión* les llega hasta poco más abajo, muy poco, de la cintura. . . . Y dígales usted á los padres de esos niños que sus crías van inmo-
s. . . . No lo creerán. Si ellos colocan
udor de la cintura para arriba ¿con qué
echo vamos á argüirles? Nosotros tene-
otra opinión y todos contentos. ¿Hay
na ley política, administrativa ó simple-
anatómica que establezca con exac-

titud en qué lugar del cuerpo reside el pudor? ¿Qué sabe cada cual las que del suyo parecen á sus semejantes más impúdicas y escandalosas?

Recuerdo que una vez andaba yo por un barrio lejano y casi extramuros de la ciudad buscando cierta casa en la que me habían asegurado que vivía un individuo. Llegué á una y entré derecho en la portería para preguntar. La portera, que sin duda no esperaba tales visitas ni á tales horas, estaba entregada, no sé si á las abluciones, aunque esto parece extraño en una portera, ó al remiendo y costura de su ropa blanca. Ello es que no la tenía puesta y que lucía las formas lo mismo que Eva antes de aquel suceso.

Mi entrada repentina la dejó confusa, avergonzóse la pobre mujer, miróse, y, en un rasgo de pudor, se tapó los pies.

Esa señora tenía en los pies la moral. ¡Vaya usted á convencerla de que se equivoca! Dirá que su pudor es suyo y puede hacer de él lo que la dé la gana.

Volviendo á los *pelados,* éstos también entienden el pudor y la moral, y hasta la coquetería á su manera. Un *pelado* no sale á la calle sin sombrero. . . . . Llamaría la atención de sus amigos y compañeros clase. Pero que el pantalón se rompa atrás ó por delante y en varios sitios, y de éstos haya algunos expuestos al frío, no tiene importancia. A cualquiera le cede. Y, después de todo, no tiene tan

particular. Se asustan ustedes de cualquier cosa. . . . . Pues peor sería que anduviese completamente desnudo. . . . Como se viste al menos enseñará lo que ustedes quieran, mejor dicho, lo que quiera el traje, pero cubre las apariencias y con eso ya se puede ir á cualquier lado.

Hay que reconocer en los *pelados* una ventaja muy grande: la economía. Con un pedazo de manta tienen para un año. No porque les dure todo el año en forma de traje, sino porque al cabo de aquel todavía subsisten algunos pedazos de éste, y con pocos que haya es bastante. La cuestión estriba en irlos colocando en los sitios precisos, según aparecen las necesidades.

Ahí tienen ustedes las peladas con el seno al aire. . . . A veces enseñan más que el pecho, pero pongámonos en un medio justo. . . . . Pues á nadie le llama esto la atención. ¡La fuerza de la costumbre! Una india de esas con un poco, muy poco más que la camisa ya está despachada, y en disposición de ir á todas partes. . . . donde la dejen entrar. Y éstas usan algo más que la camisa porque al fin y al cabo son sexo bello, que tienen el pudor algo más delicado y exigente. . . .

emás de la camisa usan la falda y el
zo, que ya es usar, no crean ustedes.
ra, que la falda se romperá también con
empo, porque este no guarda conside-
nes con el sexo débil, y que el rebozo
e que usar para muchas otras cosas

y no sólo para taparse, pero eso ya no es cuenta de ella.

De todos modos, preciso es reconocer que quien «bate el record» de los agujeros es el hombre. Los usa por todas partes. Yo creo que esto constituye una moda ó un adorno entre ellos. Porque no es que obedezca solamente á la indigencia en que estén; la mitad de ellos con lo que ganan pueden mantenerse y comprar tres varas de manta para un traje cuando sea necesario. Lo que sucede es que les gusta más abrigarse por dentro á fuerza de pulque que por fuera á fuerza de ropa. . . , . Y como cada uno es muy dueño de abrigarse con lo que se le antoje, yo creo que tienen razón. . . .

Aparte de que, como prenda que se ponen ya no se la quitan, se les estropea muy pronto, y cuando necesiten un traje y venga á su imaginación la idea de comprarlo, dirán como el ranchero aquel que se casaba: . . . .Después de todo, ¡para lo que había de durar!

---

## AMOR LIBRE. . . Y AL AIR

Méjico, con su valle, con sus alrede res, con su panorama, con sus edificio hasta con sus gendarmes, si ustedes

ren, será muy pintoresco, yo no lo dudo, pero miren ustedes que Méjico de noche. . . . Esto parece el título de una revista teatral con piernas; pero no es eso, aunque las piernas no faltan en lo que voy á señalar, y perdonen el modo de señalar ustedes. Méjico de noche es «la mar» de pintoresco. Es todo él una pintura. . . . al fresco.

Tres ó cuatro horas después que el *astrorey* recoge su vestidura de rayos (¿eh, qué tal?) cuando se empieza á mostrar en todo su dulce esplendor la casta luna, suceden unas cosas en las calles. . . .

En primer lugar, sucede que la luna no es casta, ni cosa que se le parezca; antes bien, más semeja ser de las de ¡maldita sea tu casta! según las cosas que alumbra y consiente. ¡Cá, hombre, qué va á ser casta! ¡Si con las escenas que tiene que presenciarhabría para que cometiera pecado el mismísimo San Antonio!

No quiero referirme á los amantes platónicos que se pasan la noche diciéndose figuras retóricas desde el balcón á la calle y viceversa. Esos al fin y al cabo guardan las formas. Los peores son los *peladitos* que se van haciendo el amor por la calle y á lo vivo. Porque esos no dicen figuras, ¡esos las en! Y allí no se guardan formas ni un ionio. Si ni aun cuando no se hacen el r las guardan. . . . ¡apenas tienen dón- Figúrense ustedes lo que será en estos s. Para los apreciables ciudadanos que nen el pueblo libre, libre de ropa,

bre de preocupaciones, libre de todo, las calles de Méjico, son, en cuanto llega la noche, un vergel paradisiaco. . . . ¡donde todo es comer manzanas! Se hace el amor sin pizca de rebozo. . . . Los rebozos ¡ni para tapar sirven!

Guárdese el lector de pasar por una calle algo obscura. O le robarán el reloj ó le robarán la calma, que dicen los poetas.

A lo mejor está usted en pleno arroyo y se apaga el foco de la luz eléctrica. Se queda usted sumido en las tinieblas y en hondas reflexiones y cuando se decide por fin á andar, salga lo que salga, vienen á herir su oído algunas palabras cortas pero expresisivas, algún suspiro, en fin, «rumor de besos y batir de alas,» que dijo Becquer. . . . ¡Zape! exclama usted y mira á su alrededor! Allí, en el quicio del zaguán próximo distingue usted, entre las sombras, dos bultos. Muda usted de acera y se encuentra otro grupo en la de enfrente, y así sigue, hasta que se tiene usted que preguntar como las heroínas de las comedias al volver de su desmayo:

—¿Dónde estoy?

O como los que se ponen al teléfono:

—¿Con quién hablo?

Y es que en Méjico de noche todo co vida á amar; el cefirillo suave, la blanca de la luna, los dinteles de los zaguanes. . Esta gente come en la calle, bebe en la lle. . . ¡en fin, que en la calle lo hace to Pueden ustedes asegurar que mientras e

tan quicios en los zaguanes y rincones en las fachadas de las casas, habrá poesía, que también dijo Becquer.

¡Le son suficientes á los indios tan pocos requisitos! Ustedes habrán oído hablar de una costumbre ó cualidad muy rara que tiene el elefante. . . . Pues los pelados ¡ni eso! Aunque se forme alrededor de ellos un corro de gente, ¿qué les importa?

Y claro, estos quicios de los zaguanes sacan del quicio al pobre traseúnte, que lo ve y no sabe qué hacerse. Y aunque sepa qué hacerse en ocasiones, no quiere hacerlo.

En balde es que les diga cruzándose de brazos y en tono suplicante—Pero señores, ¿soy yo un santo de palo?

Tiene que aguantarse y meterse las manos en los bolsillos en prueba de resignación. . . . y para que no le roben, y pasar de largo.

Se sienta usted de noche en cualquier banco de esos dobles de la Alameda ó de otro jardín público para entregarse á sus cavilaciones. Pues no es posible, porque oye usted ruido detrás, vuelve la cabeza y echa á correr, haciendo «fú,» como el gato. . . . ¡Si no tiene uno tranquilidad en ninguna parte! Y es que á estos *pelados* no les preo-
a nada. El que tiene que preocuparse es
ue los ve. . . :
lo mejor pasan por la calle un *él* y una
oliendo á pulque, y cogiditos de la ma-
ue van en busca de un zaguán para con-
rlo en nido amoroso, y una vez allí

pueden ir pasando todas las personas que quieran, que ellos no se espantan. . . . Lo que suelen hacer es dejar espantados á los demás, que ven tanto atrevimiento. . . .

Ni aun tienen la fineza de decir al que pasa:

—¿Da usted su permiso?

En lo cual, después de todo, hacen muy bien, porque sería inútil. ¡Cualquiera da su permiso para lo que no le importa! Lo que habrá que hacer es preguntar, cuando se llegue á una calle de esas:

—¿Se puede entrar?

A riesgo de que alguno de esos Romeos de calzón blanco conteste en seguida:

—*Adiós, mi jefe, pues si nó ¿para qué. . . .?*

Si yo fuera gobernador, prohibiría esas manifestaciones amorosas por las calles. Porque ya sé que le queda á uno el derecho de pasar de largo sin volver la cabeza, pero el que más y el que menos cuando llega el caso *se siente* mujer de Lot y la vuelve ¡vaya si la vuelve! Ya saben ustedes que la curiosidad es innata en el hombre y esencial en la mujer.

La libertad es muy buena, estoy conforme, pero en amor no resulta tanto. . . . para los espectadores. Con que los enamora de la clase baja se *comprimieran* un po saliamos todos ganando. Hay que enseña á que amen de otra manera, con cierta pa de hipocresía. . . .

Y si no tendremos los demás, al pas

la calle, que obligarles á hacer lo que San Martín, que partan la capa.

Por supuesto que de día también se abrazan en plena vía pública, cuando les parece, ó cuando le parece al pulque que llevan encima, pero eso es más pasable porque son solo raptos de entusiasmo.

¡Lo bueno entra después que se ha marchado Febo á otra parte!

---

## LA LIMPIEZA

Es una cuestión palpitante en Méjico, una cuestión que siempre resulta de actualidad, por aquello de que uno habla más de lo que desea que de lo que tiene.

Por lo tanto, permítanme á mí hablar de la limpieza. . . . La del cuerpo por supuesto, porque de la limpieza del alma ya se encargarán los señores sacerdotes.

La limpieza dicen los médicos que es necesaria para la vida de los pueblos, más aún para la vida de los hombres y más aún ara la vida de las mujeres, y no solamen- para la vida así, en general, sino para uchos casos particulares de la misma. Pe- como el pensamiento es libre. . . . has- cierto punto, las ideas que cada ciudada- ueda tener de la limpieza gozan de la

misma libertad, y así hay hombres que tienen ideas muy libres, y mujeres que las tienen mucho más libres, acerca de este punto y de otros puntos más ó menos delicados.

La apreciable clase de *pelados* que nos rodea en esta culta capital, tiene acerca de la limpieza la menor idea posible. Y si alguna hay en ellos es mala, porque los *pelados* suelen tener muy malas ideas.

Es costumbre popular el decir que la miseria alimenta, cosa que inventaron los sucios para no tener que ser censurados por los limpios. De ser así, deben estar superiormente alimentados estos indios, que esperan á que llueva para lavarse algo de la cara. Lo demás no se lava nunca . . . .

Para un peladito, un baño debe ser peor que una medicina . . . . Lo tomará, si acaso, en los últimos momentos, cuando dependa de él su existencia. Prefieren bañarse interiormente en pulque.

Y si así son los varones, excuso decir lo que serán las hembras. No obstante, hay muchos que se bañan dos veces al año, el día de San Pedro y el de San Juan, santos que sin duda deben ser abogados de la limpieza, porque ejercen una especie de autoridad para eso y la gente les rinde c
to bañándose.

Así pues, en cuanto á los *pelados* puede decir que la limpieza es un mito, cuento tártaro . . . . En los demás osc
y hay muchas variedades respecto á

punto. Y esto no es aludir á nadie, pero que cada cual se mire los suyos, por si acaso. Y de todas maneras, aunque esto encerrara una alusión no podría ofender á nadie, puesto que desde esa moda que empezó con la hoja de parra, común á Adan y á Eva, y concluye, con las levitas cruzadas y con los vestidos emperifollados, es mucho más fácil saber los puntos que calza un ciudadano ó una ciudadana que saber los puntos cuya limpieza deja un poco que desear.

La gente de pelo, aunque sea poco, esto es, los que no son *pelados*, tienen ideas distintas de la limpieza, según sus gustos, necesidades y ambiciones. Hay mucha gente que mira la limpieza, no como cosa que debe satisfacer al que la ejecuta en su propio cuerpo, sino como una satisfacción para los demás. Tales son los que antes de ir al baño (hecho que, según ellos, no es obligatorio más que una vez cada doce meses, como la limpieza de alma. . . . ó más, si fuese necesario el lucir las formas en alguna parte inopinadamente) se lavan los pies en casa, no por limpieza, pues entonces no los llevarían tan sucios que no los pudiese ver la gente, sino para que sus ıpañeros casuales de balneario no les ın á criticar esa falta de limpieza, de . . . . y de agua en sus habitaciones.

ıs personas que piensan así, son aque- que no se lavan de su cuerpo más que ---tes que puede ver todo el mundo,

dentro de los límites que la moral y la corrección requieren, y para llamar al médico, verbigracia, si es que con la visita va aparejado un reconocimiento general, tienen que hacerse unas cuantas abluciones, también generales.

Y como hay otros casos, que no juzgo necesario exponer aquí, en los cuales, sin que vaya á venir el médico, hay necesidad de limpiarse, so pena de adquirir con otra persona un concepto muy feo, resulta que anda por la calle mucha gente que se baña, más ó menos bien, tres ó cuatro veces al año, pues en esos aprietos y compromisos que señalo no hace falta lavarse más que la vez primera. A la segunda ya hay confianza, y para mucha gente en la confianza entra la suciedad como cosa inevitable.

Vean ustedes, pues, que la limpieza, que los higienistas predican como necesidad corporal, puede ser necesidad meramente social, y por lo tanto, reducida para mucha gente.

Por último, el colmo de la limpieza por sí misma, como si dijéramos el arte por el arte, es el de un mozo que ha poco tiempo estaba empleado en cierta oficina. Su cargo y su quehacer consistían únicam en limpiar las manchas de tinta que el blico echase en las mesas colocadas e centro del salón, para escribir. Pues c vez que alguien dejaba la pluma sobr tabla ó ensuciaba ésta con una gota de

ta, el hombre se ponía á dirigirle miradas furiosas y á murmurar entre dientes palabras de reconvención. . . . en fin, á quejarse de que la gente fuera tan cochina. Y es que el hombre no pensaba que si la gente hubiera dejado de serlo, él no hubiere obtenido en la administración ese medio de ganarse la vida. . . .

---

## LA COPA

Cada país tiene sus diferentes maneras y sus distintos sitios para arreglar los negocios; aquí los arreglamos casi todos con la copa.

La copa viene á ser el remate obligado de todo asunto que ha tenido éxito satisfactorio para los que han intervenido en él. Una transacción mercantil, un préstamo de dinero, un negocio cualquiera proyectado, hasta un asunto de familia, tienen que redondearse, recibir la última mano, como quien dice, en la cantina.

Parece que con las copas en la mano se establece mayor intimidad, un lazo más estrecho, mayor obligación de ceder cada uno una parte de sus ambiciones en provecho del otro . . . en fin, que se supone mayor cantidad de altruismo, de buen deseo en el contrincante, después de haber brin-

dado, copa en ristre, con la fórmula, ya casi sagrada en fuerza de obligatoria é insustituible, de «á la salud de usted.»

Y además de eso, el tomarlas juntos significa, para los que la toman, un sello de amistad, siquiera pasajera y limitada, como hija del acaso muchas veces, una protesta muda de buena fe entre los dos individuos á quienes las circunstancias de la vida les han hecho necesitarse mutuamente.

Encuentra usted un amigo en la calle, le saluda, le habla, le pide usted diez pesos prestados, después de haberle echado unos capotes convenientemente para prepararle á la suerte suprema . . . . . y corre usted veinticinco probabilidades contra treinta de que no se los dé, por muy sentimental ó muy trágico que sea el discurso de que va acompañada la petición.

Pero entre usted con él en una cantina á tomar una copa . . . que él pagará, por supuesto; empiece usted á narrarle las miserias en que se ve sumergido al tiempo que el cantinero sirve la copa, apriete usted la nota desoladora en el momento de brindar, suspire usted mirando al cielo después de echado el primer trago, como si quisiera decir: «bebo por acompañar á un amigo tan querido, pero bien sabe Dios c no encuentro gusto en la copa,» y ent ces están á favor de usted las veintici probabilidades.

Y si todavía está muy duro de pelar, p den ustedes tomar la segunda copa

igualmente pagará él; eso no hay ni que advertirlo. Allí ya puede usted matar impunemente á uno ó dos de sus parientes poco cercanos, para dar más fuerza y expresión á la historia. La víctima se hará el cargo de que sería muy duro abandonar á su desgraciada suerte á un hombre con quien se toma una copa, y antes de acabar la segunda ya ha soltado los diez pesos, que le pesarán de fijo una vez que hayan salido ustedes dos de la cantina y usted despedido de él, diciéndole que es el salvador de una familia «pobre, pero honrada.»

Tan obligatoria y de un uso tan racional y corriente creemos todos la copa, que pasa lo que sigue, lo cual no deja de ser curioso. Un individuo le pide á usted en plena calle una peseta, se fija usted en él, y si le ve sano y joven, se indigna y le dice que se ponga á trabajar, que usted no mantiene vagos. Pero ese mismo perdido se hace convidar á una copa por usted y usted se la paga con muchísimo gusto, y sale diciendo entre sí, con tono de conmiseración y orgullo de haber hecho un bien; —¡Pobre fulano! Le pagué una copa . . .

Y lo que le repugna á usted gastar, en admitir un corto sablazo, y hasta en dar de er á un individuo, lo gasta alegremen- on el mismo en unas cuantas copas. . . orque el que convida á una copa tiene antes ventajas sobre el que da una pe- para comer. En primer término tiene tros la toma un amigo que le haga la

barba, como aquí decimos, que le adule, que aguante pacientemente la historia, mentida casi siempre, de su último triunfo amoroso, ó la de sus enfermedades, cosa que todos queremos contar á los otros, sin pensar que á cada cual no le interesan más que las suyas. En segundo término, el que paga la copa para otro, tiene público, tiene *galería*, porque en la cantina siempre hay gente que lo vea, y porque no está bien decir, alabándose, que se le pagó á otro la comida, pero sí puede decirse con afectada naturalidad é indiferencia que se le ha pagado la copa...

Los negocios serios, importantes, aunque parezca mentira, los hacemos generalmente con más facilidad en la cantina que en el despacho. Tanto que se inician ó se proponen en éste para irlos á terminar en aquella. Y es que el que toma la copa con otro se cree obligado á ser amable con él, y los sentimientos de bondad y de benevolencia parece que se abren en el individuo con el alcohol. . . . Un hombre con quien usted no haya tomado una copa en su vida, por mucho que usted le quiera le parece que no es su amigo . . . . Falta el requisito indispensable, el sello de amistad, el choque de los vasos uno con otro, la expansión que instintivamente se apodera uno después de haber bebido con la fr sacramental de «á su salud»....

Claro es que se exceptúan los negoc en grande escala, los que representan n

chos miles de pesos, porque forzosamente han de revestir una seriedad incompatible con la cantina. Pero oigan á ustedes á dos comerciantes que se citan para arreglar uno al día siguiente y de cada diez veces que los oigan lo menos ocho escucharan estas últimas palabras:

—Bueno, entonces mañana me ve usted para que lo terminemos; ¿verdad?

—Sí, mañana. ¿A qué cantina acostumbra usted ir?

Y esto no quiere decir que seamos unos borrachos, no vayan ustedes á pensar mal, sino que somos así, algo esclavos de la formalidad, formalidad la tenemos hasta para los negocios, y no podemos hacer uno escueto, solo, sino dorándolo con la copita y demás alicientes; dándole esa forma. . . . . líquida.

Y como además de eso somos la mar de finos, y nos preocupamos de parecer agradables al vecino, aunque en nuestro interior deseemos un tranvía de doble piso por encima de la cabeza, por eso en cuanto hay la menor ocasión metemos la copa, con la frasecita *sine qua non* de «á la salud de usted, señor». . . .

———

# ¡PUES QUIEN SABE!.....

Desde Maquiavelo hasta nuestros días, como el afán constante de media humanidad es el de engañar á la otra media, y disimular luego el engaño, se han inventado una porción de fórmulas y contestaciones hechas expresamente para satisfacer al que pregunta y no decirle nada.... Pero con seguridad que todos los diplomáticos del mundo no serían capaces de inventar una contestación que á la vez sea más ingeniosa y menos comprometida, ni que tenga más guasa que la que dan los indios cuando no quieren negar ni afirmar categóricamente, que es en todos los casos:

—Pues quién sabe, señor...

Y de ahí no les saca usted, ni aunque emplee el sistema inquisitorial y les vuelva *bisté* una parte importante de su cuerpo.

Desafío á ustedes á que busquen una contestación que tenga más miga, más sorna... y que sea más á propósito que ésta para sublevar los nervios de cualquiera persona que los use un poco revolucion-rios.

Porque el decir, cuando á uno se le p gunta, «pues quién sabe,» es realizar milagro de contestar á la pregunta de r do que ésta quede en pie en todas sus

tes, y el que la formuló se tenga que retirar mohino y cabizbajo, á veces acordándose y no para bien, de la familia del que con tanta ironía le dejó en la misma curiosidad que antes de hacer la pregunta.

Por su parte, el preguntado me figuro que instintiva é inconscientemente, por la fuerza de la costumbre, debe de quedarse riendo para sus adentros y calificando al que le preguntó con algún epíteto despreciativo. Ha triunfado.

Cada uno se venga como puede y opone para vencer una fuerza mayor, la resistencia de que Natura le ha dotado. Unos seres se defienden con lo ofensivo de sus armas, otros por la astucia. . . . El indio es de estos últimos, y perdone el modo de señalar, porque no es que le quiera considerar cuadrumano, sino astuto. . .

El indio tiene la misma clase de resistencia que el marfil. Da usted un golpe, no tan fuerte como para romperla, con un mazo en una bola de billar, y la bola al sentir el choque se encoge, gracias á lo elástica que es, y parece que lo recibe como resignada. Pero apenas se ve lejos del mazo vuelve á estirarse y á recobrar su posición primitiva, como si nada hubiese pasado. y parece que al hacerlo le dice á su
sor:

-¡Tonto! Tú serás más fuerte que yo,
contra tu empuje activo tengo la re-
ncia de la pasividad, y allí te fasti-

Lo cual viene á ser algo así como *tomarle el pelo al mazo.*

Pues esa es la resistencia del indio, la pasiva, que es la más difícil de vencer que hay, y esa es su venganza; el «quién sabe.»

Pero un «quién sabe» dicho con toda la sorna, con toda la ironía, con toda la calma del mundo, con toda la guasa posible de esa guasa burlona que pone nervioso é inquieto al que la tiene que aguantar . . . . Así como quien tiene perfecta conciencia de su poder, como se burlaría un ratón de un gato que tuviese baldadas las patas.....

—Oye, ¿quién ha roto este vaso?

—Pues quién sabe, señor.

—¿Pero quién ha entrado aquí?

—Pues quién sabe, señor.

—Pero es que alguien tiene que haber andado con él.

—Pues quién sabe, señor.

—Y si yo te lo hiciera pagar ahora ¿qué dirías?

—Pues quién sabe, señor. . . . .

—¿Es que te estás burlando de mí?

—Pues quién sabe, señor. . . .

Y todo esto acompañado de una risita perenne, estereotipada en los labios del indio, que no la deja ni aun para matarse con otro, ni aun cuando le amenacen c matarle á él, una sonrisa de desdén supr mo, de completa indiferencia, de eter pasividad....

Si es usted de genio fuerte y tempe

mento nervioso, claro que toca usted el cielo con las manos, chilla, se desespera, pero no adelanta usted nada, porque contra la pasividad, contra la elasticidad, no hay empuje posible. Es como empeñarse en destrozar el agua á navajazos.

Lo más que hará usted será echar á ese criado de su casa....

Al cual le preguntarán en otra donde pretenda servir:

—Bueno, ¿y por qué te echaron?

—Pues quién sabe, señor.

—Pero, hombre, alguna causa habrá. Harías algo mal hecho ó te reñiría tu amo, ó tendrá mal genio, ó no necesitará de tí... ¿Qué ha sucedido?

—Pues quién sabe, señor....

Y créanme ustedes, lectores, todo lo consigue la costumbre, y por mucha impaciencia y mucha nerviosidad que tengan ustedes en el temperamento, acaban por contagiarse del medio ambiente, porque en lo material, como en lo moral, el carácter ó el organismo, puestos en un medio que les es extraño no tienen más remedio que sucumbir ó amoldarse á él. Y así, después de la infructuosa investigación para saber quién rompió el vaso acaba uno por en-
trar la expresión de la más alta filoso-
en las contestaciones del indio, y se re-
uno diciendo para sí:

Pues señor, ¡quién sabe quién habrá
este vaso!

ués de lo cual se queda tan tran-

quilo el ánimo. No hay cosa que tranquilice más que un «quién sabe,» cuando ya se está acostumbrando á él, como contestación última á cualquier problema que se nos presente. Es la filosofía de la impotencia reconocida y estoica y estúpidamente aceptada....

—Oye, dirá un marido á su mujer, al volver á casa después de un año de ausencia, ¿de quién es ese niño de pecho que está ahí?

—Pues quién sabe. . . .

—¿Pero cómo ha venido?

—Pues quién sabe.....

—Y tú ¿cómo lo ignoras?

—Pues. . . . ¡quién sabe!

—Vaya, mujer, vaya, qué casualidad..... Bueno, pues déjalo ahí y pon la cena.

En fin, á lo mejor le pregunta usted á algún indio de los de ese tipo, que se llama Juan Sánchez:

—¿Tú eres Juan Sánchez?

—Pues quién sabe, señor.....

Y, naturalmente, así viven todos tranquilos y satisfechos.

¡El estado mejor del hombre es el de no saber nada!

---

# SI, SEÑOR

Esos *peladitos* tienen la ventaja, que alguna habían de tener, de ser humildes, exageradamente humildes. . . Bueno, ya sé que la humildad les dura mientras les dura el temor ó la esperanza de sacar algún provecho, y que si un *pelado* le encuentra á usted solo de noche en un camino no hay tal humildad ni mucho menos, pero no nos metamos á averiguar las causas y proclamemos que el *pelado* es humilde. . .. casi todas las veces.

Tenía yo una criadita cierta vez, y cansado de que á todo lo que la mandaba ó la hacía observar me contestase incondicionalmente «sí, señor,» la dije un día:

—Traeme agua caliente y agua fría, pero las dos al mismo tiempo y las dos en este mismo cacharro.

—Sí, señor, me contestó.

Como es natural, no me trajo lo pedido, y al reclamarla por ello dió la contestación de siempre:

—Pues señor, quién sabe. . . .

Estos pelados, en todas las ocasiones, le
án á usted que sí. No conocen la nega-
a. No tienen una palabra mala. Luego
án lo que quieran, que es generalmen-
contrario de lo que usted le mandó,

pero le han dicho que sí. Un operario se compromete á lo que usted quiera, á hacerle una mesa en dos horas, á componerle un par de botines en quince minutos, á todo lo que usted necesite. . . . Parece hecho exprofeso para amoldarse á los deseos de usted. No cumplirá nada de lo ofrecido, pero no se atreverá nunca á negarle á usted una cosa; á decirle que no la puede hacer, aunque no pueda efectivamente. No repara tampoco en las consecuencias de su contestación, en los compromisos que con ella se echa encima, no se detiene á analizar la pregunta de usted. . . . contesta que sí, por instinto, por costumbre, por respeto, por lo que ustedes quieran . . . Les pide usted la luna y le dicen: «sí, señor,» y después se quedan riendo.

—Dame la boquilla que dejé esta mañana sobre la mesa.

—Sí, señor.

Y no se la da.

—Pero ¿me traes esa boquilla?

—Sí, señor.

Otro rato sin traerla. Usted empieza á pensar, al ver aquello, si su criado se está burlando de usted ó si le toma por ebrio ó por loco.

—¿No has oído lo que te dije?

—Sí, señor.

—Pues ¿por qué no me traes la boquilla?

—Porque no está en la mesa. Se la llevó su persona de usted en el bolsillo.

—¿Cuándo fué eso?

—Esta mañana.

Efectivamente, usted se registra y la encuentra en el bolsillo. Fué una distracción.

—¿Tú viste cuando me la guardé esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me lo decías?

—Pues quién sabe, señor.

Va usted á un operario:

—Oiga usted, maestro, ¿me puede usted componer esto que se me ha roto?

—Sí, señor.

—¿Y quedará bien?

—Sí, señor.

—¿Y lo hará usted pronto?

—Sí, señor.

—Bueno, pues ya volveré á recogerlo.

—No más que no hay ninguna substancia con qué pegar los dos pedazos, y que después se despegarían luego luego.

—Entonces, ¿no tiene compostura?

—Pues oiga usted, ¡quién sabe!

—Pero ¿usted no se compromete á hacerla?

—Siempre no, señor.

—¡Díganme ustedes el tiempo que hubieran ahorrado si el indio empieza por ahí!

El «sí, señor» es una contestación que costumbre ha vuelto inconsciente, casi cánica. Apenas un indio ve que usted se dirige y empieza á hablarle, ya tiene el señor» en la boca.

Mira, te vas á ir á casa de D. Fulano.

—Sí, señor.

—. . . . á decirle que te dé. . .

—Sí, señor.

—. . . . el paraguas que me pidió el otro día. Puede ser qué él no lo tenga.

—Sí, señor.

—Que ¿no lo tiene él?

—Pues quién sabe, señor.

—Pero si él no lo tiene, le preguntas que á dónde vas por él, que lo necesito. . . .

—Sí, señor.

—¿Tú ya sabes qué paraguas es?

—Sí, señor.

—¿Cómo es?

—Pues. . . . ¡quién sabe, señor!

Da lo mismo que entiendan ó no entiendan la pregunta, que sepan ó no lo que tienen que hacer. A todo contestarán «sí, señor,» invariablemente. Y no es por espíritu de obediencia ó por deseo de agradar, puesto que luego hacen lo que quieren y se burlan de uno. . . . Es porque les parece irrespetuoso contestar que no á un superior.

O es que contestan á todo que sí para no perder el tiempo en discusiones, puesto que después harán lo que les convenga..... y para tomarnos el pelo de paso, porque son así de guasones.

Y si esto sucede, no hay más que fel tarles, porque esa es la manera de vi diciendo que sí á todo y haciendo cada lo que le dé la gana.

# LA ARISTOCRACIA

En realidad, aquí desconocemos completamente lo que en Europa se llama aristocracia. . . . . y puede que nos vaya mejor desconociéndola. Quedan todavía algunos, pocos ejemplares vivientes de la nobleza de sangre, restos de los antiguos títulos formados por la monarquía española en sus tiempos, pero en nada figuran sus poseedores ni usan de sus blasones y pergaminos más que para andar por casa. Esta nobleza que vive como la ostra, apegada á sus tradiciones y siempre metida en su casa, está, como la forma poética y como la nación china, llamada á desaparecer. De sus escasos miembros, la mayoría han capitulado con el moderno «estado de cosas,» que no reconoce para nada esos títulos ni los otorga, y los que así no lo han hecho se dedican á lucir en familia su nobleza.

La alta sociedad que impera aquí es la del dinero. Si Fulano es persona de educación bastante para presentarse en cualquier lado hacer el ridículo, no se pregunta, para ificarle entre los individuos de «la buesociedad» de quién desciende, sino cuán-s lo que tiene en caja. Hacendados, banros, industriales, juntos, naturalmente, ue ocupan los primeros cargos pú-

blicos, son los que forman la sociedad distinguida, que donde hay dinero lo hay todo, y hasta las buenas maneras se adquieren más fácilmente.

De estas familias mimadas por la fortuna, la tercera parte tienen por jefe á un extranjero, que suele ser español y que también es *yanqui* algunas veces, el cual, ó adquirió capital y posición al mismo tiempo, ó adquirió ésta llevando ya aquél, todo por medio de una boda. Y entre las familias que restan, si nos echásemos en pos de genealogías, no dejaríamos de encontrar algún ascendiente extranjero, creador de la fortuna, más ó menos bien conservada luego, según las aptitudes y facultades de los herederos.

A primera vista sorprende que, aun en los días más bonitos de fiesta, los paseos y diversiones á donde concurre esta buena sociedad, se ven bastante desanimados. Pero luego se encuentra la causa de todo esto, si se tienen en cuenta dos cosas. Primero, que aun cuando la importancia y el número de habitantes de la población hicieran presumir otra cosa, de las cuatrocientas mil almas que aquí vivimos, la mitad son *pelados*, gente que no asoma por esos sitios ni la dejan asomarse, porque «bueno es dormir en la zalea, pero no arrancar la lana,» ó lo que lo mismo: la libertad para el ciudadano tiene un límite prudente. . . Y donde ( indios pongan ustedes también mezcla pero siempre tirando á indio más que á cosa. En la mitad restante debemos h

particiones entre la clase media y la alta, la menor, poseedora de los grandes capitales, de los grandes negocios ó de los grandes puestos públicos. Respecto á los primeros, no *somos* (permítanme este capricho de incluirme, para los que no me conozcan) ni muchos ni muy crecidos. Los grandes capitales hay que irlos á ver por el interior. Aquí una fortuna de seis ó siete millones de pesos, acaso no tenga similar en la población.

Y segundo, que la parte femenina de esta sociedad alta es lo más retraída y casera que se conoce, hasta el extremo de que, no teniendo la mayor parte del año otra diversión que la del paseo, son muchas las familias que dejan de aprovecharlo. En los teatros es en donde se echa de ver mejor este retraimiento. Quien vaya tres domingos seguidos al Principal, único teatro que actúa todo el año, llega á saberse de memoria las familias que se atreven á salir de casa, que son siempre las mismas y muy pocas. Verdad es que lo que se representa en este teatro no es muy edificante ni muy á propósito, que digamos, para las damas; antes bien, la que allí concurra más de una vez, tendrá que taparse la cara con el abanico, si entiende lo que se dice, aunque no sea más

porque los demás vean siquiera que se
pa, verdad es todo esto; pero no es me-
verdad que cuando vienen otros espec-
los de género distinto y más decente,
de lo mismo. . . Llega la compañía de
v como ya hace tiempo que no han

lucido el frac ellos y el vestido descotado ellas, toman el primer abono la mayor parte de las familias, y así hacen ostentación ante las otras, de que tienen trajes y dinero para el abono. Pero en el segundo ya no hay un alma, todos han desertado. Cumplido aquel objeto, pronto se cansan de salir de noche. Viene una compañía de verso, y se hunde. Solo pudo sacar á la gente de sus costumbres María Guerrero, y eso por la fama de elegancia que traía, por haber estado en París, por ser los artistas medio nobles y nobles enteros, por mil circunstancias ajenas á su mérito artístico.

El ideal de nuestra buena sociedad es no salir de casa, más que á alguna que otra visita, á compras ó á la iglesia, único sitio que tiene el privilegio de excitar á las señoras á pisar la calle, cenar temprano, rezar el rosario y acostarse. Y esto será muy bueno y muy cómodo para los señores y señoras mayores, que se asustan de todo, que afirman seriamente que esta sociedad está perdida, que *aquellos tiempos* eran mejores, etc., etc., mas para las jóvenes es una muerte. . . . ¿En qué se quiere que se diviertan los muchachos? Luego nos quejaremos de que se pasen el día en las cantinas, de que frecuenten las casas de ju
ó de que vayan á otros sitios. . . . . ¿I
qué, se quiere que sean santos? A fe qu
la sociedad fuese de otra manera, si
biese tertulias, bailes, reuniones dond
diera á los muchachos ocasión para di

tirse honestamente, como manda el catecismo, ¡oh, papás de familia púdicos y escrupulosos! esos muchachos se divertirían más y. . . . pecarían menos.

Pero no, la virtud y la honestidad no la conciben ciertas señoras, sino metiéndose en casa, dando lugar á que escapen de ella los muchachos como de la peste y á que se aburran con toda honestidad las muchachas. . . . . Los bailes, las reuniones, todos esos atractivos de la sociedad, no los conocemos. Fuerza nos es contentarnos con tomar un periódico europeo, leer la sección de notas sociales y empezar á relamernos los labios de gusto con la descripción de la fiesta. . .

Alguna que otra vez que una familia verdaderamente heroica se decide á dar un baile, se habla de ello en toda la ciudad con seis meses de anticipación y se sigue hablando otros seis después de efectuado, como si fuese un acontecimiento notable de esos que pasan á la historia. . . .

Y el héroe que da el baile, lo da á todo costo, sin reparar en gastos, de tal modo que, por muy rico que sea, no puede repetirlo, sino cada tres ó cuatro años á lo sumo, y aun así es ya una esplendidez. Y las más familias, en la imposibilidad de imitar en esto, deciden no abrir sus salones, sí vamos pasando. Si de buena fe, sin eos tontos de ostentación, sin pretensiose reunieran en cada casa las familias vez al mes, gastando en los doce me-

ses del año menos que aquella familia gastó en un solo baile, la gente joven lo agradecería mucho más seguramente.

Y se podría decir que en Méjico la buena sociedad cumplía su misión. Porque eso de vivir encerrada en casa, sin salir á ningún lado, yendo, si salen, siempre en coche cerrado (hasta hace muy poco no comenzaron á tolerar el coche abierto) será muy apropiado para irse derechito al cielo, pero es bueno no echar en olvido que «alegría no quita virtud» y que Santa Teresa bailaba á la puerta de su casa. . .

---

## "LOS LAGARTIJOS"

Ni sé el origen, ni el simbolismo, ni la etimología de la palabra, ni he hablado nunca con quien lo sepa. Por lo tanto, no puedo explicarme por qué han de llamar *lagartijos* á *eso*; á lo que en España llaman sietemesino y en Francia gomosos. De lo que sí estoy seguro es de que el nombre no tiene nada de cariñoso ni cosa p recida, y sí mucho de despreciativo y b lón. Y que los *lagartijos* me perdon pero yo no hago más que narrar. . . .

El lagartijo este tiene muchos puntos contacto con el gomoso de las capital

ropeas. Sí difiere de él en que es un poco más tonto.... Y voy allá con la explicación. En países donde hay verdadera aristocracia, donde hay gran sociedad, donde ésta tiene fiestas, bailes, tertulias, centros, reuniones y modos propios y peculiares de divertirse, el lagartijo, gomoso ó como quieran ustedes llamarle, cumple una misión.... Buena ó mala, les concedo á ustedes que sea mala para que opinemos casi lo mismo, pero él cumple una misión y tiene una razón de ser y de existir. Pero en Méjico no tenemos esa gran sociedad..... Había antes un hotel con ese título y ya ni eso nos queda. En Méjico no hay vida social, la única aristocracia es la del dinero ó la del talento.... si tiene dinero, y esa aristocracia es extraordinariamente sencilla en sus costumbres y en sus gustos y extraordinariamente retraída para las diversiones, á tal grado que, fuera del teatro alguna vez que otra, y del paseo, no diariamente, no va á ninguna parte. No se dan bailes, ni tertulias, ni reuniones... ¿Me quieren ustedes decir qué pitos toca un gomoso en esta sociedad? Por eso le he calificado de doble tonto que el europeo, porque aquél hace algo, algún papel, sea el sea y como ustedes lo quieran juzgar, éste no hace nada.... Y si es tonto gomoso, donde hay campo de acción la goma, díganme ustedes á qué adro se hace acreedor el que lo es donde sitios ni ocasiones donde lucirlo.

El lagartijo nació para imitar al gomoso, es claro, pero resulta como aquel que para no ser menos que un amigo que monta á caballo se hiciese un magnífico traje de montar y se encontrase después sin dinero para comprar la montura.

El lagartijo es, no hay que decirlo, generalmente rico por su casa, enfermo y delicado, estudiante de cualquier carrera que no estudia ó con un título ya en el bolsillo, que no sabe cómo ha podido alcanzar y del cual ignora qué hacer, porque no ha aprendido el modo de usarlo. Como las modas suelen llegar aquí algo atrasadas, él viste á la última que llega, que no es la última de Europa ni mucho menos, pero él se lo cree y vive feliz. Lleva el cuello de la camisa alto, muy alto, altísimo, hasta las orejas, casi, de modo que apenas puede mover la cabeza independientemente del cuerpo, y parece que le han hecho de una sola pieza ambas partes, y luego se las han soldado. La corbata varía, pero siempre llama la atención por algo, el sombrerito de fieltro lleva la parte delantera del ala doblada hacia los ojos al estilo pillín, porque además de elegantes son pillines; los pantalones cortos y doblados para arriba, aunque esté seco el piso, y la flor correspondiente en el ojal. En fin, tipo común y corriente de gomoso ó lagartijo de todas las capitales grandes, aunque algo atrasado en modas y en figurín porque ya dije. Ahora bien, *la última* es

ba en armonizar, en cuanto sea posible, todas estas cosas con el tipo yanqui, tal como lo vemos en los que por esta capital se descuelgan diariamente, que son muchos más de los que pudieran desearse. Y así, el lagartijo se afeita, se deja el pelo largo por detrás y procura dar á su fisonomía cierta rigidez y cierta gravedad á sus andares. Todo unido con lo que ya se ha expuesto y sin olvidar el bastoncito con el cual se ha de jugar distraidamente haciendo figuras bonitas, y los guantes. Y los lagartijos me perdonen, pero tengo para mí que á los de esta raza casi latina, como á los de latina enteramente, les sienta lo sajón como á un cristo un par de pistolas.

Ni aquí ni en parte alguna suele servir el lagartijo ó gomoso, el que toma á pecho el pertenecer á esta clase para nada útil. Excusado es decir, por tanto, los servicios que prestarán aquí. Sirven como adorno de la calle á la vuelta del paseo, para pasar revista á las damas que vuelven de él, hablar mal de ellas y saludar especialmente á las que van en coche, con un movimiento de sombrero ó de dedos, según la mayor ó menor confianza, una barbaridad de mono y sugestivo; sirven también para desperar á los comerciantes de esas calles, te cuyos aparadores ó escaparates se pa- n á formar la tertulia y desempeñar las bores que ya dijimos, quitándoles la vis- y lo que es peor, la venta, por cuya isa se suelen armar conflictos y hasta

requerir el auxilio de la policía para despejar los grupos.

Y si me amenazan con colgarme si no lo digo, de seguro no diré más cosas para las que sirvan los lagartijos. ¡No tienen tampoco á dónde ir ni en dónde ni en qué lucir su *lagartijería!*

Claro es que hay lagartijos de todas clases, y que, dentro del género existen familias y variedades hasta lo infinito, pero los lagartijos más lagartijos, los más *enragés* se encuentran principalmente entre los muchachos hijos de extranjeros. Los españoles sobre todo, que son los que más se casan aquí, son también los que dan mayor número de lagartijos. El padre, que salido de una esfera social humilde por su trabajo, se engrandece, sube y hace un capital, casi nunca enseña á su hijo á trabajar como él, sino que le destina á otro género de vida, otra posición, todo, en fin, lo que él no pudo alcanzar para sí. Y todos dan á sus hijos carrera, que por lo general es no darles más que el medio y la ocasión de gastar el dinero en grande y el pretexto para no estudiar ni hacer nada.

Y he aquí cómo sale el lagartijo.

Pero éste no es fruto exclusivo de Méjico, sino de todas las naciones civilizadas, desgraciadamente.

Y bien mirado, no es este país de los más abundantes en el fruto, sino todo lo contrario. Resultado tan feliz depende de que Méjico es una ciudad trabajadora, indus-

trial, comercial, donde se desvela poca gente y madruga mucha, donde se habla de negocios constantemente, donde estos llaman la atención más que las diversiones... y el lagartijo no puede medrar en ambiente tan hostil y poco adecuado.

Por eso hay pocos aquí, pero por lo misma que hay pocos llaman más la atención esos pocos que hay.....

---

## AMOR A PUÑETAZOS

Desde el momento en que el placer y el dolor pueden confundirse ante nosotros, porque en llegando á ciertos límites de la escala no los podemos diferenciar, lo mismo que sucede con los colores y los sonidos, puede aceptarse aquella teoría de que ***hay placeres dolorosos*** y viceversa; yo declaro que no entiendo muy bien la teoría, mucho menos podré explicarla, pero ella existe. ¡Cuántos vicios tenemos á los cuales nos tregamos con verdadero deleite, con toda ición, que no vienen á ser más que morcaciones y padecimientos! Hay quien co- yeso, quien se muerde los labios y otras stumbres así que, para el que no las ha uirido aún, resultan perjudiciales ó do-

lorosas. Pues ahí tienen ustedes el placer dolororoso de que hablabamos antes.

El amor es uno de los placeres más dulces, y precisamente su mayor dulzura estriba, creo yo, en la conformidad de ambas partes, en esas dos almas que laten al unísono, según nos han asegurado los poetas..... Bueno, donde dice almas pongan ustedes corazones, que una equivocación cualquiera la tiene, mucho más cuando se trata de figuras retóricas, cuya libertad es casi ilimitada, razón por la que tanto se abusa de ella. Lo más bonito, lo más agradable del amor, juzgo yo, es ese mutuo contrato que se hace entre los enamorados, mediante el cual sabe cada uno que al mismo tiempo que goza de la felicidad hace gozar al contrario, en las batallas amorosas. Y lo más hermoso del contrato ese es que las dos partes lo han estipulado por su libre y espontánea voluntad.....

Pero desengáñense ustedes, estas son teorías románticas y anticuadas y convencionales. El indio, que se acerca en todos sus actos mucho más á la naturaleza que nosotros, lo entiende de una manera muy distinta. Hace el amor á puñetazos..... ¿Y quién sabe si estará en la fija? Ustedes saben que en la mayoría de las especies animales el macho y la hembra, antes de cumplir la grandiosa ley del amor, riñen, se pelean, se embisten más ó menos encarnizadamente. Ustedes saben también que en casi todas ellas la primera galantería del

macho, en su lenguaje, es acogida con un bufido por la hembra, la cual huye, se defiende, ofende muchas veces, y así va enardeciendo la voluntad del macho y probando sus fuerzas y su valor, hasta que, ya rendida ó sabiendo por instinto que es llegada la hora de que se cumpla con todos los requisitos la voluntad de la naturaleza, se rinde.

Pues el indio hace lo mismo, y á fe que el hacerlo así acaso sea mas cuerdo que como lo hacemos nosotros. Ahora que ¡cualquier individuo de *jaquette* y cuello de *palomita* se pone á declararse de esta manera *contundente* á la dama de sus pensamientos!

La primera proposición de un pelado á una pelada es insinuante, dulce, halagadora. . . . . Lo mismo hacen las demás especies de animales. Después de un ratito, poco, de plática, y de haberla dicho cosas muy bonitas para ella, que á nosotros, esto es, á una señorita de nuestra clase la parecerían extraordinariamente soeces y toscas, pero que son eminentemente prácticas porque van al bulto, ya el pelado la invita claramente á irse con él, ó no la invita, sino que la coge sencillamente del rebozo ó de un brazo, y la dice, con todo el laconismo sible.

—¡Andele! . . . . . .

Sistema primitivo completamente, y que carece de cierta hermosura así. . . . . sale. De tal modo debieron hacerse el amor hijos de Adán y Eva. Solo que se fué

inventando después el vestido y dando á estas cuestiones otro aspecto misterioso, para hacer el amor más refinado, y haciendo un crimen de la franqueza y la espontaneidad, trasformando la finura y la delicadeza en hipocresía. . . . . .

Bueno, pues en ese punto de tomarla del brazo ó del rebozo empieza la lucha. . . . . Ella se resiste y él sigue tirando. Ella echa mano de los insultos, y él se los devuelve mezclados con razones para convencerla. Pero no crean ustedes que da muchas razones ni las concede gran importancia. Antes bien, confía más en los insultos y en los puños, en éstos sobre todo. Los insultos pueden serlo ó no, con las mismas palabras, y pueden ser flores. Depende del tono que se emplea, de la ocasión, de la oportunidad, en fin, de muchas cosas. Y á las veces, un insulto lanzado á tiempo influye mucho más y convence bastante mejor que dos galanterías. . . . . .

Como ibamos diciendo, empieza la lucha, en la que ella defiende su situación con la negativa y la resistencia y él la agrava con empujones, tirones de la ropa, frases expresivas, ofrecimientos como á regañadientes y algún golpe que otro. . . . . Al mismo tiempo que los empujones y demás está en uso los abrazos, unos dados al descuid y otros dados á la fuerza, porque la cos: es llevar el convencimiento de todas la maneras y en todas las formas, alternand( para obtener mejor y más pronto el éxit(

Por de contado ella, desde que empezó el asunto sabe perfectamente que habrá de ceder, porque á una proposición tan amable y en buenos modales hecha, y tan convincentes, ¿quién se resiste? Pero hay que darse cierta importancia, hay que conseguir que le cueste su trabajo. . . . . En suma, lo mismo que los animales, lo mismo que debieron hacerse el amor nuestros ascendientes allá en la edad de piedra, lo mismo que se lo deben hacer en la actualidadad las especies aún salvajes.

Y así los ve usted por la calle, en los barrios sobre todo, frecuentemente. Ella resistiendo y pretendiendo huir, él reteniéndola con los brazos mientras desliza algunas frases que deben ser muy tiernas en el oído hasta que á fuerza de vueltas por el arroyo, como los pájaros en tiempo de primavera, y á fuerza de empujar por aquí, amenazar por allá, pellizcar por el otro lado, valerse en fin, de todos los ardides posibles, ella se convence, cierran el pacto, se abrazan sin cuidarse del transeúnte y así abrazados se encaminan hacia la pulquería próxima, donde con unas cuantas medidas de pulque sellan la unión y celebran las amistades.

Y de esa manera, alterados ambos por lucha sostenida y por el efecto del pulque, con todos los elementos dispuestos se tima el contrato . . . . . .

Yo creo que un amor así, tan. . . . . tra-

bajoso para formarse, debe ser muy mucho más agradable después.....

¡Digan ustedes luego que estos pelados no son felices!

---

## SOBRIEDAD

Dicen que esta señora es la madre de todas las virtudes.... Según eso, los indios éstos debían tener bastantes virtudes, porque tienen bastante sobriedad en la comida. Si en la bebida la tuviesen igual era una maravilla. Pero ¡ay! no. El pelado no es sobrio más que para comer. En la bebida, la sobriedad se va al demonio.

Una de las cosas que á mí me preocupan..... hasta cierto punto, que es como las cosas deben preocuparle á uno, si quiere vivir feliz, es el mantenimiento de los pelados. Apenas comen. Con tres ó cuatro tortillas de maíz y unos pocos de frijoles y un poco de chile verde, que pique como un demonio, diariamente, ya están del otro lado; esto es, ya está mantenido un hombre. Ellos no comen apenas, pero ¡caramba! en las luchas amorosas son terribles.... Y ahora, que los que quieran me expliquen ese resultado, que yo no puedo explicarme. Será porque, según dicen, el pulque es muy alimenticio. Será porque la costumbre crea

en la naturaleza predisposiciones orgánicas especiales, y como la mayoría de los pelados no tienen asuntos en qué entretenerse. . . .

Si esa parte del pueblo tuviese las otras ventajas al par que la sobriedad, sería el mejor pueblo posible para formar la clase obrera. Un pueblo que no se alimenta, que no se viste, que no quiere ni ambiciona nada fuera de la satisfacción de las necesidades más primitivas y más inevitables, tiene que exigir un sueldo muy exiguo. Y así sucede. El pelado trabaja por nada, como suele decirse. Dado el precio que tienen aquí las cosas, parece mentira que se den esos sueldos y se acepten. Viene un espíritu sencillo, altruista, de esos que se creen llamados por el Supremo Hacedor de todas las cosas á salvar la humanidad y se indigna todo, y habla de la explotación de las clases obreras «al par que» menesterosas, y se irrita el muchacho, y hasta aparece con su puntillo de socialista, porque se dan sueldos tan escasos. . . . . Pero es que hay que ponerse en la realidad de las cosas, y no fallar sin haber oído á las dos partes.

Los mismos patrones declaran sinceraente que darían dobles, triples sueldos de s que dan si el pelado fuese otro, y que darlos tan escasos no es para ellos ecomía, ni cosa que se le parezca, porque n dándolos así resultan caros, según la nera de trabajar del indio. Como no tie-

ne la más mínima idea de dignidad en el trabajo, ni le importa un comino el subir ó el bajar, trabaja sólo cuando la necesidad le impele á ello, y siempre de mala gana. El patrón tiene que gastar en vigilarle casi la mitad de lo que le cuesta el obrero. Por otra parte, el indio no trabaja si no tiene hambre, y en cuanto logra ver en el bolsillo una cantidad que le asegure la subsistencia por una semana, no vuelve á trabajar en ocho días, aunque con la falta deje pendiente un trabajo de mucha importancia y fastidie al patrón y deje de ganar una gratificación que probablemente le esperaría, de haber terminado aquella obra. Y si en vez de darle jornal se le pone á destajo, resulta peor, porque es capaz el indio de apurarse á trabajar un día entero para cobrar una cantidad, irse con ella á la pulquería y no parecer luego por la fábrica en una ó dos semanas. He ahí por qué el patrón prefiriría pagar mucho más á otros trabajadores que trabajasen de otro modo, y he ahí por qué muchos fabricantes, contratistas, etc., y sobre todo, los yanquis, que son la gente más práctica, traen operarios de su país, hasta para los oficios más humildes, y les dan sueldos muchísimo mayores que los que gana cualquier indio de éstos. Y para colmo de males, en esa misma sobriedad del pelado está su mayor defecto como miembro de una nación industrial y mercantil, porque nada desea y no consume nada. . . .

Menos en la cuestión de amores y en la de bebida, como ya he tenido el honor de decir á ustedes, el pelado es sobrio en todas las cosas. Sobrio en los alimentos hasta lo indecible, sobrio en los vestidos hasta lo inverosímil. . . . Usa la menor cantidad de traje posible. Y aun el que usa, lo usa con todos los agujeros que buenamente caben, para llevar todavía menos tela. . . .

A veces pienso yo si no debe ser envidiada esta costumbre, cualidad ó como quieran ustedes llamarla. . . . Porque un hombre que casi no necesita vestir, que casi no necesita comer, es una gran cosa. . . . ¿Que las cosas vienen mal dadas y no hay para la alimentación de todos los días porque no entró el dinero, ó si entró salióse convertido en pulque apenas fué entrado? Pues se acorta la ración y ya está. ¿Que no hay para comprar unos pantalones? Pues se va sin ellos, es decir, con un pedazo de tela puesto de manera que pueda parecer unos pantalones mirado desde lejos, y que de cerca deje ver la carne, con todas sus flaquezas, esas de que nos habla el catecismo. Con tal que nos enseñe el hombre toda su piel, ya está remediado el daño.

Dícese de muchas gentes que viven de milagro. . . . . Pues eso, es lo exactamente aplicable á gran parte de la raza india. Vive de milagro. No come, no se resguarda de las inclemencias de la temperatura, no se viste, no se cuida de la conservación individual, no tiene apego á la vida, todos

conspiran contra ella, social, moral y físicamente, y sin embargo vive y se reproduce y sigue viviendo.... Si esto no es vivir de milagro, que venga Dios y lo vea....

Es esta una sobriedad desesperante para cualquiera que se meta de golpe y porrazo á darles civilización y á moralizarles. Y es desesperante para el que se meta á fabricar ó vender artículos baratos, de esos que en otras partes son la base más importante de las transacciones. ¡Son los menos los que compran!

Así es que no sabe uno qué hacer con ellos. Porque, bueno que la sobriedad sea una de las virtudes cardinales, según el ya nombrado catecismo, pero cuando llega á ese límite, fastidia al prójimo. Esta gente ni aun por sus vicios favorece al comercio. ¡No tiene más que un vicio, el del pulque, y ese es bien barato!

---

## Y VIVEN FELICES....

Decididamente, el indio de la capital, el *pelado,* es el peor de todos los de la República, porque al ponerse en contacto directo, continuo y necesario con la civilización ha tomado de ella, tan solo los vicios y ninguna de las ventajas. Fisicamente, al apropiarse en lo que sus elementos se lo per-

miten al refinamiento vicioso, de la clase superior con la que se roza todos los días, se ha empobrecido y degenerado de ostensible manera. Y perdió, además, con semejante contacto, la constitución atlética y robusta, la resistencia para la fatiga y el trabajo. En lo moral, el trato con la gente de superior cultura y el desprecio y el despotismo con que ésta le trata, le ha hecho pasar de desconfiado á maligno, trocando su sencillez primitiva en abandono, suciedad y holganza, su humildad y buena fe en hipócrita servilismo. Guarda todavía éste, cuando trata con sus superiores, pero es tan sólo porque se ve débil y desvalido á su lado, y en cuanto la casualidad le iguala á él en circunstancias, se aprovecha de la impunidad para traicionarle.

La mezcla de sangre, el producto de amores pasajeros de señoritos con indias, en vez de mejorar la raza la hace decaer más y más. Y como, por otra parte, el mismo indio se encarga de irse destruyendo con el abuso del pulque, que embrutece y embota los sentidos, y con el de bebidas alcohólicas muy fuertes, que aniquilan el organismo y lo destrozan y matan el cerebro, y como, en otro orden de ideas, el indio éste, que no tiene apenas necesidades, fuera de las muy precisas para el sostenimiento de la existencia, no consume nada y resulta una verdadera rémora para el adelanto industrial y mercantil de una nación, como una raza, además de abyecta, inerte, pue-

de decirse que está como la forma poética, fatalmente condenada á desaparecer. Hasta los gobiernos todos lo comprendieron así, y jamás alguno se ha ocupado en sacar, por medios más ó menos directos, al indio de la miserable condición en que se encuentra.

Y ellos, sin embargo, son felices. . . . El indio tiene la ventaja de no vivir nunca solo. Desde que ya no es un chiquillo, desde los quince años, á cuya edad lo natural es que conserve todavía los padres, si los ha conocido, ya se siente un hombre en toda la extensión de la palabra y busca una mujer, que encuentra siempre; esta gente parece que ha nacido exclusivamente para reproducirse, tal es el afán que pone en ello, y tales sus condiciones de resistencia.

Así, pues, en cuanto puede forma una familia. Como tiene para estas cosas una libertad parecida á la del perro, apenas sale á la calle ya puede decirse que encontró lo que buscaba. Y además, que la cosa le sale barata. Uno de nosotros, si quiere pensar en semejantes uniones, más ó menos legalizadas, lo primero que necesita es echar mano al bolsillo y hacer sus cuentas porque sabe que la realidad se impone y que el amor no alimenta, antes al contrario. Pero el peladito tiene ese problema inmediatamente resuelto, como todos los de su vida. La encuentra, se convence de que han nacido el uno para el otro, que es como debe ser el amor, según los novelistas,

la habla, se convienen, la convida á unas cuantas medidas de pulque, se la lleva á su habitación, añade un petate ó pedazo de estera de esos á su mobiliario para que en él duerma ella, como él duerme en el suyo y ya está. Ya se convirtió el pelado en jefe de familia. Y ahora que vengan hijos.

Cuando hemos hablado de mobiliario era una coquetería, un hipérbaton para adorno de la oración. . . . La vivienda es un cuartito estrecho; obscuro y mal oliente, sin más ventilación que la puerta, cuando está abierta, por la que tiene que salir el humo del hogar. Sirve de cocina, de comedor, de alcoba, de cuanto hay que servir. Allí se hace todo. Y con unos cuantos cachivaches de cocina, alguna silla que otra, una mesa si acaso, los petates correspondientes y en ocasiones un colchón, aunque eso es gastar casi lujo, ya está puesta la casa. No faltará por supuesto, en una de las paredes la imagen de alguna virgen ó de un santo, muy adornada con papeles de colores, florecitas y otras cosas, y su lamparilla de aceite ardiendo. Las paredes se decoran con estampas de las cajas de cerillas, grabados de los periódicos, láminas encontradas por ahí y todo género de pinturas por el estilo.

En esa habitación duermen todos, revuel-
s, el padre y la madre, los hijos, grandes
pequeños, hembras y varones, los sue-
os y cuñados si los hay, y hasta el ami-
á quien se da hospitalidad aquella no-
e. Duermen en el suelo todos juntos, re-

vueltos, pegando codo con codo. A media noche, si el padre se despierta, no sabe cuál es su mujer ni cuál su hija, ni ella sabe si el hombre que tiene al lado es su marido, su padre, su hermano ó el amigo. Tampoco tiene mucho interés en averiguarlo, porque después de todo, en la obscuridad no se va uno á fijar en pequeñeces y lo mismo da una cosa que otra. . . Lo primero que viene á mano. . . ¿Para qué andar en requisitorias? Ya saben ustedes que la gente en ese punto no es muy escrupulosa . . .

Con esto y con lo dicho antes se explicarán ustedes que el indio ó la india, desde que se desarrollan, no guardan su pecho cerrado para el amor ni un mes . . . ¡Cuando no es afuera es en casa! Y así á lo mejor en la vivienda se aumenta la familia por donde menos podría esperarse . . .

Y así viven felices, con la felicidad de la ignorancia, con la felicidad del que no piensa ni quiere más que aquello que le lleva á querer: el instinto. . .

Porque para el indio pelado las afecciones son muy rudimentarias . . . Para el hijo tiene el cariño instintivo, el que todos los animales han recibido de la naturaleza, mientras los hijos no pueden valerse por sí solos. Para la mujer, y ésta para el hombre, apenas hay más que el instinto sexual que los mantiene juntos una temporada. .

Ahora, como en suma no sabemos si la civilización nos ha hecho más felices ó en más los que no la tenían, yo no tercio e

la discusión, pero aseguro que los pelados son felices . . .

Y que la única desgracia de ellos ha sido la civilización, y que esa es la que tarde ó temprano acabará con la raza.

---

## ¡LA TIERRA TIEMBLA!

El dia era de los mejores, un día de Otoño tibio y dulce, como son aqui los días otoñales. Lució el sol todo el día, desde que asomara por Oriente envuelto entre algunas nubecillas encarnadas que, como niños pequeños al volver á casa su padre, salieron amontonadas, en tropel, á recibirle, diéronle cariñosa bienvenida y se fueron disipando poco á poco á su calor creciente.

Nada anunciaba el fenómeno; por el contrario, prometía ser un día de los más tranquilos y hermosos.

Era fiesta y las calles se veían con la natural animación. Allá á la media tarde, sin nada pareciese justificarlo, vino una anada de aire fuerte, rápida inesperada, sorprendió á los vecinos, cerró con a cuantas puertas y balcones halló con-lamente abiertas en su tránsito, echó á r los sombreros haciéndolos dar giros

caprichosos por el espacio y levantó en seguida mangas de polvo por las calles. Como si de repente hubiéranse sentido atacadas de una imperiosa necesidad de movimiento, las basuras, los deshechos de todas clases emprendieron uno de rotación describiendo elipses y circunferencias, elevábanse después para trazar otras en el espacio y volvían al suelo algo más reposadas, como quien ha satisfecho un capricho de que repentinamente se viera acometido. Cesó aquella ráfaga. Las nubes compactas que cabalgando sobre la capa aérea habíanse esparcido por el cielo, con ella se marcharon y todo quedó lo mismo que antes y volvió á predominar el murmullo tranquilo é igual de la muchedumbre, de coches, tranvías, vendedores, gente de á pie que llenaba las aceras y vehículos que saltaban sobre el empedrado.

Al anocher, la afluencia y la animación habían crecido extraordinariamente. Aquel día, dos de Noviembre, cosagrábase á los difuntos. El servicio de los tranvías era mayor, por la afluencia de clientes, y unos pasaban rápidos, veloces, á fuerza de excitar las mulas con silbidos y latigazos, en busca de los visitantes de los cementerios que más se hubiesen rezagado, y otros v vían avanzando penosamente, pues los a males apenas podían ya al cabo de tan l ga jornada, transportar aquella muchedu bre que se desbordaba por las plataforn y por las ventanillas, después de co

mirse extraordinariamente en el interior del coche, é invadía hasta los estribos haciendo equilibrios para sostenerse.

Coches de alquiler y coches particulares volvían en tropel de los cementerios, llenando toda la calle, toda la fila de calles, á lo lejos, de parejas de lucecitas blancas, movibles, que parecían los ojos de algún ejército de seres sobrenaturales que se acercaran á grandes zancadas, apariciones muy puestas en relación con el día triste, con la fecha y con la conmemoración que se hacía de las almas de los muertos. Otros coches y otros tranvías pasaban por allí con distinto destino y de diferente procedencia. Volvían de paseo con los incrédulos ó los felices que no tenían difunto á quien agasajar, llevaban la gente á sus negocios ó á sus casas. De muchos vehículos al pasar salían murmullos como oleadas, gritos, interjecciones, saludos ruidosos. La gente volvía alegre de los cementerios. La visita á las sepulturas había servido á unos para comer y beber fuerte y divertirse, á otros para pasar una tarde divertida haciendo chistes á costa de los epitafios, á otros para criticar, á otros para hacer el amor ó dejar que se lo hicieran, según el sexo, á otros
ı triunfar luciendo algún detalle de in-
entaria, á los indiferentes para descan-
le la monotonía diaria con un espec-
lo que sólo se puede ver anualmente.
que no visitaron los cementerios vol-
le divertirse en otros sitios y también

volvían alegres, sobre todo los dependientes de comercio, que hablaban alto, manoteaban recio y lucían todo el vocabulario escandaloso de las lenguas francesa y española y se insultaban en broma mutuamente.

Pero la muchedumbre de las aceras, que caminaba desigualmente, muy deprisa unos, lentos otros, parándose de vez en cuando, metía más ruido y un ruido más igual y más armónico que todos los coches juntos. Parejas de indios, borracho él y procurando ella llevarle del brazo y convencerle de que debía ir, ya con súplicas, ya con riñas é insultos; otras de enamorados del momento, á quienes el pulque había excitado ese amor y luchaban según iban andando en plena calle; pollitos que mariposeaban al rededor de alguna beldad de poco precio; novios cursis detrás de la novia y de los futuros suegros; grupos de trabajadores de todas clases próximos al primer grado de embriaguez, familias pobres con cuatro ó cinco chicos, cansadas, tristes, que se dirigían mesuradamente á su casa; granujillas, muchachos de la calle, vendedores de periódicos gritando furiosamente la mercancía, revendedores de teatro que salían hasta las calles próximas á éste para ofrecer l contraseña . . . y *pelados* por todas p tás, unos en movimiento, otros parados las esquinas. Confusión de voces y de r dos, y toda la gente mostrando esa ale del que se ha divertido durante una t

alegría ya forzada, que pide descanso, fatiga del que dedicó un día entero á hacer lo que no hace los demás y ya desea volver á sus hábitos de costumbre.

Los focos eléctricos daban á toda esta colmena manchones de luz viva y azulada en unos lados y manchones de sombra profunda y de penumbra caprichosa en otros, haciendo mil combinaciones fantásticas cuando oscilaban empujados por el aire.

En lo más álgido de aquel bullicio, de aquel incesante movimiento en direcciones contrarias de personas y animales, cuando es más sordo el rumor, más continuos los toques de corneta de los tranvías, más estridentes los sonidos de los vendedores, cuando la calle rebosa torrentes de vida por todos lados, algún transeúnte siente que se le va la cabeza. Atribúyele á cualquier desvanecimiento sin importancia y cierra breves instantes los ojos, vuélvelos abrir y sigue ya aumentando el mareo. ¿Será la bebida? Se apoya para no caerse contra un zaguán y tiende la mirada á su alrededor.

Suponed que en aquél momento de más animación una corriente inmensa de electricidad hubiese inundado toda la calle, paralizando instantáneamente todo movimiento orgánico, dejando cada ser en la misma postura en que estaba; suponed que coches, animales, todo, no eran más que figuras de un gigantesco mecanismo á impulso del cual se movieron y que la cuerda se hubiese acabado en el momento preciso ha-

ciendo cesar el movimsento. . . . Así estaba la calle.

En el mismo punto donde cada cual empezó á sentir la oscilación subterránea, allí se quedó parado, inmóvil. Los animales de coches y tranvías pararon instantáneamente al sentirse la primera trepidación, y con las patas abiertas todo lo posible y la cabeza baja, esperaban temerosos el resultado, al tiempo que procuraban guardar el equilibrio. Los cocheros no trataban de hacerles ningún caso, atentos solo á no caerse, sueltas las riendas y agarrados á donde podían. Quitábanse el sombrero, se arrodillaban algunos en la plataforma ó en el pescante y empezaban á rezar á media voz. De los tranvías y coches salían, por los huecos ojos asustados y cabezas pálidas, interrogando ansiosamente lo que sucedía fuera. Otros bajaban la cabeza sobre el pecho y, rezando ó meditando, se resignaban con lo que venir pudiera. Los que permanecían de pie procuraban agarrarse con fuerza.

La gente de á pie no se había movido. Muchos han dado reglas para salvarse en cuanto sea posible de los efectos del temblor, aconsejando que cada cual, en cuanto el hecho empieza, se ponga bajo el qu de una puerta ó se vaya á campo raso, to es, á donde no le puedan alcanzar objetos que se caigan en un hundimi Pues todo el mundo, y más aquí dond temblores son frecuentes, sabe estas

pero son muy pocos los que las obedecen. El pánico impide el movimiento.

La gente no se movió de su sitio. Allí donde la sorpresa y el miedo había invadido á cada cual, allí se quedó, quién parado junto á la fachada, quiénes en grupo, hablando unos con otros, quién en medio del arroyo, cuando trataba de atravesar la calle. . . . En el mismo punto se habían arrodillado casi todas las mujeres, indias de rebozo, como jóvenes de chal, como algunas señoras de sombrero. Casi todas rezaban, unas de un modo inteligible, otras mentalmente. A algunas el pavor les impedía el uso de los labios y hasta del raciocinio, y después de arrodillarse inconscientemente quedaban como clavadas en el suelo. De los hombres, habíalos de todas clases. Los del pueblo, casi todos arrodillados, también oraban, otros permanecían de pie sin sombrero, como queriendo respetar las creencias ajenas, otros más despreocupados, sacaban el reloj para saber el tiempo que duraba el temblor, y había quien pretendiendo echárselas de valiente, sonreía mirando á los demás. Pronto se le convertía la sonrisa en mueca.

Todos estaban pálidos, fuese por el te-
r ó fuese por el mareo. Nadie cuidaba
los demás. El instinto de conservación
imponía sobre todo otro sentimiento.
sta las madres, en los primeros segun-
, se olvidaban de sus hijos.

medio de la calle, con un coche

lado, un tranvía al otro y un ciclista que el temblor hizo caer á tierra y aún no salía del susto, una vieja se persignaba con una rapidez increible muchas veces y agitaba los labios como si estuviese presa de un ataque. Cada vez que una oscilación más grande que las otras se hacía notar se daba fuertes golpes en el pecho y, mirando hacia arriba, gritaba:

—¡Ay, Señor!

Después de lo cual inclinaba el cuerpo hacia el suelo.

Todo aquel bullicio cesó ya al principiar las trepidaciones. Ahora era un rumor suave, apagado, el de los rezos. . . . No se oía otra cosa más en toda la calle.

El instinto de conservación obraba. Uno de los borrachos al sentir la oscilación, recobró instantáneamente el conocimiento, abandonó la discusión con su compañera, que se puso á rezar, y agarrándose á una puerta se quedó callado y pálido como un difunto. Otro, que sin duda había bebido más y estaba dando traspiés, se sorprendió al ver que no sólo él vacilaba, miró la concurrencia, después al cielo, luego al empedrado, con extrañeza, como si pensara para sí:

—¿Estará borracho todo el mundo?

Y se quedó pegado nerviosamente [illegible] pared, con aquel gesto de asombro. A[illegible] nos dependientes de abarrotes, gordos, fletudos, colorados, salieron á la puert[illegible]

la tienda con una expresión de miedo y curiosidad infantil en el semblante.

Desde los primeros momentos se habían apagado los focos de la luz eléctrica. Solo quedaba allá arriba la bóveda azul obscura, llena de estrellas que, como puntas de alfileres luminosos, habían atravesado la cortina obscura.... Sobre ese fondo se destacaban las masas negruzcas de los edificios, balanceándose con un movimiento tranquilo y solemne, como los grandes vapores de carga anclados en el puerto. A veces parecía imposible que edificios tan pesados, tan voluminos, tan macizos, pudieran obedecer á una fuerza que los trataba como el viento de la tarde á las ramas pequeñas de los árboles, y esta consideración aumentaba el miedo. Otras veces creíase que no podrían resistir una desviación tan pronunciada de la vertical y no obstante volvían á su posición y luego se inclinaban más al otro lado. Sobre todo dos torres de una gran iglesia cercana, parecían animadas de un espíritu insólito de locura. Tan pronto se iban á un lado como á otro, en ángulos horribles, que no se pudieran concebir. Se destacaba con mayor claridad el fenómeno mirando hacia el cielo. Al ir y al venir, las to-
s cubrían con su masa un inmenso nú-
o de estrellas. Parecía que se las iban
ando. Y la bóveda indiferente, tranqui-
on los millones de puntitas luminosas,
adeando como si jugasen con la luz al
dite . . . .

*
* *

Cesó el temblor. Al principio, la gente no se atrevía á creerlo. Estaban todos mareados aún, igual que el que pisa tierra firme después de una larga travesía en el mar.

Las conversaciones, los ruidos, las voces, el barullo, el movimiento se restablecieron en seguida con mucha rapidez, con excitación febril. Todo el mundo sentía ansias de moverse, de hablar, de darse por convencido de que había vuelto á la vida nuevamente. Y apenas sucedió esto, invadió la calle una gran alegría, la alegría de vivir, y empezaron á cambiarse las impresiones, á burlarse los valentones de los cobardes, á reirse todo el mundo, á contar cada cual lo que hacía en el momento de iniciarse la catástrofe, y lo que hizo después . . . .

Al poco tiempo, vueltos á la realidad, empezaban á preocuparse de los parientes, de la casa, de sus propiedades, y se formaban grupos para comentar el acontecimiento y se discutía su duración.

Al cuarto de hora, personas, animales y cosas habían recobrado el aspecto primitivo y seguía corriendo la afluencia por la calle.

---

# EL EJERCITO

Principio, señores, por confesar, confesión que tiene mucho de advertencia, que no entiendo una palabra de milicia, ni sé apreciar lo que vale un ejército, que no distingo en cuestiones de táctica, de armamento, etc., y, finalmente, que nunca en mi vida me he ocupado de esas cosas. Así pues, lo que ustedes van á leer, si son tan valientes ó están tan desocupados ó aburridos, no serán, como todo lo que antecede y sigue en esta obra, más que impresiones mías, muy mías, sin pretensión de autoridad ninguna, sin sujetarse á reglas *ad hoc* ni opiniones científicas, que en asuntos como este no me reconozco ni aun el derecho de opinar.

Para el que lleva algunos años en este país, con toda evidencia es el ejército una de las cosas que más le llaman la atención por su progreso, tan grande como rápido. Porque es verdad que aquí el progreso de todas las cosas y en todos los órdenes ha venido á marchas forzadas,que en cincuenta años solamente ha adquirido la nación aspecto y la cultura de muchas europas, que las iguala en varias cosas y las ue en otras muy de cerca, pero en la ha sido el progreso tan notable ni tan ido como en el ejército. No ya de cincuenta años, sino de cinco á esta parte, s-

han podido seguir paso á paso los adelantos y los perfeccionamientos, labor tenaz y constante que, como el crecimiento de algunas plantas trepadoras, no se aprecia en un día y deja asombrado al que lo mire al cabo de un mes.

Y tanto más es de apreciar este adelanto, y con él los esfuerzos realizados para conseguirlo, cuanto que la base es difícil de trabajar. El indio convertido en soldado, requiere doble energía y doble paciencia para domesticarle, valga la palabra, pues que en lo primero que hay que machacar es en imbuirle idea de honor y de dignidad, de ciudadanía de derechos y deberes civiles y políticos que ignora completamente, de las que no tiene la más pequeña idea. Por eso, aunque la disciplina no es de las más severas, el castigo sí lo es, y la sujeción resulta muy grande, tanto que el soldado es á la vez un interno y se le da en el cuartel ó se le permite todo lo que sea necesario, hasta mujeres con tal que no salga de allí.

Pero repito que este adelanto es de lo más notable que se puede estudiar en el país. Hace poco tiempo el soldado apenas era la mitad de disciplinado que el de cualquiera otra parte, apenas si tenía l ciones de su papel y de su misión. Ni armas, ni los trajes, muchas veces, ni movimientos estaban suficientemente glamentados. En las formaciones fumal bebían pulque, se salían de la líne

Hoy en ese punto puede ser presentado este ejército en cualquier parte, si no en Alemania, por ejemplo, que posee la tropa mejor organizada del mundo, sí en cualquier otra potencia de las del consabido «concierto».

Respecto á armas, tiene todas las recientemente inventadas y va al mismo nivel que el ejército de los demás países del mundo.

Lleno como estuvo Méjico de guerras civiles y de guerras con las naciones invasoras, desde su independencia hasta hace muy poco tiempo, sin poder pensar en otra cosa que en defenderse de los extraños y de sí mismos, dadas las amenazas constantes por fuera y el carácter inquieto y revoltoso de su gente por dentro, á la fuerza habían de salir ejércitos enteros improvisados instantáneamente por la necesidad y las circunstancias. Y al improvisarse ejércitos se improvisaron jefes. Por eso ha habido una exuberancia de generales, que poco á poco va desapareciendo, los cuales han cargado la Hacienda considerablemente.

Una vez la paz consolidada y más despreocupados y menos maliciosos los ání-
s, púdose pensar en hacer algo de prove-
, y es mucho lo realizado. En el Colegio
itar de Chapultepec se enseña con un pro-
ma tan extenso y nutritivo como en las
lemias de allende los mares, el cuerpo
ofesores es excelente, no se le puede

pedir más, y el de alumnos lucidísimo y aprovechado. Tiempo hubo en que era mirada aquí la carrera de las armas con cierto menosprecio y cierta prevención por parte de la sociedad; hoy esas familias, por el contrario, tienen á orgullo el ver á un hijo suyo en el Colegio Militar. Y entre otras menos notables, menos conocidas, buena prueba de la bondad de esas enseñanzas, es el coronel Mondragón, inventor de una carabina y de un cañón que, especialmente la primera, es á juicio de autoridades de todos los países, la más perfecta que hasta ahora se conoce y ha sido adoptada ya por este ejército.

El valor del soldado mejicano es valor frío y tenaz. No obra solamente por el primer impulso, sino que al cabo de un día de combate muestra la misma entereza de ánimo que al empezar. Impávido y sereno ataca el mayor peligro, y en él se sostiene cuanto sea necesario sin la menor vacilación. Nunca hará un esfuerzo más de los que precise ni gastará en balde sus energías, pero nunca las economiza. Es calculador y reflexivo instintivamente. Junto á estas ventajas tiene la de la sobriedad y la de la resistencia, que á fe que no son cosas de poca importancia. Conténtase con la al-mentación y con el trato que le dan, s que física ni moralmente le afecten en n da. Recibe el hambre y la fatiga con adn rable estoicismo, y pelea un día entero : comer. Allí donde le ponen, allí se está (

fendiendo el puesto, sin que nada sea suficiente para hacérselo abandonar, y mientras respire, aunque sea con el estertor de la agonía, seguirá en su papel, con la misma calma y hasta con la sonrisa inalterable en los labios.

Quizá lo más curioso de este ejército, fuera del aspecto militar y técnico, son las soldaderas, ó mujeres amantes de los soldados, tipo que no existe en todas partes. En el cuartel nada tiene de particular. Visita al soldado; le cuida, le lleva lo que haga falta y pasa con él la noche, cuando le toca en el cuartel, según los reglamentos.

En simulacros ó formaciones acompaña al batallón lo más cerca posible, para atender á su hombre en los descansos y darle de beber, de fumar, lo que necesite, pues va provista de todo.

Y en la guerra, lo que es más admirable, sigue la misma conducta.

Sin reparar en fatiga, dura lo mismo que el hombre valiente y serena como él, junto á él camina á donde quiera que él vaya, aliviando sus dolores y sus cansancios en la medida de sus fuerzas, dándole de beber ó de comer, llevándole cuantos efectos [illegible] hacen falta, además de aquellos de que [illegible] vee la administración. Al llegar á un [illegible] blo, ella procura adelantarse para hacer [illegible] visión de todo, y, naturalmente, con su [illegible] ado, y con dedicarse especialmente [illegible] consigue muchas más comodidades

para el soldado que la administración militar, con su obligado estilo oficinesco y reglamentario, que convierte las personas en números.

Y, por fin, no le abandona en la batalla. Muy lejos de eso se pone junto á él, expuesta á las mismas balas á que él se expone, le anima y conforta con buenas palabras, le ayuda á pelear, vamos, en lo que puede, y hasta le va poniendo en la mano los cartuchos. . . . Y excusado es decir, que en caso de caer herido tiene en ella la mejor hermana de la caridad. . . .

Nadie piensa en prohibir este acompañamiento de mujeres, antes bien, está todo el mundo convencido de lo beneficiosas que son, de la gran utilidad que reportan, y el jefe que quiere á sus soldados lamentaría su ausencia como la de los soldados mismos; y se les respeta y se les permite con tanto más gusto cuanto que no llevan estipendio alguno ni nada van ganando al exponerse de esa manera, ni las guía más estímulo que el bienestar y las comodidades del hombre á quien ha consagrado su afecto.

---

# EL SOMBRERO

Muchas cosas hay que llaman la atención en el *pelado*, pero ninguna con tanta fuerza como el sombrero. Física y moralmente, es el punto que más sobresale, la nota que más chilla. Lo primero que se ve en él es el sombrero. Y todo esto puede aplicarse igualmente á los charros, más ó menos elegantes, á los rancheros, en fin, á todo el mundo que lo usa, porque por regla general un buen sombrero de estos, construido de manera que se amolde á las más puras reglas del arte, debe ser mucho más alto que la cabeza y el cuello juntos, y de ala tan ancha como la distancia entre los dos hombros, cuando menos. De modo que viene á ser un sombrero auténtico, en toda la extensión de la palabra, puesto que da sombra á todo el cuerpo. Además sirve de paraguas admirablemente y libra de la lluvia casi hasta los pies, tal es su tamaño. La mayoría de las veces no es un hombre con un sombrero lo que semeja, sino un sombrero debajo del cual se hubiera guarecido hombre.

á pesar de su tamaño, que para los no conozcan su utilidad podrá parecer aratado, es uno de los sombreros más os que conozco, y no sólo no sienta ni hace ridículo, sino que da cierto

marcialidad y cierto aspecto marcadamente varonil al hombre que lo lleva.

El sombrero es á la vez prenda de lujo. Hay quien tiene una especie de Banco en él, ó cosa parecido. Además de su tamaño y de su peso, le cargan de oro y plata hasta no poder más en la copa, en los cordones. . . y hay sombrero que llega á valer algunos cientos de pesos, más que muchas joyas que se llevan con cierto orgullo en las manos.

Y, la verdad, á mí no es eso lo que me admira, sino el que lo lleven en la cabeza... Una cosa así debía ser para guardarse en el ropero, y con mucho cuidado, no rompa la tabla. . . . ¿Ustedes saben lo que pesa eso? Pues si se necesitan unos músculos de acero bien templados para que no se doble la cabeza. . . .

Según desciende la clase social del individuo, así desciende el sombrero. . . . Desde el castor camina hasta la paja, más ó menos costosa y de más ó menos trabajo.

Y por último, va á parar al pelado, ya muy desfigurada de su primitiva belleza.

Al ver un montón de pelados que se aprietan unos contra otros desde arriba, desde un balcón, por ejemplo, hace el mismo efecto de un campo sembrado de hongos. . . . .

Pero el sombrero se desnaturaliza ya manos del pelado y adquiere la más abundante colección de formas que se pueda u imaginar, bajando la copa, achicando el

dando á ésta una dirección distinta, etc., etc. Yo creo que sería muy difícil encontrar entre esta gente seis sombreros iguales.

El pelado saldrá de casa sin pantalones, si la policía se lo permite, sin cualquier cosa menos sin el sombrero. La cabeza no se la descubre mas que en misa. Y cuando no tiene sombrero, se lo hace de cualquier cosa, de otro viejo, recortándolo, de un cesto de paja.... La cuestión es llevar sombrero.

Por eso dije antes que el sombrero es la nota más saliente del pelado.

Y no sólo la nota más saliente y distintiva, sino la más perdurable, la que no varía casi nunca.

---

## EL REBOZO

El rebozo tiene la fortuna de que casi siempre favorece á la mujer. Y además es una prenda completamente general, como si dijeramos, de la mujer mejicana, que nace ya sabiéndose instintivamente poner
bozo, como la parisiense el sombrero
madrileña el chal ó el mantón. Desde
bozo que cuesta unos cuantos reales al
0 ó 50 pesos hay toda una escala social,
porción de clases de mujeres que le rin-
ibuto. Y según va ascendiendo en ellas

conviértese, sin dejar de ser el mismo, de objeto útil en las inferiores á objeto de adorno, única misión que cumple en las altas. De abrigo no lo es en ninguna. En muchos casos y para muchas clases resulta prenda de compromiso y prenda encubridora. La *pelada* no podría existir sin el rebozo. Forma parte integrante de su persona y no se lo quita para dormir, lo cual no es extraño, después de todo, porque sospecho que esta apreciable clase social no se quita la ropa nunca, hasta que el tiempo, que nada conserva y todo lo revoluciona, se encarga de desprender los últimos pedazos. El rebozo las sirve para tapar lo que deja descubierto la camisa, esto es, del pecho y la espalda, no porque tenga mucho interés en taparlo, pues que casi siempre lleva eso y más al descubierto, sino por cierta coquetería . . Si se lo quita por la noche le sirve para dar una especie de adorno á la cama, vamos, al petate, ó se lo echa encima para hacer ver que se ha echado algo. Si tiene hijos pequeños, puede decirse que se crían dentro del rebozo, pues envueltos en él los lleva para darles de mamar y cuando esta operación ha tenido término se echa el chico á la espalda, entre ésta y el rebozo, átase éste anudando l puntas por delante y queda la criatura a sujeta y encerrada, asomando la cabeza p arriba como un pajarito en el nido y l los pies por debajo, mientras la madre t ne ambas manos libres para emplearlas

el uso que la convenga. Y así se pasa el mocoso las horas, porque hay que convenir en que estos indios nacen ya con una paciencia extraordinaria, y convierten gustosos el rebozo de la mamá en casa habitación con todas sus dependencias, desde la alcoba hasta alguna otra necesaria para las vida, pero imposible de nombrar aquí por ciertos rasgos de delicadeza.

El rebozo puede salvar muchos compromisos y cubrir muchas cosas. Cubre la falta de traje unas veces, la falta de sombrero otras, y demás faltas que no es necesario nombrar. Moralmente es más encubridor todavía. Una señorita sale á la calle sola, de sombrero, y como aquí no estamos aun lo suficientemente *adelantados* para despreocuparnos de ciertas cosas todo el mundo se echa á preguntarse: ¿á dónde irá esa? suponiendo que no le dé por preguntar ó por afirmar cosas peores. Pero sale de rebozo y ya no se pregunta eso nadie por dos razones; primero, porque un sombrero femenino nos llama extraordinariamente la atención, y segunda, porque la dama de rebozo pertenece ya á otra clase social, un poco menos importante y cuanto más baja la mujer socialmente menos se ocupa uno ella y más natural parece, y casi hasta cesario, que tenga sus trapicheos.

El rebozo sube hasta la cabeza en un ca- apurado y la tapa, y tapa el rostro, si el o es más apurado aún, porque á una ni- ue va con el novio, por ejemplo, no la

conviene de ninguna manera que la vea una amiga puesto que cuanto más amiga sea antes se lo contará á los padres. En los del pueblo, el rebozo no es necesario para disimular el amor . . . Allí el amor se hace sin rebozo de ninguna clase, en plena calle . . . ó donde se tercie. Es esta la única vez, en que á las indias les sale sobrando el rebozo . . . En todas las demás ocasiones el rebozo es una especie de remédialo todo, porque lo mismo sirve de depósito para la cría, que de recipiente para llevar cualquier clase de carga, que de abrigo, dicen los que los que lo llevan, que para cubrir la cabeza en misa, que para ocultar un bulto, natural ó extraño, que de adorno y coquetería, pues un rebozo bien puesto resulta para los pelados un incentivo al amor.

Las niñas que emigran de la capital en la estación caliente buscando el aire puro de los pueblecitos próximos salen ganando indudablemente.

El rebozo las cae mucho mejor, sobre todo cuando se lo ponen cruzado sobre el pecho y con las dos puntas á la espalda.

El rebozo es parecido á la vergüenza. . . Cada cual lo lleva donde quiere. Y se pueden hacer con él veinte mil combinaciones y usarlo de cien modos distintos y p cien casos diferentes. De modo que, á l de ser una prenda típica, casi patriót resulta económica en alto grado. Como también sirve para andar por casa, para lir de tapadillo, para jugar distraídar

con él en caso de que se entable una conversación comprometida ó sobrevenga una declaración de amor, etc., etc. . .

En los indios es al revés. Como las proposiciones amorosas se hacen casi á puñetazo limpio, con lo primero con que él se queda en la mano, durante la contienda, es con el rebozo. Y, claro, ella lo sigue á donde vaya, porque no va á quedarse sin la prenda . . .

Una india irá descalza, desarrapada, en camisa, si ustedes quieren, que no querrán, porque estas indias en camisa están peor que vestidas y cuanto más se desnuden menos apetecen, pero no dejará el rebozo por nada de este mundo . . . A veces se las ve por la calle con pedazos de rebozo, de esos que hay que quitárselos y ponérselos por piezas y en varios tiempos, pero nunca sin él. Ya que moralmente no lo gasten, siquiera llevarlo de género. Siempre viste algo . . .

En las señoras, el rebozo es como la bata, prenda casera, para decir que se quita uno el frío, ó para recibir una visita que no sea de mucha etiqueta.

En fin, que el rebozo constituye casi, casi una parte de la nacionalidad. Si se diera la ley suprimiéndolo no sabrían qué hacer las mujeres.

———

# EL CHAQUÉ

Un autor dramático español, poco conocido aquí y menos apreciado en España, Enrique Gaspar, escribió una obra, una de las mejores que ha hecho, para describir los compromisos y los sinsabores á que da lugar el uso de la levita cuando la posición social que representa no está de acuerdo con la posición económica del individuo. Pues así como se hizo una obra, *La levita,* podría hacerse otra que se titulase *El chaqué*....

Tengo para mí que el chaqué es una de nuestras mayores debilidades.... Ustedes saben muy bien que todo hombre las tiene, hasta los de talento, y éstos en mayor cantidad, y lo mismo que los hombres tienen sus debilidades, tiénenlas también los pueblos.... Pues la de éste es el chaqué.

Desde los largos, largos, cuyos faldones caen con majestad hasta las corvas, muy cerrados, muy serios, muy respetables, hasta el chaquecito muy corto, de pretendiente amoroso de sainete, cuyas puntas se ponen á bailar al menor movimiento d individuo, como si siempre estuvieran buen humor y con gana de broma, de a pecto nada respetable, hay una varied inmensa, abrumadora de chaqués, inc yendo el indispensable «cola de pato» c

viene á ser una transacción pacífica entre los dos, y que en sus tiempos presumió algo de elegante .... Pues todas esas variedades, y otras más inventadas por el capricho de los poseedores, puedes verlas con profusión, lector querido, en las calles de Méjico.

Vuelvo á decir que es esta una de nuestras debilidades, de los habitantes de esta ciudad. En cuanto un mejicano tiene uso de razón, ya está pensando hacerse un chaqué. Van por ahí jóvenes de un tamaño inverosímil, chicos que apenas si levantan dos cuartas del suelo, todos con su chaqué .... Parecen enanos de feria vestidos para la exhibición ....

Desde albañil para arriba ó cosa así, la tendencia general de todo el mundo es á llevar chaqué. Hay individuos que se mueren sin haber sabido lo que es otra prenda. Lo llevan roto, averiado, lleno de manchas .... pero llevan chaqué. A lo mejor el que llevan no es suyo, se hizo para otro, y por compras de segunda mano ó por dádivas vino á parar hasta el que lo posee, á quien la prenda le sobra exageradamente por unos lados y le falta por otros, pero es chaqué. Ustedes dirán lo que se les antoje, o ¿quién le quita á ese individuo la sa-acción inmensa de presentarse en la ca-y en todos lados con chaqué? En fin, las calles andan y ellos son testimonios entes de lo que digo, mendigos que pi-limosna con chaqué .... ¡No me ne-

garán ustedes que en este modo de elegantizar la indigencia se fuma Méjico á todas las capitales de Europa!

A lo mejor entra usted en su casa y le dicen que le espera un señor.... ¿Quién será? Bueno, pues que pase.... Y se presenta ante sus ojos un individuo con chaqué y las botas todas rotas....

—Servidor de usted, dice usted muy fino, y por dentro compadece usted á aquel señorito «venido á menos.»

—Pues, señor, no más se me ofrece que supe que usted estaba necesitando un criado, y aquí estoy yo á ver si le puedo convenir....

¡Viene de chaqué!

Al paso que aquí se va, créanlo ustedes, muy pronto acabaremos porque no exista en Méjico clase media.... Es decir, continuará existiendo, pero no se la verá por la calle. ¡Todos llevan chaqué!

Llegará un extranjero, de esos niños elegantes que suelen venir cargados de pretensiones, á la estación, y verá con orgullo que un individuo que lleva chaqué se le ofrece para llevarle la maleta hasta la fonda ú hotel á donde pára....

—¡Caramba! dirá el joven, qué finos son aquí y cómo han conocido lo que valgo. ¡Hasta los señoritos se disputan el ho de llevar mi equipaje!

Y no, no hay tal, sino que los carg res y los granujillas andarán de cha por la calle. ¡No van á ser menos!

Uno de los caracteres de esta gente y de esta población es el de ser extremosos para todo, que dejarían de pertenecer á la raza del Latio si así no fueran. Y así tienen ustedes en esto de la ropa los dos extremos bien marcados y definidos: ó van enseñando la carne ó van de chaqué. El término medio apenas existe. A las veces, también el de de chaqué suele ir enseñando algo....

Para ver chaqués de formas raras, de colores inesperados, de esos que sorprenden primero, y no se los explica uno después, hay que venir á Méjico. Hay cada chaqué que verdaderamente parte los corazones.

Y es que la gente de abajo, los que han subido ya un poco sobre la categoría de pelados, no comprende la elegancia, la distinción, el vestir correcto, etc., si no es plantándose un chaqué encima. Con eso van por la calle orondos y satisfechos, como si dijeran á la gente que los mira:

—¿Eh, qué tal? verán ustedes que no estoy tan tirado, ni soy un cualquiera. ¡Tengo chaqué!

Y como para adquirirlo no se repara en medios, con tal que sean honrados, resultan por ahí chaqués del tiempo del imperio, chaqués de varias naciones, chaqués de ıpo.... Una variedad infinita. Cualier actor cómico sería feliz teniendo en guardarropa los chaqués que se ven pa- por una calle durante diez minutos.

En todas partes hay el deseo de subir un ·lón social, de elevarse de posición, y

esto se comprende. Pero aquí para muchos individuos la subida consiste solo en el chaqué. Con un chaqué, de cualquier forma y color que tenga, ya están realizados sus sueños de oro....

Y como los niños elegantes y lagartijos también lo usan á todo pasto, porque es una propensión general esta, resulta una lamentable confusión, que daña á los supradichos elegantes.

Es necesario que busquen un remedio, porque les están confundiendo con la plebe, y eso sí es grave....

---

## LOS FRANCESES

Las mismas vacilaciones que hice constar cuando empezaba á hablar de los españoles, respecto de su número, me asaltan ahora que quiero referirme á los franceses. No sé cuantos habrá en ésta capital, lo que sé es que también meten mucho ruido, más que los españoles, aunque con menos importante resultado.

Los españoles meten ruido por su a constante de intervenir en todo, porque ra ellos el campo de acción no tiene li tes, y así acaparan unos negocios, se m clan en otros y sale en todos danzand nombre. Los franceses, que son menos

ten mucho ruido, á pesar de que también abarcan menos negocios. Aquí en la capital están ceñidos á los comercios de telas, géneros, objetos de adorno, etc., al por mayor y menor, de cuyos artículos tienen grandes almacenes, á la fabricación de telas y á las modas, principalmente encomendado este giro á las damas. De las francesas he de hacer capítulo aparte, porque creo que lo merece, tanto por su cantidad como por su calidad y por ésta especialmente.

Pero el francés, aunque esté solo entre cuatro paredes mete ruido y se *hace el artículo* á sí mismo. Si no tiene con quién alabarse se alaba solo y si no tiene con quién hablar, solo habla. Uno de los goces mayores del español es el de hablar mal de su patria y dar de puñetazos al que le hable mal de ella, que hasta en la censura quiere tener la exclusividad. El francés, al contrario, no encuentra nada en su tierra que no sea bueno, más que bueno, indiscutible é inviolable. Y cuando ya no tiene con quién discutir esto, lo discute consigo mismo, dándose el placer de llevarse la contra unos instantes para darse el mayor aún de verse vencido. ¡Oh, la France! ¡Oh, l'armée de la France!

«Nadie las mueva
estar no pueda con Roldán á prueba. .
l francés por donde quiera que va, va
nando la atención hacia él. No puede
ediarlo. Por eso son aquí más queridos
neral los franceses que los españoles,

porque en éste mundo, y yo creo que lo mismo en los otros habitados, si en ellos hay una humanidad intelectualmente dotada como ésta, para que á uno le estimen y le tengan en algo, es preciso hacerse valer. El precio de cada individuo no se lo ponen los otros, se lo pone él á su gusto, si tiene un poco de sentido práctico. Aquí llega un francés, y desde que llega, en lugar de achicarse, se hace valer como dos . . . .

El español y el mejicano no saben ***hacerse el artículo***, como los franceses dicen; éstos se lo hacen maravillosamente. El francés ha nacido para comerciante de mostrador. Todo lo que tiene ó pueda tener lo alaba hasta exagerar, lo ajeno lo desprecia. Una eminencia, un talento, para que el francés los acate y los venere tienen que residir en otro francés.

Aquí en Méjico un español llama la atención en la calle por lo descuidado de su traje, lo brusco de sus maneras y lo humilde y desconfiado de su actitud. Un mejicano por los detalles de atildamiento en el vestir, sin que el conjunto sea atildado, por la finura algo exagerada de sus modales y por la expresión de encogimiento. Un francés por la actitud resuelta y atrevida, por la movilidad de sus facciones y por el gesto del que sabe con satisfacción que atrae las miradas de la concurrencia.

Antes de que los yanquis intervinieran tan directamente en estas costumbres, Méjico, para seguir á casi todas las nacio-

de Europa, adoptaba las modas francesas en todo, y con las modas las extravagancias y los disparates, que en junto suman casi tantos como aquellas. Aún no se han extirpado, si bien llevan el papel más débil en la lucha con los yanquis.

Y debiendo Méjico á España favores y perjuicios y á Francia perjuicios solamente según demuestra la Historia, quiere bien á aquélla y quiere bien á ésta, sin duda por ese carácter francés, revelado en esta colonia francesa, que por todas partes va haciendo propaganda de sí misma.

Un español de éstos por la calle, parece que va diciendo á los demás, según camina con los ojos bajos:

—¡Pchst!. . . . No se molesten ustedes en mirarme, no valgo nada. . . . .
¡Al cabo yo he de hacer lo que quiera sin que lo note nadie!

Un mejicano dice:

—Con el permiso de ustedes, ¿quieren ustedes hacer el favor de darse cuenta de que estoy yo aquí?

Y un francés:

—¡Eh, señores, aquí estoy yo!!

Los franceses se apropian la gloria de cada francés que la tiene y hacen gala de . Cada hijo de esa República, al llegar ais, se trae en el baúl, según sus aficio- un poco de la gloria de Zola, un poco a gloria de Pasteur, un poco de la glo- de Meissonnier, etc. etc., y con eso ya para vivir y buscarse campo.

Los barcelonetas, vasco-franceses, la mayor parte de los que llegan aquí, vienen tan faltos de educación como los aldeanos españoles, y no obstante, no se les nota de igual manera, por tres razones: primera, porque hablan idioma distinto de éste y no se les puede apreciar con la misma exactitud; segunda, porque no se dedican á panaderos, abarroteros, empeñeros, etc., y desde que pisan el país empiezan á tratar con gente más culta, en tiendas de géneros, fábricas y demás, de la que tratan aquéllos, y tercera, porque el francés se paga mucho, muchísimo de las apariencias, y cuida de educarse socialmente antes de cualquier otra cosa, y desde que llega adquiere el deseo de subir á la otra clase.

Por eso cada paso de un francés resulta aquí un acontecimiento. Porque aunque son pocos se mueven mucho y manejan el *auto-bombo* con una destreza maravillosa. ¡Saben vivir!

Y además, un español, á fuerza de permanecer en el país se identifica con él, pierde su carácter y deja de llamar la atención. Se confunde con la generalidad de la gente. Mientras que un francés, al cabo de veinte años de residencia en Méjico es tan francés como cuando llegara, y todo mundo le sigue señalando con el dedo como francés. . . .

———

# LAS FRANCESAS

Quiten ustedes á la famosa Caraman-Chimay sus riquezas y sus aventuras, y siempre, por sus modales, por su manera de ser, por todo, llamará más la atención que la burguesa más honrada y más hermosa que no haga de notable sino cumplir fielmente sus prosaicos deberes de hija, ó de esposa, ó de madre. La humanidad es así, y concede la atención á aquel cuyos hechos salen de lo común, sean los que fueren, sin importarle un ardite el valor moral que tengan.

Viene todo esto á decir lo que sigue: que de Francia llegan mujeres como todas las de aquí y las de todo el mundo civilizado, como todas las españolas que llegan, señoras y señoritas que no tienen nada de particular, hermosas ó feas, abundando más la primera clase, altas ó bajas, flacas ó gordas, en fin, que no llaman la atención por ninguna cosa.

Pero hay otra clase de mujeres, de damas, quiero decir, no vayan á achacarme nciones que estoy muy lejos de llevar, ıpuesta por las que se dedican á hacer ıbreros, vestidos, etc., y á otras profesio- apropiadas á su sexo, ya sea por su nta, ya por cuenta ajena como oficialas ıalquier taller. . . . Y esas son las fran-

cesitas de que yo quiero hablar, esas son las que llaman la atención, esa es la parte femenina con sello propio de la colonia francesa.

Al Norte de los Pirineos, la mujer se cría más despreocupada y valiente para las luchas por la vida que al Sur. Aquí no viene una española á ganarse la subsistencia. Las españolas que tenemos por aquí, viven al amparo del padre, del marido, del jefe, en fin, de la familia.

La española es incapaz de emigrar, sola, sin más amparo y esperanza que ella misma, á lejanos países, á países hasta de lengua extraña, en busca de un porvenir. La francesa recorre si es necesario todas las partes del mundo, y de nada se asusta ni hay situación capaz de debilitar sus resoluciones. De la mejicana es excusado hasta el hablar, porque sea por la educación mística y retraída que se la da ó sea por su natural débil y encogido ó sea por las dos cosas á la vez, es aún más apocada que la española, con lo cual está dicho todo. Por eso, entre el carácter casero y metido en sí de la mujer mejicana, resalta y brilla el modo de ser la mujer francesa.

Declaro que me gustan, no para todos los casos, pero en fin, que me gustan en ge ral estas mujeres que sin más ni más, la audacia de los hombres, llegan al p para ponerse á trabajar en modas ó en que salga. . . . Tienen la buena cualidad, ra vivir en el mundo y vivir bien, de r

muy escrupulosas, de ser sufridas. . . . y de ser bonitas. Y, en fin, de tener recursos para todo.

El colono francés de aquí, es muy trabajador; las francesas sueltas, digámoslo así, que por la ciudad andan, son también muy trabajadoras, y á eso deben parte de la suerte que casi siempre las acompaña. La otra parte la deben á su gran carácter, insinuante, amable hasta no poder más, franco y espontáneo, alegre, siempre alegre, sincero.... hasta donde la sinceridad de una mujer puede llegar, aunque sea francesa, y á su ingenio, á su *esprit*, á su gracia, porque la francesa es lista, y, en fin, al desinterés que acompaña á todos sus actos, real unas veces ó fingido otras, pero tan bien fingido, que cuando no es creído, por lo menos es halagador.

Una mejicana en un mostrador, en un sitio donde tenga que tratar hombres continuamente, á las primeras de cambio se asusta, baja los ojos y enmudece. Una francesa sigue cualquier broma, impávida, serena, soporta y mantiene una conversación escabrosa con desenvoltura, sin llegar al cinismo, ni mucho menos, torea á cuantos hombres se la pongan por delante, y si alguno
ellos se propasa más de lo justo y debi-
con un gesto, con una mirada solamen-
sabe detener al audaz y en seguida sigue
charla con él como si tal cosa. . . .
Las hay que logran aquí buenos casa-
tos. . . .

A los mejicanos, las francesitas esas les gustan extraordinariamente, aunque no sea más que por la variedad, pues ese tipo de mujer esbelta y alta, de movimientos rápidos y algo ratoniles, de impresionabilidad muy pronunciada, de carácter bullanguero (hay que reconocer que los franceses lo hacen casi todo á paso de cancán), alegre y decidor aun en medio de las mayores contrariedades, aquella disposición constante para hablar y para reír, y aquel deseo constante también de agradar siempre, dan una nota muy distinta de la que proporciona la mujer mejicana, más á propósito para las dichas del hogar á puerta cerrada.

Y hay que convenir en que vienen francesitas muy monas, que todas ellas, aunque proceden de una clase social muy humilde, traen la elegancia hasta en los detalles menores, y que animan bastante la población, porque, créanme ustedes, donde hay una francesa todo está animado . . . .

Y aquí lo dejo, por no querer meterme en más profundidades. Yo creo que cada uno es muy dueño de hacer de su capa un sayo, ó lo que quiera, y quien dice de su capa puede decir de cualquier otra cosa que le pertenezca exclusivamente . . . .

Además, yo tengo manga muy ancha
ciertos asuntos, sobre todo, cuando no me
can de cerca, y admito toda clase de
dos de pensar y de hacer y los resp
convencido como estoy de que, aunque
hombre viviese dos ó tres siglos y

pasase discutiendo con los sabios más sabios de la tierra, moriría aun dudando entre las varias opiniones y los varios sistemas de moral y de filosofía que se presentasen á su imaginación, sin haber podido formar un criterio fijo completamente, pues lo último sabido parece lo cierto, y sin saber á qué carta quedarse.

Unicamente comparezco y digo que esas francesas que vienen por aquí á dedicarse á labores de su sexo son muy monas, muy graciosas y muy simpáticas, y que como destacan y llaman la atención entre la gente por muchas cosas, eran dignas de que se las dedicase unos párrafos aparte, y se los dedico.

Y que merecen el respeto y la admiración de todo el mundo, porque saben trabajar y no necesitan de nadie para vivir, lo cual ya quisieran tener muchas mujeres .... y aun algunos hombres.

---

## SI SOMOS POLVO . . .

a Iglesia lo dice y á ella me atengo. Yo esas cuestiones ni quito ni pongo rey, yudo á nadie. Y como además lo dice ciencia, que somos polvo, barro, de la mis

ma materia de que están formados los demás cuerpos, ante dos entidades tan respetables como estas no hay más que humillar la cerviz y creer á pies juntillas.

Somos polvo . . . . y la Iglesia que no se cansa de recordárnoslo, se apresura á insistir esa verdad después de las fiestas carnavalescas en las cuales parece que se peca mucho y desbarra todo bicho viviente hasta las personas más graves y tiesas. . . . como si aquí hubiera Carnaval y nos divertiéramos en él, y tomase parte en la fiesta alguien más que cuatro aburridos, almas sencillas, que se van á hacer payasadas por la calle y cuatro señoritas de esas que no quiero nombrar por razones que con facilidad se comprenden.

En fin, ello es que después del Carnaval la Iglesia se apresura á sacarnos de las garras del demonio, por lo que pueda tronar. . . . y viene el Miércoles de Ceniza, y nos muestra el polvo de que estamos formados y al que iremos á parar . . . . . Esto es verdaderamente tétrico.

Pues todo me parece bien, encuentro muy en su punto el que se quiera apagar á fuerza de ceniza el fuego malévolo de las pasiones. Lo que no puedo explicarme es esa costumbre que aquí tenemos, ó que tienen los señores sacerdotes y hacen ner á los fieles, de marcarlos con la ceniza en la frente y hacer que salgan así por calle.

Las víctimas del Carnaval son las m

res. Llega el susodicho miércoles y tienen que purgar los delitos que no han cometido dejándose marcar en la frente, como si fueran mulas del tranvía. Y ustedes perdonen la comparación y la franqueza, lectoras, pero no puedo perdonar que las marquen á ustedes.

No, y no es que quiera censurar las prácticas católicas, nada de eso. Pero en ninguna parte he visto que las señoras vayan por la calle luciendo la estrellita en la frente, como si fuesen Cenicientas.

Y hay varias formas y tamaños para este *tatuage*: unas en forma de estrella de más ó menos rabos, otras en forma de cruz más ó menos adornada, según la iglesia de donde proceden. Viene á ser como la marca de fábrica. Una señorita ó señora que lleva por la calle esa marca es como si llevase el pasaporte y la cédula de vecindad en la frente. Me dirán que esa estrella en la muchacha representa la patente de limpieza moral, la garantía, digámoslo así, como el símbolo y emblema de que durante el Carnaval no ha habido ningún acontecimiento notable. Pero si bien es verdad que cada uno lleva el honor donde puede, eso de que una persona vaya diciendo á todo el mun-

ciertas interioridades . . . ¡Vamos, que me resulta! Es como el que pregona por alle la bondad de su mercancía.

ay apreciabilísimas ciudadanas de la e del pueblo libre, soberano, etc., que n la estrellita durante cinco ó seis días

en la frente, lo cual denota que el fervor religioso está muchas veces en razón inversa del grado de limpieza corporal. Y acaso sea eso para las jóvenes en estado de merecer un modo de pescar un novio, por las razones que más arriba expuse y por la garantía que presta, pero ciertas cosas creo yo que sólo deben decirse y hacerse en el seno de la familia.

De todos modos, resulta un espectáculo divertido, curioso y original el de ver el Miércoles de Ceniza á todas las mujeres luciendo ese *tatuage* simbólico por la vía pública, como si pertenecieran á alguna sociedad juramentada.

Somos polvo. . . . es lo que quiere decirnos Nuestra Madre la Iglesia con esas manifestaciones y sale uno de allí repitiendo entre dientes sin querer: somos polvo, somos polvo. . . . Y ve á una muchacha bonita, una de esas caras dulces y graciosas al mismo tiempo, con unos ojazos lánguidos y enormes, con la nariz picarescamente remangada para arriba, de esas caritas que se ven en Méjico, marcada con la estrella ó la cruz sobre la frente, y se acuerda en seguida de las advertencias de la Iglesia y dice para sí: esa muchacha es polvo. . . ¡qué lastima!

¡Y qué lástima, añado yo, que la est peen la fisonomía con una mancha de c bón en la parte más noble, más bella d persona, en la frente!

Yo no sé si esa costumbre será imr

ta por los señores sacerdotes ó seguida voluntariamente por las niñas; pero ataca á la estética, y la estética es una señora muy digna de consideración, reconocida por la Iglesia misma, y á la cual se debe rendir todo el culto posible, mientras no sea en detrimento de la religión ó de la moral ó de las buenas costumbres, entre los cuales cráneos, no entra la de la estrella. Además, las buenas prácticas, aunque sean religiosas, no piden la ostentación, antes bien la rechazan para tener más mérito. Y por fin que hace un efecto muy raro el ver esas visiones por la calle.

Si la costumbre es adoptada gustosamente y sin presión alguna por las damas, permítanme que las repita las razones que más arriba expuse, que me parecen de algún peso, y no es porque las diga yo, puesto que yo no las he descubierto, y que á ellas añade una que de seguro ha de tener mucho más peso y mucha más fuerza todavía: ¡se ven muy mal con esos tiznajos, en la frente!

Yo no sé si les harán mella ó no; de lo que estoy seguro es de que no me harán maldito el caso, porque no tengo yo autoridad moral ni material para imponerme sobre nadie.

á última hora, quizás me digan que estoy metiendo en lo que no me inte-; pero, señores, yo hablo como espec-or que sale á la calle en esos días, como todos, á admirar la hermosura de las hechas y tengo mi derecho, cuando las

veo afearse con esas cosas, á llamarme á engaño.

---

## FECUNDIDAD

Si Zola viniese por esta tierra, se quedaría encantado. . . . Porque aquel cuadro casi bíblico con que acaba su obra en el cual Mateo y Mariana ven reunidos alrededor suyo no sé cuántos centenares de hijos, nietos, biznietos, tataranietos, etc., etc., es un juguete, comparado con lo que podría copiar aquí del natural. Yo creo que habrá pocas razas en el mundo tan fecundas como la raza india de Méjico. . . .

El á los catorce y ella á los doce años, término medio, están aptos para procrear. Y eso aquí, en la Capital, á la que yo me estoy únicamente refiriendo, porque en los Estados de Tierra Caliente se pueden adelantar dos años á esta fecha sin temor de equivocarse. Y la fecundidad no se les acaba tan pronto como pudiera creerse, juzgando por lo que madrugan para empe: la. Ve usted indias de éstas por la ca todas arrugadas, viejas inservibles, da de mamar á la cría, y se asombra us primero, de que semejante mujer pueda tener hijos, y después, de que hay

tido un cómplice con heroicidad bastante. . . Bien es verdad que en esta cuestión debemos conceder al indio una buena cualidad, que es como la romana del diablo, entra con todas. El hombre es poco escrupuloso; con que haya medio de cumplir y hasta de excederse en el mandato aquel de Dios cuando echó al hombre y á la mujer sobre la tierra, ya le basta. Los demás escrúpulos son propios de nosotros, gente civilizada que tenemos ya adquirido un refinamiento vicioso, que estamos estragados hasta la médula de los huesos. . . . Yo les transcribiría aquí un refrán gráfico que pinta este estado de cosas, asegurando que para el indio, en plena obscuridad, todo es lo mismo; pero renuncio á hacerlo por cierta delicadeza y cierta timidez que me distinguen en todos los actos de la vida. Ello es que tienen muy buenas tragaderas y esto, naturalmente, contribuye á asegurar la perpetuación de la raza, la perpetración, pudiéramos decir, porque hay quien asegura, y yo no estoy muy lejos de seguirle, que el continuar esta raza es un verdadero delito. . . .

Otra cosa hay que la asegura, pero no sé si me atreveré á decírsela á ustedes. . . . .
a que viene á punto, para ahora y para
que hayan encontrado más atrás y pue-
encontrar más adelante, he de dejar
tada una creencia. Creo que todo aque-
que sea verdad, y además de ser verdad
ve un fin pecaminoso ó se diga pa-

producir escándalo, ni perjudica á tercero, ni daña á las buenas costumbres, y si es que algunos ojos inocentes pueden sacar mal fruto de estas líneas, alterando su verdadero sentido y su verdadero fin, esos ojos tendrán otros que velen por ellos y les impidan tal lectura, y si hay casos en que esto no sucede, mucho lo siento, pero por miedo á los gorriones no se debe dejar de sembrar el trigo. Aparte de que tengo para mí que la malicia más radica en el que lee que en el que escribe, y siendo así nada más pornográfico ni más perjudicial y corruptor de la inocencia que los Libros Santos, y hasta el propio catecismo. Lo mismo que hace tiempo debiera la sociedad haber prohibido la exposición de pinturas al desnudo. . . .

Sigamos con mi tema, que es la fecundidad y las aptitudes de fecundidad del indio. ¿Ustedes han oído hablar del gallo? Pues eso. Y como la institución matrimonial anda muy de capa caída entre ellos, á pesar de lo católicos que son, las uniones no suelen durar mucho. Al cabo de un poco de tiempo de unidos se cansan él de ella, ella de él ó ambos mutuamente y ella se va con uno y él con otra, y este cambio constante redur igualmente en beneficio de la estabilidad la raza. Y á mayor abundamiento, el in no repara mucho en cuestiones de adu rio ni por lo que se refiere á ella ni r chísimo menos por lo que se refiere

Abarca cuanto puede, y ya hemos quedado en que puede mucho.

Por su parte, ella es terreno muy á propósito, y hasta la configuración de su cuerpo parece indicarlo; bajita, pero con anchas caderas y bastante abultado el pecho.

Además de ser terreno á propósito, es terreno bien dispuesto y siempre. La india no es mujer de grandes pasiones, antes al contrario, es bastante fría. Por regla general toma esas cuestiones como quien toma un vaso de agua, con la misma indiferencia. Pero precisamente en esa indiferencia entra el abuso, porque aquello que no apasiona se hace con facilidad.... Si el comer gastase el organismo, acaso nos diéramos los grandes atracones, porque somos así de brutos, pero comeríamos menos veces. Y para las indias, que no se apasionan, que no gastan sus nervios ni sus afecciones en estos asuntos, resulta la cosa más natural del mundo... La india escucha una proposición y por costumbre, por instinto, dice que no en seguida, se la repiten varias veces y dice que no, la suplican y dice que no, quieren llevar la proposición á vías de hecho y dice que no, la llevan y dice que no, y una hora después de pasado el incidente todavía dice que no....

o no me explico cómo, con la alimen-
ón tan exigua que tienen estos pelados,
tan fecundos. Acaso consista en que el
z, base y elemento principalísimo de
contiene grandes elementos nutritivos

y fortificantes, al mismo tiempo que cualidades afrodisiacas.

El caso es que ve usted por la calle una mujer joven aún, aunque muy estropeada porque la frescura en ellas y la belleza es un relámpago, rodeada de chiquillos de todas edades y tamaños, pero con muy poca diferencia entre aquellas, con la indispensablemente necesaria. En pocas capitales creo yo que se vean tantos chiquillos. En cuanto sale uno de las calles céntricas es una verdadera plaga, un motón de pequeñuelos sucios, harapientos, medio-desnudos.... Aquí debió estar Becquer cuando hablaba del fecundo lecho de la miseria.

Finalmente, y para que todo venga en apoyo de mis aserciones, aquí es muy raro, rarísimo el infanticidio, tan raro que no pueden tomarse en cuenta los casos que de él se dan alguna vez que otra, muy raro también el aborto provocado, y completamente desconocidos esos medios preventivos que usa casi todo París....

¡Algo habíamos de ir ganando con no tener una civilización tan refinada!

---

# POR LA CALLE

Al irse desenvolviendo esta ciudad en sentido progresivo, tomó mucha parte, casi toda, del aspecto europeo. . . . pero todo se acaba en este mundo; el estilo europeo tiene que acabar muy pronto, arrojado por el yanqui, que es ahora el que está en alza. . . .

Como es natural, la influencia española está aún predominante, y tendrá que serlo aún bastante tiempo. No es fácil quitar de golpe y porrazo las costumbres y el modo de ser de un pueblo, si con ellos dió sus primeros pasos en la civilización.

Y dónde más se refleja esta influencia es en el orden arquitectónico de la población, cuyas calles guardan, todas las que no son de moderno nacimiento, algún edificio de la época colonial, más ó menos desfigurado por el tiempo y por las composturas y añadidos que ideara el capricho de sus poseedores. Esto sin contar con los edificios públicos, de los que casi todos son construidos en aquella época. Y aparte de esos, los e, hechos entonces para que sirviesen de nventos, se han aprovechado después pa- oficinas del Gobierno y para las necesi- les fiscales. Quedan también muchas ntes, canales y puentecillos de los que an las calles, como testimonio de aque-

lla dominación y para dar un poco de carácter español antiguo.

Mas, fuera de tales remembranzas y del idioma, que á la fuerza tiene que ser un lazo fortísimo de unión entre las costumbres de aquí y las de allá, en lo social y en lo artístico, obedecemos y vivimos de las corrientes francesas, que por regla general suelen venir algo atrasadas y cuando ya han dado de sí todo lo que podían dar en el país de su origen.

Pero últimamente los que se imponen, los que llevan la de ganar en este negocio, son los yanquis. . . . Ellos han sembrado su influencia desde el aspecto social en Méjico, hasta el punto de que los jóvenes lagartijos empiezan á dejarse el pelo á estilo yanqui, á afeitarse á estilo yanqui, y otras monadas por el estilo. . . . Y ya la moda consiste en tomar bebidas yanquis en las cantinas, en comer platos yanquis en las fondas, en fin, en *yanquizarnos*, valga la palabra, todo lo posible. . . . Y desde el aspecto comercial é industrial, la influencia más decisiva es la norteamericana, eso que ni decir tiene.

Supongámonos entrando en Méjico por la estación del ferrocarril Nacional, para salir en seguida á la Reforma, uno de paseos más bonitos acaso del mundo, lo largo, lo amplio y lo derecho. Y se más hermoso aún si no le afearan dos sas: las zanjas de agua sucia que corre sus dos lados y las estatuitas esas col

das de trecho en trecho, que por su ridículo tamaño y por sus pedestales más ridículos aún, están dándose de puñetazos con la grandeza del paseo y haciendo un papel muy triste, y pidiendo á gritos que se las lleven á algún parquecito inglés ó á algún jardín de casa particular, donde caerían muy bien para adornar una calle enarenada.

Ese es el paseo de los elegantes modernos, donde vanse construyendo los hotelitos particulares. . . . Y á fe que no merecen muchas felicitaciones sus dueños, ni los ingenieros que levantaron los planos de dichos hoteles. Quitando alguna que otra excepción, hay en ellos muy poco gusto, y en general, una ausencia completa de todo plan ó estilo arquitectónico. En los de construcción más moderna domina el gusto americano, el gusto yanqui, que es la peor desgracia, porque resulta como si dijéramos que en ellos no hay gusto de ninguna clase.

En días de trabajo, cuando las tiendas y todos los comercios están abiertos, es cuando se puede ver con toda claridad el influjo que los yanquis han conquistado aquí y el que conquistan, porque son incansables ı poniendo la puntería á una cosa ya a quitan ojo, y es cuando se puede esar esa mezcla extraña de aspecto que da esta población, aspecto castellano una parte, andaluz por otra, pues si las ıas y varios edificios públicos corres-

ponden al primero, la disposición de las casas antiguas, con gran patio en medio, lleno de flores y azotea con barandal, se refiere al segundo; el estilo español, en fin, pero español antiguo, mezclado con el sello yanqui, incoloro, feo, pero práctico para las necesidades de la vida.

Toda la fila de calles, desde la Reforma hasta la Plaza de Armas, lo más animado, lo más limpio, lo más elegante de la ciudad, está llena de comercios yanquis. Entre los letreros, abundan mucho más los escritos en inglés que los que lucen la construcción del idioma cervantino. Vense los pisos bajos dedicados á librerías, agencias de periódicos americanos, objetos de arte, curiosidades, zapaterías, géneros, sombreros, cantinas, peluquerías, etc. En los entresuelos, compañías de minas, de seguros, de banca, representantes de maquinaria, ingenieros, electricistas, casas de comisiones y representaciones de varios artículos en general. Parte en esas calles y parte en las adyacentes, se ostentan las oficinas de ferrocarriles y de express, todo yanqui. A consecuencia de esto y de ser esas calles las de más tránsito por su situación, por haberlas preferido la sociedad elegante para el paseo y por estar en ellas los mercios de lujo, se ven generalmente ll de yanquis de ambos sexos, que hablan to y en su idioma, empujan á todo el n do sin reparo, para pasar; pisan al qu pone por delante; llaman ellas la aten

por sus trajes y su tocado, y andan, en fin, por la ciudad, como por tierra conquistada. A ciertas horas del día en esas calles se oye hablar más inglés que español; únase esto á los letreros en inglés que se ven cubriendo las fachadas, porque estan llenas de ellos esas calles, y llega uno á formarse la ilusión de que pasea, no por la ciudad de Méjico, la antigua capital de la Nueva España, sino por el barrio más concurrido de alguna ciudad yanqui de segundo orden. "Lo cual," que lo mira uno con cierta extrañeza, reflexiona sobre ello y dice para sus adentros: ¿á dónde va á parar esta gente?

Y al salir uno de sus meditaciones ve, en medio del bullicio aquel de gente que va á sus negocios y de gente que pasea, en medio de los coches particulares que atraviesan el arroyo, en medio del lujo, de lo elegante, de los trajes de seda de las damas, de los grupos de niños gomosos, en medio de los escaparates llenos de joyas, de telas, de objetos ricos y brillantes, á la clarísima luz que arrojan, mezclándose, los focos voltaicos de la calle y los focos incandescentes de los comercios, en medio de la calle, en fin, pasar por entre la muche-
nbre una pareja de indios, macho y
ıbra, porque cuesta trabajo decir varón
ıujer, con el pelo poco menos largo él
ella: él cubierto y ella la cabeza al
, toda desgreñada y con los mechones
ndole sobre la frente y á los lados, el

cutis cobrizo, negro, chorreando miseria y suciedad; de baja estatura, vestidos, desnudos más bien, con un pedazo de tela muy gruesa atrás y otro delante, al aire la pierna y el pie y el pecho y los brazos ella, rodeados de cuatro ó cinco chiquillos de ambos sexos, en igual guisa, de los cuales los mayores llevan á los pequeñitos á la espalda, cargados los padres con "huacales" ó cestos de huevos ó de carbón y hablando á gritos su dialecto, de un tono servil y dulce. . . .

---

## ¡OH, LA PRENSA!

Según dicen los que entienden de esas cosas, la prensa es un *sacerdocio*. . . . y si vieran ustedes cómo andamos por aquí de sacerdotes. Otros afirman que es el cuarto poder. . . . . y yo lo que veo es que aquí no puede nada.

Ustedes tienen la idea esa común y anticuada del periodista, un hombre dedicado al público, llena la cabeza de ideas bles, de principios de moralidad, de pi cipios de sociología, de principios de i titud, de principios de economía . . . . lítica, porque la doméstica se la hacen ner las circunstancias, en fin, lleno de

barbaridad de principios. Yo no sé si los tenía en sus mocedades, cuando era alma sencilla y se quejaba de las miserias mundanales, pero crean ustedes que no pasó de los principios, y que los abandonó en seguida para emprender el fin. Y el fin es coger la pluma para enhebrar un artículo con un hilo cualquiera, y salga lo que salga.

Antes de que me salgan también ustedes al paso, diré que aquí, como en todas partes, tenemos verdaderos talentos, hombres de estudio, de inspiración, de ciencia, de nervio, de sentido común, de ideas elevadas; pero ¡ay! esos no escriben. Porque una de dos, ó permanecen independientes de criterio, que son pocos, y entonces de ninguna manera y por ningún concepto les conviene escribir, ó se arriman al sol que más calienta (éstos son los más) y tiran la pluma en un rincón á cambio de un destino, y si acaso la toman alguna vez es para escribir lo que no sienten, lo que les mandan y así sale ello.. . .

De modo que los que dirigen la opinión pública, los que ilustran las masas, los que ejercen ese sagrado sacerdocio, son mu- s veces unos chicos que no ven más de sus narices. . . . ¡Pero si hay algu- que se visten de sacerdotes de eso y nas si llevan camisa limpia! . . . . ¿Qué erdocio y qué ilustración quieren uste- que sea, ni cómo, con la camisa suci

y sin ortografía, se va uno á poner á dirigir á las masas?

El «proceso» del periodista suele ser como sigue: el chico, apenas ha cursado la primera enseñanza, siente un fuego interno en su ser que le lleva á pasos agigantados hacia el monte Helicón. . . . El chico no va, por de pronto, y el monte le sigue llamando, y el chico, al fin, empieza á responder. Pero no se va al monte, que es donde sus aptitudes tendrían una completa aplicación, sino que se queda en su casa. Tampoco sigue los estudios, porque para llegar á donde él se ha propuesto, los estudios son un estorbo. ¡No podría ser periodista!

Para empezar, el chico le hace unos versos á la luna, otros á algún héroe de la inpendencia y otros, por último, á su novia. Los lleva á un periódico, donde algún redactor ó algún cajista son amigos suyos, y allí, á fuerza de súplicas, les corrigen las faltas de ortografía; el redactor que sabe de eso, les quitan y ponen sílabas á los versos que las tengan de más ó de menos, y van por fin á las cajas. Ya entró el muchacho en el gremio, ya es *sacerdote*. Entonces se dedica á componer versos á todos los objetos animados ó inanimados que encuentra por delante, pero como eso produce las emociones de antes, y como menos produce dinero y el muchacho necesita, tras de andar rondando muchas redacciones, queda admitido en un

dico de poca monta, donde tiene la obliga ción de hacer todo lo que haga falta, desde los artículos de fondo hasta las noticias de policía, y unos versitos para la plana literaria semanal.

Ahí comienza el muchacho, que ya á fuerza de escribir casi ha aprendido ortografía, á sentirse verdadero sacerdote, á hablar de «nuestro deber de periodistas honrados» y á creer en la «noble misión del periodismo» y á contemplarse como el auténtico regenerador de la sociedad. Casi le dan ganas de anunciarlo por ahí como quien anuncia un específico, diciendo: señores, yo soy el único, el verdadero, yo me traigo los medios para salvar la sociedad; ¡eviten las falsificaciones! Y empieza á soltar artículos hablando del cráter social, diciendo que esto se ha perdido, que estamos sobre un volcán, que caminamos á pasos agigantados. . . . .»

Poco á poco, al muchacho se le van quitando esas manías regeneradoras, lo mismo que se le va debilitando el numen poético, porque pasan las ilusiones y el dinero no viene. Entonces decide lanzarse al periodísmo moderno, á ese periodismo asqueroso, según él, que no admite romanticis-
s, ni idealismos, ni lirismos, en fin, que
es lo mismo. Y se cuela en otro perió-
o de más circulación; debido á su «ya
a práctica del periodismo,» se le admi-
n seguida. Y allí empieza á hablar de
clase de asuntos económicos, sociales

políticos, agrícolas, literarios. . . . . lo que haga falta, todo por treinta pesos al mes.

Y ahí tienen ustedes un periodista, un sacerdote, un salvador de la patria, un hombre, en fin, que pulsa la pública opinión. Váyanse figurando las notas que se podrán arrancar á la opinión pública con semejantes pulsaciones. . . . ¡Ayes de dolor es lo único que se le arranca!

Bueno, pues no son estas sólo las lindezas que tenemos por acá. Verdad es que en la prensa del Gobierno, la única que sale de esta regla un poco, porque es la única que paga medio bien algunas veces, y cuando menos ofrece garantías de pago, se suelen encontrar algunas excepciones, pocas, no crean ustedes, pero una golondrina no hace verano. . . .

Ahora vean ustedes la unión, el compañerismo, la solidaridad de esta prensa. No se pueden ver unos á otros. En cuanto alguno de ellos cae en la cárcel por delitos de imprenta, sus compañeros son los que antes se alegran. En casi todas las partes del mundo, si á un periódico le sucede un percance de esos, los demás chillan y protestan, le ayudan, se reunen, buscan los medios de sacarle de esa situación, alborotan al pueblo que les lee, arman atmósfe y hacen un escándalo. . . . Aquí lo más q el periodista preso puede pedir á sus con pañeros, es que se callen, que no digan n da, porque si se echan á hablar del asu to, algunas veces ha sido para echar m

leña al fuego, para pedir que se castigue con todo el rigor de la justicia al delincuente, para insultarle y afear su conducta, si el preso es de contrarias ideas y su periódico de programa distinto. . . .

Pues ¿y las discusiones entre dos periodistas, entre dos periódicos que piensan ó les conviene pensar de diferente manera? Hombre, si eso es de lo más curioso que hay. . . . .

«El Defensor de la Humanidad,» por ejemplo, publica un artículo diciendo que el funcionario de tal parte es un modelo de gobernantes, una especie de premio gordo que les ha caído á los gobernados. . . .

«El Chismoso,» que es periódico de oposición, amigo y salvador del pueblo, según él, coge ese artículo y va y le contesta diciendo que todo eso es mentira, que el tal funcionario es peor que la bubónica, por esto, y por esto, y por esto.

«El Defensor de la Humanidad,» así, con mayúsculas, contesta en un artículo que empieza así:

«Hemos visto en «El Chismoso,» libelo indecente que ve la luz pública en esta capital, por desgracia, un artículo en que se pretende destruir las indiscutibles razones
dábamos en el nuestro. Parece menti-
que una persona como el director de ese
iódico, que tiene las narices torcidas y
más cojea un poco del derecho, se atre-
atacar con tan inaudito cinismo al dig-
ncionario Sr. X., al que dicho director

le debe diez pesos y una comida con que le obsequió un día de fiesta. No nos han de hacer mella los argumentos de ese periódico, porque sabemos que su director es muy bruto y sólo quiere hacer *chantage*. Seguiremos nuestro camino de periodistas honrados y no descenderemos nunca al camino de los insultos, propio de periódicos como ese, cuyo director fué carpintero en sus mocedades y da á sus redactores un sueldo máximo de quince pesos al mes y todavía no les ha pagado la quincena pasada.

«El público sensato sabrá dar razón á quien la tenga.»

Por su parte «El Chismoso» contesta lo siguiente:

«Por un momento nos permitirán los lectores que dejemos nuestra gracia habitual y no les hagamos reir como de costumbre. Tenemos que decir al señor director de «El Defensor de lo Humanidad,» libelo que ya conoce todo el mundo, por su falta de vergüenza, que si nuestro director tiene un defecto en el pie derecho, en cambio al suyo le engaña su señora. Nosotros no cejaremos jamás en nuestra sagrada obligación de defender al pueblo contra los atropellos de sus gobernantes, y lo que es[illegible] bimos con la pluma lo sostenemos de to[illegible] maneras. El director de ese periodicuc[illegible] que apenas tira mil ejemplares, es pag[illegible] por el Gobierno, y además tiene relacio[illegible] con la querida del funcionario X, por [illegible]

razón no puede escribir con la debida libertad ni con la debida decencia. «Suplicamos á ese señor que antes de escribir y de ser tan animal, se acuerde de la entrada que tuvo en la cárcel un día por borracho y use lentes de color para que no se le vea el estrabismo, porque le cae muy mal. Por lo demás, nosotros tenemos la conciencia tranquila y no hemos de ponernos al mismo nivel que ese periódico, cuya conducta necia y cuya falta de sentido común conocen ya nuestros lectores.»

Ustedes podrán figurarse todo lo que la nación va ganando con estas polémicas, que no acaban en nada trágico, como pudiera suponerse, sino que, después de durar varios días, cuando ya se han sacado á colación los defectos físicos, la vida privada y los disgustos en el seno de la familia, se encuentran una vez los dos directores y se juran que no han querido ofenderse uno al otro y entran en una cantina á tomar la copa juntos.

Bromas aparte, quitando las exageraciones de mi fantasía, es lo cierto que aquí las discusiones de los periódicos acaban todas sacándose á la cara los defectos personales ambos escritores, como si no se pu-
a defender una buena causa teniendo,
ejemplo, un lobanillo en un ojo. . . .
nan ustedes á esto, y á que se mete á
odista cualquier cajista algo ilustrado y
eguida forma cátedra, unan ustedes á
ro, el que ninguno ayuda al otro, el

que está cada cual esperando la ocasión de fastidiar al contrario, el que no se reunen, el que no estudian, el que no se ilustran, el que no forman una entidad moral, y díganme ustedes cómo la prensa va á ser temida por nadie, ni cómo va á ser respetada, ni cómo la van á colocar en el digno puesto que le corresponde.

Muy al contrario, el periodista aquí,si no es más que periodista, no va á ninguna parte, ni tiene puesto en la buena sociedad, ni se trata con las personas del Gobierno, ni recibe impresiones más que en la calle ó en la cantina, ni viste muchas veces con corrección, ni tiene ropa negra.

Un periodista es un ser aparte en la sociedad, un bicho raro, al que se mira con curiosidad y con miedo, no vaya á dar un sablazo, del cual sólo se acuerda uno cuando necesita «poner un párrafo» y entonces va á verle y antes de hacer la súplica le enseña un billete de cinco pesos, al cual sólo se invita á comer en una casa cuando se pretende que al otro día hable el periódico de la fiesta «á la que fuimos galantemente invitados» y les ponga, vengan ó no á pelo, un adjetivo á la señora de la casa, otro al señor y otro á los chiquitines . . .

En fin, señores, que aquí hay periódicc pero no hay prensa.

Y yo he visto más de una vez lo que ninguna parte se ve. Enzarzarse dos per dicos en una discusión, descender, con siempre al terreno personal, insultarse

directores ó redactores de lo lindo y después ir el de uno ante un juzgado, acusar al otro por difamación é injurias, meterle en la cárcel y seguir el proceso.

Creo que después de esto ya no me pedirán ustedes más detalles. . . .

Por supuesto, que tenemos talentos suficientes, plumas de verdadero mérito, escritores que podrían hacer una prensa digna, pero. . . . . esos son los que no escriben. Se dedican á otros asuntos de más utilidad y provecho.

---

# LA VIDA POR NADA

Los filósofos cristianos están á cada momento inculcándonos el desprecio hacia esta vida miserable, llena de flaquezas, de ilusiones no realizadas, de desengaños, etc. Los poetas melancólicos nos dicen á cada momento que quieren morir, que ya no pueden llevar el alma á cuestas. Pero unos y otros defienden el pellejo hasta lo inverosímil, y cuando se trata de defender esta ·a tan amarga y tan despreciable, el ins-.o de conservación les dicta sacrificios y oicidades hasta lo increíble.

ues los pelados, sin predicarla ni com-iderla, practican admirablemente esta ferencia para la vida. El instinto de con-

servación lo deben tener bastante amenguado, y el espíritu de las leyes humanas y divinas no ha entrado en ellos ni un ápice. Con la misma naturalidad matan que mueren, considerándolo como la cosa más sencilla del mundo, como si vivieran en un país donde no existen códigos ni penas para el que priva á otro de la vida. La cárcel no les asusta en lo más mínimo, porque, gente de tan exiguas necesidades, de ninguna ambición y de una total carencia de ideales, y casi, casi de ideas, en la prisión están como en cualquier otro lado, mientras tengan la comida asegurada, y allí donde les colocan y les dan de comer, allí se quedan, sin meterse en más averiguaciones.

Tampoco sienten inquietárseles lo más mínimo su conciencia. No saben lo que son remordimientos, no tienen sentido moral ninguno, ni saben lo que es el mal ni lo que es el bien. Si el cura les riñe ó les afea una acción, se quedan tristes porque desagradaron al cura y temerosos porque puede caer sobre ellos la cólera de Dios; si las leyes les castigan, no comprenden la razón del castigo, ni se paran á pensarla. No ven sino que unos señores que pueden más que ellos y que les quieren mal les mandan á la cárcel por tanto tiempo, y lo ven como una cosa fatal, irremediable. Piensan que aquel negocio les salió mal, y no se detienen á pensar otra cosa.

Se matan porque sí, por la cosa más

til y de menos importancia. Porque uno se empeñó en que otro le pagase una medida de pulque y el otro se negó al convite, porque empezaron á discutir amigablemente sobre cualquier punto y no se pusieron de acuerdo, aunque el asunto no les importaba un pimiento, y de la discusión pasaron á la riña, porque uno negó cualquier cualidad buena al otro, porque simplemente tenían gana de pelea, porque, en fin, se conocieron dos individuos y se parecieron antipáticos al conocerse....

Un pelado sale de una pulquería, va por una calle, está en un sitio público cualquiera, y se le antoja decir que él es «muy hombre;» otro pelado que hay allí lo escucha y le fastidia que aquél «se las eche de lado» y le contradice porque sí. Empiezan los insultos y termina la cuestión á cuchilladas. Es la primera vez que se han visto, no tenían ningún motivo de resentimiento el uno para el otro, y no obstante han reñido hasta quedar tendidos en el suelo..... la fórmula de «yo soy muy hombre» es la que más víctimas ocasiona. Nunca falta quien le conteste al que la dijo:

—Usted es..... tal.

Y ya se armó. Ya tienen los periódicos otro día una muerte más entre sus noti-
s.

Pues todavía el homicidio suele tener
nos pretexto y más pequeña justificación.
pelado, con alcohol demás en el cuerpo,
su sano juicio, sale un día de cualquier

parte dispuesto á matar á un hombre y provoca al primero que encuentre. Otras veces no media la provocación. Encuentra á uno, le pregunta quién es, y antes de recibir contestación, le hunde el cuchillo. Lo ha hecho porque sí, porque ya anunció que iba á matar á un hombre, porque le dió la gana. . . .A las veces, sobre todo, cuando hay alcohol de por medio, una simple mirada, un gesto, una contestación cualquiera, causan la muerte de un individuo. El pulque los embrutece, los embota, cuando riñen movidos por él, riñen por estupidez nada más. El aguardiente encima del pulque les excita, les vuelve fieras sangrientas. Los homicidios sin riña obedecen casi siempre á una borrachera ó á un estado de alcoholismo constante. Son los menos frecuentes, sin que dejen de suceder con frecuencia. Pero las riñas con final de cuchilladas suceden á todas horas. . .

Cualquiera creería que esto es producto de un temperamento excitable, nervioso, una sangre caliente . . . . Y no hay eso. Nada más frío, más imperturbable que el indio éste.

Nunca lucha con otro por una pasión impetuosa, no las conoce. Y sin ser calculador, porque no calcula para nada, es frí inconmovible, tiene algo del fatalismo árab

Prueba de ello: las riñas en estado no mal de dos pelados, esas riñas que apar cen á lo mejor por unos pretextos ridícul nunca son rápidas; antes al contrario

dan una hora insultándose, descansan, vuelven sobre el mismo tema, hasta que al fin la emprenden ya formalmente.

Comienza la cuestión por cualquier cosa, como ya hemos dicho, y á las primeras de cambio sale á relucir la familia, la inevitable familia, de la que el miembro principal es la madre. Están hablándose de las mamás respectivas cerca de una hora, sin alterar la voz, ni el semblante, ni nada, como si estuviesen bromeando; el que les vea y no les conozca, creerá que se trata de una chanza sin consecuencias.

Suelen dejar la cuestión en ese punto y hora, y entonces parece que ya acabó todo, pero después, con el menor pretexto, ó sin pretexto alguno vuelven con más ganas, y al cabo de un poco de tiempo de dimes y diretes y de insultos mutuos, llega la hora de sacar á relucir los cuchillos. Se lo ponen en la derecha, mientras defienden el cuerpo y paran los golpes con la manta ó el sombrero colocado en la izquierda.... y del resultado final toma nota la policía.

Pero todo esto lo hacen sin una voz más alta que otra, sin alterarse para nada, con la misma sonrisa que acompañó á las primeras palabras de la reyerta estereotipada en los labios, sin moverse apenas más que preciso, sin exhalar una queja, como si gasen.... Puede usted estar viéndoles de lejos sin adivinar que va la cosa de as.... Y mueren y matan como la cosa natural del mundo, sin sentirlo, sin

quejarse, porque son «muy hombres,» con una resistencia y una pasividad que asombran. . . .

No hay en el indio más pasión con carácter dinámico que la venganza. El que se la hizo una vez, se la paga aunque sea á la vuelta de muchos años; él no olvida nunca. Pelean dos peladitos, se hieren, procuran y consiguen ocultar el hecho á la policía, se curan clandestinamente, se vuelven á encontrar en la calle, se enzarzan otra vez, se vuelven á herir, y así sucesivamente, como los gallos finos de pelea. Conoce la justicia del asunto. . . . . El herido nunca declarará quién lo hirió. Quiere tomarse la venganza por su mano, y mientras se vea con un hálito de vida, no dará la menor luz sobre el asunto. Se sobresee el proceso por no encontrar delincuente, porque él herido á todo contesta «quién sabe»; se cura éste, sale del hospital, y el mismo día, ó á más tardar al otro, mata ó hiere al que le hirió. El cual tampoco confiesa una palabra ante la justicia, sino que espera pacientemente á quedar sano y entonces se repite la misma escena, hasta que uno de los dos combatientes queda muerto. Individuos hay y en abundancia, que salen de la cárcel después de haber pasado ocho ó diez años — ella y el mismo día de su salida mata otro, por resentimientos anteriores á su c trada, guardados cuidadosamente dura todo ese tiempo.

Entrará nuevamente en la cárcel, ac

por lo que le quede de vida, pero ¿qué le importa? Lo mismo está en la cárcel que en cualquier otro lado. Con esa indiferencia, con esa pasividad, con ese supremo desdén, con ese no importarles nada, ni la vida. ¿Qué efecto pueden surtir las leyes ni qué van á atemorizarles los castigos? . . . .

---

## LA CRIMINALIDAD

Creo que sea esta una de las más poderosas fuentes de investigación para conocer el carácter de un pueblo, sus condiciones de adelanto, su parte psicológica. En cuanto se mida su cantidad consultando la estadística tendremos la moralidad de ese pueblo, de esa raza y no es en esos campos en los que pretendo yo espigar ahora. En cuanto se estudie su calidad, daranos la medida de su civilización y de la amplitud de sus ideales, así como el temperamento reinante en sus individuos. Juzgo yo que estudiando, no el número, sino la clase de ıeñes que comete un pueblo, es como ı á formarse idea de su adelanto inte- ıal al mismo tiempo que de su idiosin- ıa y de su carácter orgánico, en general. donde la civilización es más refinada, ' ' vida intelectual es más sobresa-

liente, donde se cultiva el espíritu más y mejor, son los vicios más refinados, y por ende más refinados los delitos. Por el contrario, pueblos que no adelantan, que no crean, que no piensan, que no desempeñan papel importante, tienen una estadística de delitos comunes, vulgares, primitivos. . . .

Precisamente es esto lo que pasa con los *pelados* de esta capital. La estadística de sus delitos no deja de acusar una cifra bastante larga, pero que descorazona al artista, al sociólogo, al psicólogo, por su aridez, por su poca variedad, por lo vulgar y corriente de sus sumandos.

Esos crímenes pasionales, emocionales, y demás neologismos bárbaros que se han inventado para designar los delitos que obedecen á una fuerte excitación de la voluntad sobre el espíritu, á la presión de un afecto sobre todos los demás, esos no existen entre esa gente. El homicidio entre ellos es cortado por el patrón de todos los homicidios, el que se registra hoy es igual en sus detalles y en sus causas al que se registró ayer y al que mañana habrá de registrarse, homicidio en riña, «homicidio á la mala», por detrás y á traición, y homicidio á traición y en riña. . . . . No hay más. El literato que busque en los crímene e esta gente motivos para la novela ó el - tro está divertido. Jamás encontrar n ellos más materia que la suficiente par - le extensión de veinte líneas á cua r. párrafo de un periódico. El abogado -

dico, el filósofo que quieran encontrar en esta delincuencia casos nuevos y curiosos, problemas legales y psíquicos, fatalismos y predisposiciones orgánicos especiales, pliegues aun ignorados del alma, aspectos morales distintivos de una raza, se tendrá que volver cabizbajo y triste por donde vino, con la conciencia de que aquí no descubre nada ni estudia nada.

El homicidio de los *pelados* no tiene una nota saliente, un rasgo digno de tomarse en cuenta, un sello determinante y diferencial; es un homicidio salvaje, primitivo, cándido, *natural*, si así pudiéramos llamarlo, puesto que se parece mucho á esas tragedias que en plena naturaleza, en medio del bosque, suceden entre los animales para cumplir las leyes de supervivencia del más fuerte, las leyes de selección con las cuales se asegura la existencia de las razas. Y se parece á ellas en lo irreflexivo é inconsciente, en que no hay nunca casi causa moral que lo determine, sino excitación orgánica, en que no deja rastro alguno de inquietud en la conciencia del que lo ha cometido, sino antes, al contrario, una indiferencia completa, una falta total de arrepentimiento y una disposición á repetirlo cuanto la ocasión se tercie, tan espontáneas y sencillas, con tanta tranquilidad y alqueza manifestadas, que hacen pensar en *pelado*, viviendo en medio de la civilización, no sacará de ella el mismo fruto

que un mono domesticado á quien se le diera por habitación la biblioteca de un sabio.

Dáse también el homicidio por celos, pero el que bien lo estudie pronto caerá en la cuenta de que no obedece á ese amor propio lastimado que conduce á tal crimen en los hombres civilizados. El indio éste admite muchas, muchisímas veces, colaboración en su matrimonio sin quejarse de ello; lo que no admite es que el colaborador quiera quedarse con el carácter de exclusivo, y por eso hiere y mata. Esto es, que riñe y ofende como los animales, cuando otro macho le impide satisfacer en determinada hembra la realización de las leyes naturales dictadas por el *genio de la especie*, según Schopenhauer, cuyo genio le da en forma de preferencia por ella, los medios para procrear un ser cual conviene á la perpetuación de la raza. Pelea en fin, por poseer una hembra, pero no por poseerla exclusivamente. Sus uniones son temporales casi siempre, sin que se le ocurra volver los ojos al pasado de ella ni cuidar del porvenir. De este modo mirado el amor nunca puede haber celos tal como los entendemos nosotros, y si el pelado mata es por defensa de la propiedad. Tampoco es pues, aquí el homicidio por celos un men *pasional*.

Por eso la literatura mejicana nunca mariposeado alrededor de este tipo. No ne salientes ni entrantes, no tiene

activos, no tiene el menor átomo de materia artística.

Fuera de los delitos de sangre, no se ve más que el robo en todas sus manifestaciones y variedades, pero principalmente en la ratería, en el robo pequeño y sencillo, que ni exige actividades y energías de consideración, ni grandes trabajos de la masa gris para el proyecto.

Y eso sí, ese robo lo practica el *pelado* instintivamente, lleva la idea del robo en la médula de los huesos, roba hasta durmiendo, tal es su costumbre. Y hace robos inverosímiles, de un clavo, de un pedacito de tela, como los monos y las urracas, de un tornillo que al venderlo le produce dos ó tres centavos y con cuya falta deja inservible una máquina que vale cien pesos· Y por un robo de esta entidad hecho para satisfacer cualquier antojo del momento, un vaso de pulque, verbigracia, abandona una posición para él brillante, pierde en una casa su porvenir, su bienestar para mucho tiempo.

En suma: irreflexión, inconsciencia, ignorancia, abyección, salvajismo y vida animal por todas partes.

---

# PEQUEÑAS INDUSTRIAS

En todas las grandes capitales hay una porción de industrias inverosímiles, industrias de céntimo, de centavo, de la más ínfima moneda, que además de consistir en manufacturas ó en venta de artículos de poco precio, son en tan pequeña escala, hacen tan exíguo número de operaciones al cabo del día, que el que observe un poco se queda todo preocupado al pensar que con negocio tan chico puedan vivir personas y á veces hasta familias . . .

En Méjico no conocemos esta clase de lucha por la existencia, propia sólo de los grandes centros de población donde hay mucha miseria, no á la vista como ésta, sino disimulada, pobreza de levita y de sombrero alto, que se oculta vergonzosamente á las miradas de todo el mundo.

Aquí la miseria no existe más que en las clases del pueblo, porque la vida es mucho más fácil y están todos los recursos menos explotados, y esa miseria se luce francamente por las calles, con indiferente descaro, afeando las vías públicas y echa á perder el aspecto, por otras cosas bon que tienen las calles del centro de la blación.

Aquí no se venden esas cosas tan i osímiles que en otras partes, cosas

extraña tanto que sean vendidas como que sean compradas, aquí no se lleva la industria hasta el extremo que en Europa, donde se venden objetos fabricados á mano al mirar los cuales se vuelve uno loco á fuerza de reflexiones, pues por muchos cálculos que haga siempre le resulta que la materia prima de que está fabricado el objeto vale tanto como el precio total en que es vendido. Y consiste esta carencia en que el indio es holgazán en sumo grado, y sólo trabaja cuando ya la necesidad y el hambre le echan fuera, del mismo modo que, sólo obligado por una absoluta falta de alimentos, se atreve el lobo á entrar en las poblaciones.

Pero aptitudes no le faltan. Hacen trabajitos en cera de imitación que son verdaderos primores, y para todo lo que sea cuestión de paciencia, delicadeza y habilidad, sin pedirle inventiva, tiene grandes facultades, muy parecidas en la forma y en el desarrollo á las de los chinos, con quienes tanta semejanza tienen en otros puntos, anatómicos como morales, que convida á pensar seriamente en una muy probable comunicación terrestre anterior entre Asia y América.

Aquí, aparte de los artículos de primera cesidad de venta callejera, lo que más se de en la calle son guisos, frituras . . . . ece mentira la afición á comer en la caque hay en Méjico. Y es porque gene- nte, la gente es golosa, aficionada á ir

picando aquí y allá como los pájaros, y á no hacer casi nunca una comida fuerte y en toda regla. Así son tantas las enfermedades del estómago que se padecen, hasta el punto de que semejan tener carácter endémico en la población.

No siempre las apreciables *peladitas* que venden esos guisos, más ó menos falsificados, pues que nadie puede asegurar la procedencia de las materias primas, brillan por su aseo y limpieza. Todo lo contrario, suelen llevar porquería de varias edades, como aquel de la capa que preguntaba de qué año querían el barro.

Las manos llenas de grasa, de salsa, de cebolla y de otros comestibles y condimentos, se posan en la cara, que sólo conoce el agua de vista, y cuando mucho trata con ella directamente una vez al año, como ha de menester, y allí recogen el sudor y demás secreciones cutáneas. De allí se suelen pasar á la cabeza, y de allí, si en otra parte del cuerpo hacen falta porque otro cuerpo mineral ú orgánico molesta, á esa parte acuden, cosa en extremo fácil, dada la poca ropa tan escasa y desceñida que la individua lleva y los girones que lleva . . . .

Y ustedes perdonen la descripción, pero la verdad no puede ser fea nunca.

Ahora que, según un dicho popular, porquería alimenta; y no debe ser inexa cuando tan fuertes para todo están los *lados*, que apenas comen. Es que de su d, eso sí, se dan unos banquetes f

menales . . . Con lo cual viven ellos muy contentos.

---

## EL PULQUE

Sin duda que pegaría bien aquí una anacreóntica . . . Porque el pulque tiene sus excelencias que cantar, aunque les parezca á ustedes extraño. ¡El pulque! ¿Ustedes saben toda la influencia que tiene el pulque? ¿Ustedes saben todo lo que el pulque vale y significa?

El pulque es uno de los mil y tantos productos del maguey, planta que, como la mayor parte de los específicos de patente, sirve para todo. Pero como yo no le he de estudiar científica ni agrícolamente, dejemos esa cuestión para quien la quiera y ciñámonos al pulque hecho, sin averiguar cómo se hizo y para qué se hizo . . .

Según los médicos, el pulque es una excelente medicina para el estómago, aunque á nadie se le ha ocurrido venderlo como tal, seguro de que entonces bajaría mucho venta, pues la humanidad es así de estúpida y consume con preferencia los artículos que la dañan y deja los que la favorecen. Es digestivo, es alimenticio, es estimulante, es fortificante, es una cosa la mar buena, vamos. Es claro que yo, afirmán-

dolo entidades tan dignas de respeto como las entidades médicas, no he de ponerme ni siquiera á discutir estas bellas cualidades del pulque, y le dejo en todo el esplendor de su fama.

El pulque hasta debía ser considerado como aristrócrata. Dicen que lo descubrió una reina, la cual señora por lo visto se ocupaba un poco más de alegrarse el ánimo que de gobernar á sus súbditos. De entonces acá se conoce que el pulque ha ido bajando, bajando, en fin, que ha venido á menos, hasta convertirse en lo más popular y plebeyo posible.

Me inclino á creer que dicho líquido tenga todas esas propiedades salutíferas de que nos hablan sus defensores, pero será con uso prudente y moderado . . . muy moderado y prudente. En cuanto se aumenta la dosis algo más de lo debido, el pulque, entre otras cualidades tiene la de embrutecer. La borrachera de otros líquidos alcohólicos á la larga quizá produzca, por su continuidad, efectos parecidos, pero el resultado inmediato es una excitación, un funcionamiento exagerado de las actividades cerebrales. La borrachera del pulque, por el contrario, produce un aplanamiento, una depresión de esas funciones. Desarrolla l puramente animales á costa de las otras.

A la raza india de aquí, de la capital, l le faltaba más que el abuso del pulque p ra acabar de firmar su sentencia de muer

A veces es necesario buscar en car

raras y al parecer insignificantes, la explicación de los hechos que más saltan á la vista. Crean ustedes que la mayor parte de los homicidios, de los robos sangrientos, de los incestos, de toda clase de delitos, que la mayor parte de culpa de la degradación y el sensualismo en que esa gente vive, la tiene el pulque. Sobre que ella de por sí no muestra tener, según las últimas reglas de la anatomía, un cerebro muy bien organizado ni muy capaz para las altas concepciones intelectuales, sobre esto añadan ustedes los efectos desastrosos del pulque, y ya está explicado todo. En las otras borracheras, hay ese estado que llamamos «á medios pelos,» estado de animación, de alegría, de ingenio muchas veces, que no repugna á los demás, antes al contrario les divierte... El borracho de pulque, en cuanto da señales de estarlo, cae en una completa estupidez, en una postración absoluta de toda vida intelectual y volitiva; no hay más que verle con el sello de idiota marcado en el semblante, el andar incierto y pesado, diciendo palabras incoherentes, dejando caer la baba por la boca abierta, hasta que cae en medio del arroyo para no levantarse mientras los efectos del líquido no hayan cesado . . . El borracho de pulque es más repugnante, más odioso que cualquiera borracho de otro líquido. El *pelado* se aproxima en varios casos al animal; el *pelado* borracho desciende más que los animales en la escala de la vida orgánica.

Ya les veo á ustedes aburridos después de todas estas parrafadas semitendenciosas que acabo de soltar, y ya les veo también á muáhos de los que me lean, si es que todavía c estas alturas continúan leyéndome, protestar medio indignados contra la filípica que acabo de dedicar al pulque. Pero no, no hay que enojarse tan pronto. Ya dije al principiar que le consideraba digno de ser cantado en una anacreóntica . . . lo cual no quiere decir que esa anacreóntica, haya de hacerla yo. Poetas andan desperdigados por ahí que se pasan el día cantando á otras cosas que importan y significan menos. A esos dejo la labor. Pero conste que no me muestro enemigo del pulque así, en general, sino del abuso del pulque. Ahora que, como los *pelados* no saben encontrar el límite que separa el uso del abuso, si hay quien me diga que para cortar el segundo se necesita suprimir el primero, me voy con él en seguida. Y que el Estado y los dueños de haciendas me perdonen esa mala intención de quitarles una buena parte de sus ingresos. . .

Para el *pelado*, el pulque es más que la comida, más que la casa, más que el vestido, más que la mujer, más que los hijos. El pulque lo es todo. Un vaso de pulqu ejerce en un peladito una atracción mayc que la de la tierra sobre la luna. El *pela do* puede estar girando alrededor del líqu do horas y horas, hasta que consiga su p sesión. Faltándole todo el *pelado* irá sacr

ficando primero la ropa, pues no le hace mucha mella el ir desnudo, después la casa, porque para dormir cualquier rincón es bueno, luego la comida, porque él es sobrio y con un puñado de frijoles se mantiene, en seguida la mujer, que al fin y al cabo no faltará otra tan pronto como la necesite, y por último los hijos si es necesario . . . todo menos el pulque. Eso no se sacrifica. Cuando un pelado no tiene medios de beber pulque, pueden ustedes decir que ya verdaderamente le tocó «la de malas», que ya ha llegado al extremo más deplorable, al último escalón de indigencia, que ya es un ser completamente insignificante, una vida casi milagrosa, una categoría de *pelado* que es á los otros socialmente lo que la esponja á un perro en el sentido orgánico . . .

Por una medida de pulque á tiempo puede uno conseguirlo todo de esa gente. ¿Ya ven ustedes lo que es el amor y lo que significa, y lo que atrae, y lo que puede? Pues es un simple juguete, créanme, comparado con una medida de pulque. Eso, eso sí que es el cuarto poder y no la prensa. . . En una medida de pulque se simboliza todo un estado social.

uisiera yo ver á los criminalistas, á los alistas, á todas esas personas *listas* an n vaso de pulque, á ver si del fondo vaso no sacaban conclusiones mucho transcendentales que de todas las me-

didas antropométricas habidas y por haber. . .

Una amistad ó un conocimiento hechos de repente se sellan con una medida ó mejor dicho, con una serie de medidas de pulque, porque las medidas estas casi nunca tienen medida; un contrato amoroso de esos al aire libre se cierran con lo mismo; un descanso en el trabajo necesita el pulque; un día de fiesta se celebra con lo mismo; un nacimiento de un hijo es la ocasión para tomar pulque; la muerte de un miembro de la familia exige igual fórmula; una alegría como una pena, un hecho importante de la vida ó sin importancia deben estar presididos por las medidas de pulque . . . Y si no hay hecho que solemnizar . . . lo mismo.

¡Digan ustedes ahora que no merece el pulque anacreónticas y toda clase de desahogos poéticos!

---

## LOS YANQUIS

La verdad es que no debí dejar para tan apartados rincones del libro este asunto, porque, si por su interés y por su importancia hemos de ordenarlos, tiene que ir de los primeros.

¿Ustedes saben lo que la colonia yanqui

en Méjico significa y promete? Pues mucho más de lo que á primera vista puede parecer. Ríanse ustedes de la influencia de los españoles, con no ser poca; de la de los franceses, de las de todos los extranjeros juntos al lado de la que tienen los yanquis en este país.

Depende de varias cosas y de varias causas, algunas de ellas políticas, por lo que no me meteré á profundizarlas, pues no es mi ánimo el entrar ahora en semejantes y tan peligrosas honduras. Pero hay que reconocer que con quien tiene relaciones más íntimas, y para quien guarda más concesiones, más amistad y mayores complacencias el gobierno mejicano, es para el gobierno de la vecina república de los Estados Unidos, y esto necesariamente tiene que reflejarse en los yanquis que viven aquí.

El yanqui tiene sobre los demás extranjeros que inmigran, la ventaja de traer capital, así como los otros sólo traen brazos ó inteligencias. El yanqui lo trae todo, y naturalmente su ingerencia y su importancia en el país es desde luego más decisiva y mucho más rápida.

El yanqui conoce perfectamente sus deberes de ciudadano, tanto como sus dere- ( )s, y esté donde esté, lo mismo cumple ( ı los primeros que exige el cumplimien- ( le los segundos, de modo que siempre ( e propicios la protección y el amparo ( ıu gobierno, dondequiera que los nece-

site, por medio de sus representantes diplomáticos.

Por último, el yanqui está á dos pasos de aquí, el viaje desde su país hasta éste es casi un viaje de recreo, y una vez en el segundo tienen por esa misma facilidad y rapidez de comunicación, muchas oportunidades para poder visitar el primero.

El yanqui no forma aquí familia, no se casa con mejicana, y tiene para toda la raza ésta cierto menosprecio que le hace mirarla con aire de superioridad y no mezclarse nunca con ella.

Dondequiera que hay yanquis expatriados se ayudan unos á otros cuanto pueden, y tendiendo siempre á ayudar á su patria.

El yanqui explota al indígena hasta donde puede dar de sí, sin que le importen gran cosa las quejas de los oprimidos, como que está seguro de su fuerza.

Por todas estas circunstancias se comprende que puedan tener tanta influencia en la República. Estados enteros hay donde los yanquis lo tienen todo monopolizado y se surte la gente de artículos yanquis, y vive á estilo yanqui, y come á estilo yanqui, y hasta los granujillas que llevan los equipajes de los viajeros desde la estación chapurrean muchas palabras en inglés.

Además, son dueños de todas las líneas ferrocarrileras del país, de sus mejores más ricas negociaciones agrícolas como algodón, la vainilla, el café, el azúcar

maderas preciosas, el henequén, en grandes cantidades. Y tienen, por último, participación no pequeña en las minas, é intervienen en las operaciones económicas del Estado, puesto que la mayor parte de los empréstitos que se hacen son contratados en los Estados Unidos.

Pero ciñéndonos á Méjico, á la capital, que es de lo que aquí se trata, puede decirse que son los yanquis los extranjeros que más abundan y los que más pesan. Se dedican á todo. Zapatería, maquinaria, curiosidades, objetos artísticos, librería y publicaciones periódicas, y varios otros artículos de todas las clases, pues que la industria yanqui es general. Hasta los abarrotes, que hasta ahora han sido patrimonio exclusivo de los españoles, los van tomando ellos por su cuenta, y pronto habrán llegado á la exclusiva. Subiendo un poco, les encontramos con grandes casas de comisiones, compañías de expresos, sociedades bancarias, compañías de seguros sobre la vida ó sobre incendios, compañías hipotecarias, etc. Y volviendo á bajar, se les encuentra en profesiones y oficios, desde los ingenieros de minas y de caminos hasta los empleados de oficinas y los quinistas de trenes, y hasta el jornalero, s los yanquis, prácticos por excelencia, en toda clase de operarios de su país.

l que viaja por el tren de la República ncuentra á menudo con el inaudito ca- e que ninguno de los empleados, desde

el jefe de estación hasta el que cuida del coche-cama, entiendan una palabra de español. (¡¡¡!!!)

El yanqui tiene su sello especialísimo, de tal modo que aquí donde cruzan la calle diariamente extranjeros de todas clases, españoles, franceses, alemanes, italianos, suizos, etc., se les distingue instintivamente entre todos. Alto, rubio, de cara huesuda, angulosa y de rasgos enérgicos y acentuados, afeitada toda casi siempre, delgado, de pies grandes, que hacen más grandes aún esas botas de las que no se mira otra cualidad que la de que sean cómodas, anda con pasos muy largos, casi siempre de prisa y derecho. Si álguien se le interpone no rodea; le atropella ó le separa tan tranquilo, sin importarle un ardite lo que puedan decirle. Es el ser más despreocupado, y no repara en llamar la atención por la calle, con tal de llevar, por ejemplo, un sombrero que le guste, aunque sea extrafalario y llamativo. Cuando va con otro habla á voces, y nunca usa otra lengua que la suya, como no se vea en una precisa necesidad, prefiriendo que el otro trabaje doble para entenderle en inglés que trabajar ó molestarse un poco en hablar el español.

Como prueba de ello, digamos aquí, entre paréntesis, que las guías de ferrocarriles y muchos libros de anuncio ó propaganda se publican en México *exclusivamente* en inglés. . . .

El yanqui es en extremo observador·

por la calle y no se le pierde una nota, un detalle, por pequeño que sea, si es útil. Para enterarse de todo no le importa parecer extravagante, llamar la atención, ser pesado, molestar á todo el mundo. . . . Él se sale con la suya.

Respecto á educación tenemos de todo. Los de arriba la obstentan completa, pero los de abajo son de lo más grosero que pueden imaginarse. Y los que ocupan el término medio, aunque tenga cultura científica, lo que es en cultura moral andan sumamente rudimentarios. Pero es una de las cien mil cosas que no les importa lo más mínimo, y en los teatros, en los sitios públicos, escandalizan, se estiran, hablan alto, molestan á todo el mundo, y después se quedan mirando á los que les miran con un desahogo delicioso.

El yanqui no odia al mejicano, porque no gasta sus odios en balde nunca. . . . . Le desprecia profundamente, le mira como algo muy inferior, y no se cuida de disimular tales sentimientos en sus conversaciones, en sus hechos y en sus maneras. Él viene al negocio, y lo demás es letra muerta, mientras no estorbe su ambición ó sus proyectos.

De lo cual resulta que en cuestión de negocios es de lo menos escrupuloso posible. En tal de llegar al fin, encuentra todos los medios aceptables.

———

# LAS YANCAS

Creo que habrá pocas personas en el mundo de quienes se haya hablado más, á costa de quienes se hagan más chistes, se inventen más mentiras, que las yancas. . . Se dice de ellas que son hombrunas, que son feas, que son sosas, que son. . . ¡la mar! Y, generalmente, los que más hablan de ellas son los que menos las conocen.

Con más modestia que esos señores, confieso hallarme en el mismo caso, porque no siempre para muestra basta un botón, y los botones que aquí tenemos no son en número suficiente para que se pueda formar juicio inapelable de todas ellas, que si por la colonia de cada nación que aquí existe fuéramos á ir juzgando las naciones, á fe que saldrían peor paradas que las famosas hijas de Elena, que eran tres y ninguna era buena. Ese afán de tomar la parte por el todo ha sido siempre causa de errores muy gordos.

También quiero confesar que, entre las yancas inmigrantes, de la buena sociedad y con buena educación vienen muy pocas, pues según son ellos tienen que ser ella

Uno de los milagros que se las cuel por ahí, por allende los mares, que dice los escritores de provincia, es el de que saben vestir con elegancia, ni llevar la na, ni nada de eso. . . . Y yo les asegu

ustedes que las yancas que andan por aquí, no las del pueblo, sino las de cierta posición social, sin que tenga que ser muy elevada, no tienen que envidiar en elegancia y *chic* á las francesas. . . . Suelen ser muy aparatosas, eso sí, muy llamativas, exageradas, y por dondequiera que van llaman la atención. Parecen tiples de zarzuela chica. Pero hay que ver que ese modo de vestir resalta más en Méjico que en otra parte, porque la mejicana viste con cierta humildad y sencillez y es exageradamente modesta en sus maneras, en la de llevar la ropa, en la de mirar, en la de andar por la calle, en todo. La yanca, por el contrario, es alta, esbelta, de figura arrogante, mirada altiva y sin timidez, y altamente despreocupada y tranquila para andar por cualquier sitio, sin que le importe ni mucho menos la cause miedo ó rubor el que la miren, efecto de la educación mucho más liberal que recibe, y de la libertad de que goza. Así como es raro ver sola por la calle á una señorita mejicana, en cambio todas las yancas salen solas y van á todas partes y toman un coche, si les hace falta, sin importales un ardite el «qué dirán» de la gente, y sin peligro de tener un contratiempo, porque de todo saben defenderse. [illegible] sus maneras y en su modo de ser, son [illegible]altas y espontáneas, y esta soltura es la [illegible]e tanto se nota en medio del ambiente [illegible] contrario de educación y en costum[illegible]que respiran.

Pero las que han recibido educación, las que son verdaderas señoritas ó señoras, en toda la extensión de la palabra, esas son elegantes y graciosas, contra toda esa opinión que en Europa corre tan generalizada. Exagerarán el traje, no por la cantidad de adornos, sino por la originalidad, y á veces hasta la extravagancia del corte ó de la moda, pero pueden ustedes asegurar que cuando la lleva es porque le cae bien. Sobre todo, la nota distintiva de la yanca es la originalidad. Originalidad que, en la mujer instruída, la ayuda y favorece, y en la otra, como no la sabe manejar, resulta contraproducente. La yanca tiene gracia, aunque á muchos que no las conocen más que por las rarezas que de ellas publican los periódicos les parezca mentira. Tiene gracia en el vestir, sobre todo, y en lo demás, gracia que no es el *sprit* francés, por el cual las mujeres parecen arrancadas de una plana de un periódico de modas, que no es la gracia en el contoneo y en la sonrisa de la española, que no es la dulzura de gazela de la mejicana, gracia que es suya, peculiar, pero que existe. ¡Vaya si existe! No hay mas que ver para convencerse de ello, el garbo con que una yanca anda por la calle, se recoge el vestido y mira sonriendo todos lados.

Además la yanca ésta, tiene la ventaja de ser muy limpia, muy cuidadosa de sí misma, sin ser aficionada á muchos afeites, composturas, y crean ustedes que la cón

ción de la mujer que más cautiva es la limpieza, el cuidado, el aseo. En esto son ellas muy escrupulosas y remilgadas.

Pero... ya saben ustedes que toda medalla tiene su reverso. La yanca ordinaria, la que procede de los Estados remotos de aquella República, la que no conoce la capital más que por los periódicos, esa es verdaderamente inaguantable. Mujeres de facciones antipáticas, varoniles, acentuadas, sin curva alguna en ninguna parte, altas y desgarbadas, como si fuesen cayéndose á pedazos, unos adefesios, en fin, que tiran de espaldas. Esta es la yanca tradicional, y crean ustedes que todo cuanto se diga contra ellas resultará poco. La yanca que primero he presentado, además de ser graciosa es casi siempre bonita, rubia, de facciones delicadas, nariz más bien pequeña y para arriba y boca muy fresca. Les digo á ustedes que andan por la calle algunas yanquecitas muy monas y muy apetecibles. Pero éstas otras son del demonio. Deberían los gobiernos hacer con ellas lo que con algunos edificios antiguos; expropiarlas, por causa de estética pública. Porque no es sólo lo dicho, es que además salen con unas trazas por la calle que parecen acterísticas de sainete en el pleno ejer-'o de sus funciones.

ólo siendo yanca podría salir una mu-á la calle como salen ellas. Sombreros hombre, trajes inverosímiles, adornos parecen hechos á propósito para hace-

reir, colores chillones, combinados de manera que se esté dando de bofetadas uno con otro.... y encima de todo esto, unos andares á grandes trancos, con pisadas fuertes y macizas, un modo de mirar y de accionar impertinente y grosero, un hablar á voces y una despreocupación altiva para todo, como si estuvieran en país conquistado (en lo cual hacen lo mismo que los hombres, de cualquier clase que sean) que irrita y ofende. Y excuso decir que de éstas hay una cantidad mucho mayor que de las otras. Llenan las calles...

Tal es la colonia yanca que aquí viene, la colonia femenina más numerosa de todas. De las yancas en general se cuenten muchísimas rarezas, yo no conozco más que las que vienen aquí y á ellas me refiero. Lo que más las distingue es la libertad en las maneras y en todo, la despreocupación, que en unas es despreocupación solamente, más ó menos censurable y admisible, y en otras es verdero descaro.

La misma antipatía que el yanqui por este país, siente la yanca, y jamas se casa con mejicano, y lo mismo que él los mira á todos por encima del hombro.

Y con todo eso, créanlo ustedes, la yanca resulta un millón de veces más agrable que el yanqui....

---

# A CABALLO

Cualquiera diría que los mejicanos nacen á caballo. Y no lo tomen ustedes en son de broma, pero yo creo que el indio sabe montar instintivamente. . . Así como la naturaleza nos da, á los hombres menos y mucho más á los animales, el conocimiento irreflexivo de que cuando sentimos determinada sensación, debemos comer ó beber, así como nos regala el instinto del sexo, regalo que no sé si debemos agradecerlo ó tomarlo á mal, porque en la cuenta de placeres y amarguras que nos trae, hay siempre un saldo horroroso á favor de éstas, así les ha dado á estos indios el instinto de montar á caballo, de tal modo que, lo mismo que el pato se echa al agua en cuanto tiene fuerzas, el muchacho se monta sobre un caballo en pelo en cuanto puede subirse á él, y no se cae.

Esta gente no atiende á reglas de estética ó de elegancia. En un picadero no servirían, pero no hay quien les gane á tenerse sobre un animal bravo y hacer habilidades y saltar zanjas enormes, y estarse sobre aballo doce horas seguidas como si esieran en un sillón, y á manejarlo, en como si fuera de cartón y con mecano dentro . . .

n indio coge una mula brava, que na- montado nunca, se sube solo, y sin

más que un ronzal y una cuerda que hace las veces de freno, pasada por las narices del animal, y en dos horas la amansa y domestica. Todas esas habilidades que hacían y hacen aún los árabes, según cuentan las crónicas, en sus caballos, crean ustedes que son la cosa más fácil y sencilla para el indio, sin que la historia le haya rodeado de la misma fama, ni se haya ocupado de él.

El caballo del país es duro para la fatiga y notablemente sobrio, pequeño y duro de boca. Es más bien traidor que noble, y si no sirve para el paseo porque no tiene nada de belleza, es inmejorable para el campo, á lo que se le dedica. Por esas mismas cualidades de falta de nobleza y boca dura es más difícil de montar y más meritorio el montarlo que con los animales árabes, todo sangre y delicadeza, que obedecen casi nada más por indicaciones.

Una de las cosas más bonitas es el traje de *charro*, con los atavíos consiguientes para el caballo. Rununcio á hablar de ellos, porque ya mis lectores de la República lo conocen demasiado. Sólo haré ver cómo en el traje de charro y en la silla mejicana se ve la derivación manifiesta del traje y de la silla andaluces, de los cuales vienen y á cuales se asemejan mucho, salvando alg nas variaciones introducidas por el tiem

A los niños elegantes les da por imi el estilo charro para lucirse á caballo el paseo. No toman más que la silla v

sombrero, y cuando más el corte ajustado de los pantalones y algo de la forma de la chaqueta, pero conservando el cuello subido y otras elegancias y otras monadas por el estilo, con lo que ni son charros ni son elegantes, y pierden todo el aspecto pintoresco del traje indígena y pierden al propio tiempo el de *lagartijos*, de modo que no vienen á ser, como vulgarmente se dice, ni chicha ni limonada.

Por último, ya que me he propuesto hacer este artículo muy corto, lo más bonito, lo más marcial, lo más pintoresco del ejército mejicano, lo que impresiona más á todos los extranjeros que lo ven, es el cuerpo de rurales, charros á caballo, por ser lo más típico, lo más espontáneo. . . . Tienen los rurales un aspecto tan acentuado de virilidad, de valor, de fuerza y resistencia, como que son valerosos y resistentes hasta lo increíble, ostentan tal marcialidad y dan, en fin, á la vista un cuadro tan hermoso, que con justicia se alaban por todo el mundo y se consideran como una gloria militar de la nación, tanto por lo que hemos dicho, como por su brillante historia.

---

# LOS DECADENTISTAS

Creo que hablar de esta gente es necesario, en un libro donde se habla de Méjico . . . Y mucho más después de haber hablado de las yancas . . . Me dirán ustedes que no encuentran la relación entre una cosa y otra . . . . Pues voy allá, mis dulces amigos. He hablado de esas señoras como cosa rara y llamativa, y á veces con sus puntos y comas de extravagante. Pues bien, las rarezas y las extravagancias se ofenderían si no se tratase de los *decadentistas*, que son muy fieles partidarios y sus más ardientes sostenedores.

En Méjico son muy aficionados á inspirarse en la literatura francesa, afición que me guardaré mucho de censurar, porque cada uno es muy dueño de inspirarse donde le dé la gana, y allá se las haya después con su conciencia. Lo malo aquí es que unos se inspiran en esa literatura y otros la copian, en lo que ya no puedo mostrar la misma conformidad.

Pues vean ustedes si soy de buen corazón y criterio amplio que hasta las copias y las imitaciones estaba dispuesto á justificarlas y aplaudirlas si copiaran lo bue que en Francia se da, que se da muc bueno.

Pero, no, señor; les ha dado la chiflad ra por copiar la escuela decadentista,

que materializa las sensaciones y los estados de alma, esa que disloca el lenguaje estirando y transtornando las relaciones entre cada idea y la palabra que la representa, esa que ha pretendido resucitar el olvidado gongorismo, aumentándolo y complicándolo con las fantasías, chifladuras y refinamientos de esta educación neurótica de fin de siglo. . .

Y los decadentistas de aquí no se contentan con copiar eso, sino que corrigen y aumentan por cuenta propia . . . En los franceses suele haber talento ó ingenio siquiera y originalidad, puesto que ellos han creado esa literatura, pero entre estos infelices faltan esas cualidades, desgraciadamente, y en cuanto á la originalidad ustedes se figurarán la que tienen cuando copian . . . De modo que si el decadentismo es disparatado y falto de sentido común, excuso decir cómo será aquí donde lo copian sin haberlo estudiado á fondo y sin tomarse el trabajo de amoldarlo siquiera al idioma español, de carácter y construcciones tan distintos á los de la lengua francesa.

De ahí que se vean á menudo, en las planas literarias dominicales de los periódicos de mayor circulación, articulazos á las columnas con títulos grandes y llamados, ó poesías en igual forma diciendo que la leche es blanca porque está en cacha y tiene frío, llamando azules á los pensamientos, citando «ideas espesas,» «tar-

des amarillas,» «vírgenes blancas,» diciendo que las piedras lloran, y otra porción de disparates, sandeces y comparaciones por el estilo, hijas de cerebros entontecidos por el alcohol y por lectura mal digerida de ciertas obras y por el inmoderado deseo de llamar la atención, sea como sea, y de parecer original, aun á costa del sentido común, y de deslumbrar con frases huecas y retorcidas á las almas cándidas, que cuanto menos entienden una cosa más sublime les parece que es, por lo mismo que no la entienden.

El decadentista no se contenta con llamar la atención con la pluma escribiendo jeroglíficos que él mismo no puede descifrar, buscando las palabras más raras en el diccionario y menos usuales y entendidas para meterlas, vengan ó no á pelo, y dejar estupefactos á los ya nombrados espíritus sencillos; desdeñando los títulos en español para ponerlos en griego, que viste más porque nadie lo entiende, y así en vez de decir himno, dice *epinicio*, y *asfodelos* y otra porción de palabras de las que Roque Barcia emplea en sus etimologías; empleando en lugar de un nombre cualquiera otro que en un sentido pueda tener igual ó parecida significación, y así en lugar de poner prólogo, pone *vestíbulo*, y otra porción de monerías de ese jaez; emplean toda la construcción gramatical francesa con las palabras españolas, de lo cual resulta un galimatías que ni los españoles

los franceses pueden entender; dejando caer citas en francés cuyo significado sabe de oidas, y formando, en fin, tan extrañas combinaciones que se vería apurado para explicar lo que acaba de escribir, pues la cuestión es que suene bien la forma, la disposición de las palabras, aunque en el fondo no represénta idea ninguna y si dicen algo sea un disparate.

No, no se contenta con llamar la atención por ese lado, sino que también la llama por sus hechos, y se deja la melena, y aun la caspa, porque le han dicho que así andan en París, y hace obstentación muchas veces de abandono y de suciedad en la ropa, porque eso da carácter, y pone la mirada lánguida y se da aires de genio no comprendido, para que le admiren las masas, y se emborracha en todas las cantinas con «pajecillo rubio,» cognac, ó «dama verde,» ajenjo, ó con lo que buenamente cae, aunque sea alcohol del que se usa en las lámparas, porque la cuestión es emborracharse y decir que se escribe inspirado por la bebida, y echárselas de pillín y de bohemio, porque en Francia hay bohemia, cosa que aquí nos es completamente desconocida, y procurar, por las maneras, por el desprecio á las groseras cosas mun-
ıales y por todo que la gente, al ver pa-
á un tipo de esos, diga llena de admi-
ón, y con alguna desconfianza, por el
do á un sablazo:

Ahí va un decadentista!

Porque así como hay mucha gente que vive de un título académico que soñó en tener, así como hay otros que viven de lo que fueron, que en la actualidad son ex, así la mayor parte de los decadentistas viven de eso, de ser decadentistas, y no son otra cosa más que decadentistas. . . .

Este es el tipo clásico. Pero tenemos, para lo que ustedes gusten mandar, el decadentista fino, que también se deja las melenas, pero usa el peine, la pomada y la brillantina, viste á la moda y se cuida el traje, se emborracha, pero de otra manera más *chic*, y como sabe que Verlaine era un crapuloso se entrega á la crápula, y á ser pillín de chaqué, y á hablar despacio, porque el hombre no sabe pensar más que en francés y tiene que traducir, y á mirarlo todo con cierto aire de indiferencia y superioridad, compadeciendo á los mortales que nos arrastramos por la tierra, mientras él se sube todos los días á eso de las doce, á los espacios etéreos, y echa un párrafo con el buen Dios, á calumniar á todas horas á los astros, y en fin, al vicio y á la orgía, porque él es así, pero á la orgía elegante, espiritual, y hasta en el cuarto de una mujer, á donde entró mediante su dinero, se pone á decirle cosas bonitas, y á llamarla virgen azul, y á hablar de Pierrot y Colombina, mientras ella lee el periódico. . . .

Después de todo esto, ¿qué creen ustedes que son los decadentistas? Unos in

lices, nada más que unos infelices. Unos buenos muchachos que pudieran ser modelos de escribientes, de tenedores de libros, etc., y de padres de familia, incapaces de hacer mal á sabiendas ni á las musas, á las que tanto maltratan. La pícara vanidad les ha hecho elegir ese camino y ¿qué se le va á hacer? Pero tengan ustedes la seguridad de que son lo que se llama unos buenos muchachos.

Yo me he ocupado de ellos nada más que como curiosidad, como quien enseña un bicho raro, pero en el fondo ¡si vieran ustedes que simpáticos me son! Después de todo, bastante desgracia tienen los niños...

---

## Hasta luego. ¡Ya nos vemos!

Hemos quedado en algún artículo, bastante anterior á éste, en que aquí la guasa está á la orden del día, en que somos unos guasones de primera fuerza; nos abrazamos, nos hacemos demostraciones numerosas de ıenso cariño, nos ofrecemos el oro y el ·ro, cuanto tenemos y hasta lo que no te- ıos, y todo sin que haya tal cariño ni ıtención más pequeña de cumplir se- antes ofrecimientos. . . Y cada cual sa- no puede ni debe creer una pala-

bra al otro, y sin embargo, las recibe con una sonrisa efusiva de cariño y agradecimiento, y á su vez le paga en la misma moneda, ofreciéndole más, si es posible, y mostrando mayor cariño aún, después de lo cual ambos se retiran muy satisfechos del modo que han tenido de representar la comedia y riéndose de sus respectivos papeles. ¿Qué, no es esto una guasa fina, una guasa elevada á su más alta expresión, guasa que todos usan y aceptan todos, como fórmula indispensable para vivir bien y que todos consideran ya como valor entendido?

Pues vean ustedes, por si no estuvieran convencidos todavía, otra de las manifestaciones de la guasa que circula como moneda corriente, por lo cual nadie se fija en ella.

Dos individuos se encuentran en la calle, se saludan, charlan y al despedirse se dan la mano y dicen los dos:

—Hasta luego.

Y ninguno lleva la intención de volver á ver al otro, como no le depare un nuevo encuentro la casualidad.

Es rara la persona que se despide sin decir el consabido «hasta luego.» Y esto aunque no piense volver á ver á su interlocutor en toda su vida. Sobre todos los demás, los indios no apean nunca esas palabras de la boca. Usted despide de su casa criado, y claro está que cuando usted despide es para que no vuelva, y él se

asimismo que no ha de volver. Pues sin embargo, al irse le dirá á usted:

—Hasta luego, señor.

Como si saliese una tarde de fiesta á paseo, con obligación de estar en casa á la hora de la cena...

Va á casa de usted un amigo, ó no amigo, á tratar de un negocio, lo tratan, y para dejarlo concluído se citan ustedes en tal fecha, dentro de quince días.... Pues el amigo, al despedirse, le dice «hasta luego»... Usted, si no conoce la costumbre, cree que el amigo no entendió bien la cita. Sí la entendió, y sabe demasiado que no se han de ver hasta dentro de quince días, pero le dice á usted hasta luego, como si hubiese de volver por ahí el mismo día.

En fin, se despiden dos en el andén de una estación, el uno vá para Europa y el otro se queda aquí, y á pesar de todo se dicen hasta luego. ¡Y es que se usan unos *luegos* tan elásticos! Yo estoy viendo llegar pronto la costumbre de substituir en las esquelas de defunción y en los parrafitos de los periódicos que anuncian la muerte de alguna persona el consabido final de «descanse en paz,» ya viejo y gastado, con este otro más en harmonía con nuestro carácter:

Hasta luego!

El hasta luego éste se suele complicar otra frasecilla que expresa aún más, lo viene á ser como remachar el clavo y

hacer la guasa todavía más fina. Se dice:

—Hasta luego. Ya nos vemos.

Esto es, nos vemos en seguida, dentro de un instante. . . Y no se vuelven á ver hasta que pasan dos ó tres semanas, ó meses, ó años, no porque no hayan podido, sino porque nunca tuvieron la intención de semejante cosa. El extranjero que viniese aquí tomando lo que se dice al pie de la letra, se fastidiaba. Encontraría á un individuo que le dijera al despedirse, «hasta luego, ya nos vemos». . . . . ¡y se quedaría esperándole!

También se suele emplear otra añadidura á la frase «hasta luego,» todo para darle más fuerza á la expresión, hacer más grande la mentira y más completa la tomadura de pelo. Se dice:

—Ya vengo.

Es decir, vengo en seguida, dentro de un instante, voy, como quien dice, de aquí á la esquina, ¡no se vaya usted!

Y excusado es decir que ya no vuelven.

Ahora no me negará nadie que esto tiene mucha guasa. . . . Se dice hasta luego cuando puede ser dentro de un año; se dice ya nos vemos, y no se vuelven á ver; se dice ya vengo, y no viene el que lo dice.... Y todos sabemos que al decirlo mentimos pero nos gusta tanto eso de tomarnos el pelo unos á otros. . .

El que ande por las calles de Méjico una hora siquiera creerá que todos sus habitantes se reunen diariamente en algún lado

viven juntos. Porque ve uno á los individuos despedirse en plena calle y todos dices «hasta luego».

Es más, se encuentra usted un vendedor de cualquier cosa en la calle, al que no conoce usted, le compra algo de lo que venda, le paga y al despedirse de usted dice el vendedor:

—¡Hasta luego, niño!

Y probablemente no se volverá á encontrar al «niño» en toda su vida.

«Ahora bien,» lectores, á mí se me ha pegado esta costumbre, que todo se pega en este mundo, y lo malo con una facilidad prodigiosa. Y como este es, si ustedes no disponen otra cosa, que de seguro no la dispondrán, el último articulejo de este libro, permítanme que me despida de ustedes con la frase sacramental... No tengan miedo de que falte á las costumbres del país. Sería una broma muy pesada el que yo viniese á amenazarles ahora con la reincidencia, con otro libro. Me despido como acostumbramos despedirnos en Méjico, porque somos así de bromistas.

Conque, pacientes y sufridos lectores, hasta luego

¡Ya nos vemos.... cualquier día!

---

# INDICE


Unas advertencias ..... 7
La mujer, I ..... 12
La mujer, II ..... 18
La mujer, III ..... 24
Albures ..... 28
La mamá ..... 35
La complicidad de los santos ..... 42
Siguen las cuestiones religiosas ..... 47
Prácticas de religión y otros excesos ..... 54
Siguen los excesos y las prácticas ..... 59
La mano ..... 67
Presentaciones ..... 71
Finos.... pero guasones ..... 75
Los españoles, I ..... 81
Los españoles, II ..... 87
Los españoles, III ..... 92
Los españoles, IV ..... 97
El gachupín ..... 101
Unas observaciones y unos consejos ..... 110
El abrigo y el pudor ..... 114
Amor libre.... y al aire ..... 119
La limpieza ..... 123
La copa ..... 128
¡Pues quién sabe! ..... 133
Sí, señor ..... 137
La aristocracia ..... 142
Los lagartijos ..... 147
Amor á puñetazos ..... 152
Sobriedad ..... 156
Y viven felices ..... 161
¡La tierra tiembla! ..... 171
El ejército ..... 177
El sombrero ..... 179
El rebozo ..... 184
El chaqué ..... 188
Los franceses ..... 193
Las francesas ..... 197
Si somos polvo ..... 202
Fecundidad ..... 207
Por la calle ..... 212
¡Oh, la prensa! ..... 221
La vida por nada ..... 227
La criminalidad ..... 232
Las pequeñas industrias ..... 235
El pulque ..... 240
Los yanquis ..... 246
Las yancas ..... 251
A caballo ..... 254
Los decadentistas ..... 256
Hasta luego. ¡Ya nos vemos! ..... 259

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.